

HARLEQUIN®

Recrea el tiempo para ti™

BIANCA®

Padre por acuerdo

Barbara McMahon

360 ptas. - Argentina: $2.70 - México: $10.00

Padre por acuerdo

Barbara McMahon

Padre por acuerdo (1999)
Título Original: Temporary father (1998)
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Bianca 1070
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Luke Winters y Lindsay Donovan

Argumento:

Cuando Luke Winters entró una noche en un café y vio a una antigua conocida, Lindsay Donovan, a punto de dar a luz y viuda desde hacía poco tiempo, aprovechó la oportunidad y le ofreció seguridad económica para ella y su bebé. Lo único que tenía que hacer Lindsay era casarse con él y permanecer así unos cuantos meses hasta que el abuelo de Luke le pusiera al frente de la empresa familiar.

Era un plan maravilloso, pero entonces Lindsay tuvo al bebé y Luke se quedó prendado de la pequeña Ellie. De pronto, deseó que eso de ser un padre temporal se convirtiera en algo más permanente.

Capítulo 1

Lindsay Donovan estaba sentada a una mesa al final del café, con los pies apoyados en la silla frente a ella. Con la cabeza apoyada en la mano ojeaba un cuaderno, intentando memorizar los puntos más importantes para el examen del día siguiente.

El café estaba tranquilo, a excepción del ruido que hacía Jack en la cocina limpiando la plancha. Ella y el malhumorado y viejo solterón llevaban más de seis meses trabajando juntos en el turno de tarde y entre ellos se había forjado una estrecha relación, fuera de lo común entre compañeros de trabajo. Después de cerrar la acompañaría a la parada de autobús, charlarían de los acontecimientos del día y cada uno iría en una dirección. Le tenía cariño al viejo y sabía que él la consideraba casi como a una hija.

Cuando se abrió la puerta del café y entró un extraño, Lindsay levantó la vista, mirando de paso el enorme reloj que colgaba sobre la ventanilla de servir de la cocina. Eran casi las doce de la noche. Suspiró y se puso de pie con torpeza, rezando para que el cliente no pidiera nada de comer, faltaban diez minutos para cerrar y no eran horas de hacer un servicio completo. Ojalá el cliente pidiera una taza de café y se marchara pronto.

Era un hombre alto, moreno y si el instinto no le fallaba parecía estar de un humor de perros. Lo miró con recelo mientras se acercaba al mostrador, pasó dentro con cuidado al tiempo que el hombre se sentaba en uno de los taburetes. Al menos atendiendo la barra no tenía que transportar una pesada bandeja. Se fijó en cómo iba vestido y se preguntó qué estaría haciendo en aquel café un tipo de esmoquin. Al mirarle a la cara frunció el ceño. Esa cara le sonaba de algo. ¿Acaso lo conocía? No era uno de los clientes habituales del local. Sí, estaba segura de que lo había visto antes

—¿Que desea? —le preguntó.

A pesar del cansancio y las molestias que sentía, de pronto deseo haberse peinado y retocado el carmín. El hombre despertó inmediatamente su interés era el sueño de cualquier mujer. O al menos lo sería si sonriera. Por el contrario, todo en el demostraba su contrariedad. La observo un instante y Lindsay vio la rabia reflejada en su mirada.

El Friendly Corner Café estaba situado en la periferia del puerto de Sydney. Los clientes habituales no llevaban esmoquin ni caros relojes de oro. Llena de curiosidad, Lindsay se preguntaba quien sería y como había ido a parar a aquel lugar algo perdido a esas horas.

De repente su memoria se puso en marcha. Recordó los veranos junto al mar cuando ella estaba en la primera adolescencia, mucho antes de la muerte de sus padres.

Joven y llena de vida, solía coquetear con los chicos mayores que ella, y Luke Winters era el que mas le gustaba. Solo tenía unos cuantos años más que ella, pero había sido su chico ideal durante aquellos años. Lindsay sonrió.

—¿Me da tiempo a tomarme un café? —le pregunto, mirándola sin demasiado interés antes de pasear la mirada por el solitario café.

—Cerramos a las doce —le contesto mientras iba ya a por una taza y un plato.

Aquella falta de interés la molesto. Claro que había cambiado mucho en los años transcurridos desde entonces, pero al menos podía haberla mirado con mayor detenimiento, quizás intentando recordarla. ¿Es que su cara ni siquiera le sonaba?

—Quiero decir antes de que dé a luz —dijo con una sonrisa sardónica, mirándole la tripa.

Lindsay se puso derecha y le echo una mirada furibunda. Por muy antiguo amor que fuera, no tenía derecho a hacer un comentario tan mordaz.

—Aun faltan un par de semanas para el nacimiento del bebé. Eso le da tiempo más que suficiente para tomarse un café y marcharse

El hombre sonrió con malicia y la miró con los ojos entrecerrados.

—No es usted muy amable con los clientes, que se diga.

—A las doce menos cinco de la noche, no —saltó, plantando con fuerza el plato sobre el mostrador y posteriormente aliviada al ver que el café no se había derramado.

—No esta mal —comentó después de dar un sorbo de café.

—Esta recién hecho ¿Quiere algo más? ¿Un pedazo de tarta o un sándwich?

Hablaba mecánicamente, pero sólo lo hacia para enmascarar su

curiosidad. Lo observó fascinada mientras él se bebía el café. Era más mayor, por supuesto, pero que bien le sentaban los años. ¿A que se dedicaría? De jovencito había sido un poco rebelde. Era de familia rica y él siempre había hecho alarde de su desprecio hacia lo tradicional, yendo a la playa en contra de las órdenes de su madre y juntándose con los lugareños en lugar de con los chicos de dinero.

Cuando la miro fijamente ella se estremeció. ¿Cuantas horas había soñado besarlo cuando era una adolescente? ¿Cuantas maneras había ideado para atraer su atención?

—¿De que es la tarta? —dijo en tono casi perezoso. Se veía que estaba intentando olvidar su enfado. Lindsay recito los cuatro tipos que quedaban.

—Son de hoy. La de cereza esta muy buena.

Sonrió de nuevo, encantada de haberlo reconocido, pero a la vez algo molesta por que el no supiera quien era ella. Seguramente sería porque no había pasado días y noches sin fin imaginando situaciones románticas con ella.

—Entonces me tomaré un trozo de la de cereza —dijo, tamborileando con los dedos impacientemente sobre el mostrador.

Después de servirlo, Lindsay no volvió a la mesa al final del café. De nuevo busco el reloj con la mirada. Quedaban tan solo cinco minutos para el cierre, pero no le habría dado tiempo a terminar. Suspiro con suavidad y se troto la espalda. A medida que el volumen de su vientre aumentaba, más cansada estaba al final del día. Tenía ganas de tener ya al bebé, aunque eso conllevara un montón de problemas más.

—Debería sentarse —le dijo el hombre—. En realidad, lo mejor sería que estuviera en casa metida en la cama. ¿Qué hace trabajando a estas horas?

—Es mi trabajo.

Miró a Luke mientras colocaba las salsas sobre el mostrador. Todo él apestaba a dinero, desde el reloj de oro, al moderno corte de pelo.

—¿No está casada? —le preguntó, después de echarle un vistazo a la mano izquierda.

Sorprendida de que hubiera reparado en ese detalle y más aún de que lo comentara, Lindsay sacudió lentamente la cabeza,

sintiéndose hipnotizada por la intensidad de su mirada.

—No, estoy...

—¿Lindsay, desea el cliente algo de la plancha? Voy a cerrarla —dijo Jack desde la cocina.

—No, se está tomando un trozo de tarta. Ciérrala —contestó.

Podía contarle a Luke que era viuda, que su esposo había muerto hacía ocho meses, pero en realidad no era asunto suyo. La alianza de bodas que Lindsay tanto valoraba la llevaba colgada de una cadena al cuello; se le habían hinchado tanto las manos que había tenido que quitársela del dedo.

Al levantar la cabeza vio que la miraba. Enseguida se puso colorada, pero no quiso ser la primera en apartar la mirada. Entonces, sin darse cuenta, lo miró con desafío; no le gustaba el hecho de que él no la recordara.

—¿La conozco? —preguntó él, apartando la mirada de sus ojos y examinando el resto de sus facciones.

—Hace mucho tiempo que no nos vemos —dijo ella muy despacio—. ¿Recuerdas Playa Manley hace por lo menos doce años?

Él arrugó el entrecejo aún desorientado.

—¿Playa Manley? —repitió—. Hace años que no voy por allí —se la quedó mirando y de pronto pareció recordar—. Tú eres la pequeña Lindsay McDonald.

Ella asintió con la cabeza lentamente, preguntándose si los recuerdos de Luke se parecerían a los suyos.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? —le preguntó, mirándole el uniforme con desesperación y la enorme barriga.

Levantó la cabeza y dijo con toda tranquilidad:

—Trabajo aquí, ¿no se nota?

—¿Pero no estás casada? —dijo con suavidad.

Ella se encogió de hombros, lista para contarle lo de su marido; sobre el accidente que los había privado, a ella y a su futuro bebé, de tantas cosas. Pero antes de que pudiera mediar palabra él empezó a hablar.

—¿Quieres estarlo?

—¿Cómo dices?

¿Se habría despistado de la conversación? ¿De qué hablaba?

—¿Quieres estar casada cuando nazca el bebé? —le preguntó con impaciencia.

De pronto parecía como si ya no estuviera enfadado. Se quitó el abrigo y lo colocó en el taburete vacío que había junto a él. Después se aflojó la corbata y dio otro trago de café; entonces la miró con los ojos entrecerrados.

—No creo que ocurra —le dijo ella lentamente.

Will estaba muerto; hacía ocho largos y solitarios meses que se había ido para siempre. Ya no volvería a ver a su marido.

—Es importante que un niño tenga un apellido —dijo Luke.

—Tendrá un apellido, por supuesto —dijo muy enfadada.

¿Es que pensaba que el apellido de Will no era lo bastante bueno? ¡Ese tipo no sabía nada de ella! Claro... Creía que seguía siendo Lindsay McDonald. Tenía que sacarle de su equivocación.

Luke se volvió y miró hacia la mesa donde estaban los apuntes de Lindsay; después la miró a ella.

—¿Estás estudiando?

Asintió con la cabeza.

—En la universidad.

—¿Tus padres te echan una mano?

—Sabes, Luke, mi vida privada no es asunto tuyo en realidad. Me alegro de verte después de tanto tiempo, pero estoy cansada y quiero irme a casa. Si has terminado con la tarta y el café, te agradezco que me lo abones y así podré cerrar la caja.

—Eso quiere decir que no, ¿verdad?

—Sólo porque llevan más de diez años muertos —le saltó mientras se llevaba el plato vacío.

Lo pasó por la ventanilla de servir; Jack podría dejarlo en remojo hasta la mañana. El resto de los empleados de cocina ya se habían marchado. Al ir a retirar la taza de café, Luke le agarró de la muñeca.

—Me tomaré otra taza de café —dijo suavemente, desafiándola a que se negara—. Siento lo de tus padres, Lindsay.

Ella tragó saliva, sintiendo un extraño calor por todo el brazo. Por un instante sólo fue consciente de su femineidad, del tumulto de sentimientos que Luke Winters había provocado siempre en ella, todavía presentes después de todos aquellos años.

Asintió y retiró la mano. Le sirvió el café con manos temblorosas, reflejando el nerviosismo que se adueñaba de ella cuando él la rozaba.

Ya no era una adolescente enamoradiza. Tenía responsabilidades, obligaciones.

Además, si no había conseguido gustarle cuando eran niños, difícilmente podía hacerlo en ese momento.

—Tienes pinta de estar cansada —dijo él.

—Si terminaras, podría cerrar e irme a casa —contestó, echándole otra mirada.

Él la miró a los ojos fijamente.

—Primero deja que te proponga un trato.

—¿Un trato?

Lindsay sabía que estaba demasiado cansada para pensar con lucidez, pero no imaginaba qué tipo de trato podría hacer con Luke Winters.

—¿Qué te parecería dejar este empleo, seguir con tus estudios y no tener que preocuparte por el dinero en el futuro inmediato?

—¿Y qué tengo que hacer? ¿Vender a mi primogénito?

Instintivamente se cubrió el vientre con ambas manos, como si quisiera resguardarlo de aquel hombre.

—No. Solamente casarte.

—¿Casarme?

Abrió mucho los ojos. ¿Lo habría entendido bien?

—¿Y con quién tendría que casarme? —preguntó, recelando instantáneamente.

—Tendrías que casarte conmigo.

Lindsay lo miró anonadada.

—No lo dirás en serio —dijo muy despacio.

—Muy en serio.

El brillo de sus ojos la avisó que sería peligroso contrariarlo. Aquel no era el arrogante muchacho de la playa, sino ya un hombre de unos treinta años, atractivo y peligroso.

—¿Has bebido? —le preguntó recelosa.

—Un poco, pero no estoy bebido, si es eso lo que piensas. Estoy furioso y con ganas de vengarme, pero no borracho —murmuró.

La miró a los ojos con intensidad.

—Piensa en el trato que te ofrezco. Yo te daría la cantidad suficiente para que te pudieras permitir cualquier cosa que quisieras. Podrías dejar de trabajar y quedarte en casa con el bebé. Te daría todo lo que necesitaras.

—¿Y a cambio, qué tendría que darte yo?

No pensó que le interesara ella como esposa, o de ningún otro modo. Estaba de más de ocho meses, hinchada y sus bonitos cabellos rubios habían perdido los rizos naturales y se veían lacios. Sabía que tenía ojeras; se las veía todas las mañanas en el espejo cuando se arrastraba de la cama para acudir a su otro empleo. ¿Y por qué ella?

Con su atractivo, su posición social y su dinero podría encontrar a muchas mujeres que no dejarían pasar la oportunidad de casarse con él.

—Si me caso contigo tendré una esposa —dijo con pesar.

—No lo entiendo —estaba demasiado cansada para pensar a derechas.

—Quiero casarme, elegir mi propia esposa. Y te he elegido a ti.

—No sabes nada de mí.

—Lindsay, pasamos varios veranos juntos en el mismo lugar. Tú me seguiste como un perrito durante dos veranos. Conocía a tus padres y sé que no estás casada. Eso es todo lo que me hace falta saber. Yo necesito una esposa y a ti no te vendría mal tener un marido. Sería sólo platónico. Y me ocuparía de que no te faltara dinero y así te daría tiempo para estar con el bebé.

—Dame tiempo para pensármelo —contestó.

Su propia contestación la horrorizó, pero no se echó atrás. Seguramente Luke había estado bebiendo más de lo que quería reconocer. Después de dormir la mona, se olvidaría de esa noche. Si lo tranquilizaba se iría pronto y sin problemas.

Luke la miró detenidamente y asintió con la cabeza.

—Me doy cuenta de que la idea te resulta extraña; también mi madre y mi abuelo se quedarán sorprendidos. ¡Maldita sea, elegiré yo sólo a la mujer con la que me voy a casar aunque sea lo último que haga! Volveré mañana por la noche a por una respuesta. Piénsatelo. No te exigiré nada ni esperaré que tú me exijas a mí. La única diferencia es que estaríamos casados y que tú no tendrías que trabajar por la noche.

—Eso no parece mucho. Sobre todo si vas a ser tú el que nos mantenga. Los bebés no cuestan poco dinero.

Por un instante se dejó llevar por la imaginación. Qué sueño más tentador el no tener que volver a preocuparse por el dinero, poder

quedarse en casa con el bebé durante los primeros meses y no sentirse aterrorizada pensando en dónde iban a vivir y qué iban a comer.

—Créeme, es suficiente. ¿Quieres referencias u otra cosa que te ayude a tomar una decisión?

Lindsay sonrió y sacudió la cabeza.

—No, nada de eso me hará falta.

Seguramente no volvería a verlo, pero al menos esa noche le seguiría la corriente.

—Piénsatelo. Mañana vendré a que me des una respuesta —dijo Luke, poniéndose de pie.

Sacó unos cuantos billetes de un billetero y los tiró descuidadamente sobre la mesa.

—Gracias por el café y la tarta, Lindsay.

Lo observó desconcertada mientras salía por la puerta.

—Voy a cerrar la puerta con llave, Jack —dijo, aún algo aturdida por lo ocurrido.

Cerró la puerta, recogió sus libros y fue a la cocina a ponerse el abrigo. No hacía más que darle vueltas a la extraña proposición.

—Te acompañaré un poco —dijo Jack, poniéndose un grueso abrigo de paño— y te llevaré los libros. ¿Te falta mucho para terminar el trimestre? —preguntó el viejo, que a su manera se preocupaba de Lindsay.

—Mañana tengo el último examen. No voy a continuar al trimestre que viene.

En aproximadamente un mes daría a luz su bebé e iba a necesitar todo el dinero que pudiera ganar.

—Algún día conseguirás licenciarte. Eres una chica muy trabajadora, eso lo sé.

Lindsay sonrió y le echó el brazo al tiempo que echaban a andar hacia la parada de autobús.

—¿Quién era el tipo que entró a última hora?

—Alguien que conocía de cuando era pequeña. Luke Winters —dijo Lindsay—. Hace años que no lo veía.

—¿Ha venido a verte?

—No, la realidad es que al principio no me reconoció. Pero lo más extraño es que...

Vaciló, sin saber si repetir en voz alta la extraña proposición de

Luke.

—¿Qué? —preguntó Jack, mirándola en la oscuridad de la noche.

—Me pidió que me casara con él.

—Bien hecho.

—Jack, ni siquiera lo conoces.

—No, pero sé que estarías mejor casada y en casa por las noches con el bebé que trabajando hasta estas horas en el café. ¿Te gusta el tipo?

—Sí, a lo mejor. En realidad, hace doce años que no lo veía.

—Quizá lleve todos estos años perdidamente enamorado de ti.

Lindsay se echó a reír.

—Lo dudo. Me parece que su proposición se trata en realidad de una broma.

—Un hombre no le pide a una mujer que se case con él en broma —gruñó Jack.

—Un hombre rico como Luke Winters no le pide a una camarera que se case con él.

—Como te he dicho antes, a lo mejor hace tiempo que está enamorado de ti. ¿Tú qué sientes por él?

Lindsay se quedó en silencio unos minutos, sintiendo cómo la embargaban las emociones y los recuerdos. ¿Qué sentía por él?

—Estuve enamorada de él cuando tenía catorce años. Pero de eso hace ya mucho tiempo. Cada uno siguió su camino. Luego conocí a Will.

—Escúchame, chica. Will y tú erais felices, como tú me has dicho muchas veces, pero no era una de esas pasiones que uno siempre ansia en la vida.

—Amaba a Will —protestó.

—Sé que lo amabas, pero nunca me pareció que estuvieras enamorada de él.

Lindsay miró hacia delante, a ver si llegaba el autobús. Las palabras de Jack eran muy duras, pero había algo de verdad en ellas. Había amado a su esposo y llorado su muerte, pero incluso en los momentos más felices de su matrimonio se había preguntado si no habría algo más. Algo fallaba en su relación. ¿Tendría razón Jack?

Había niebla y una humedad salada impregnaba el ambiente

nocturno. Lindsay se estremeció ligeramente, contenta de ver las luces del autobús a lo lejos.

—Dentro de un momento llegará tu autobús. Piénsate lo que te han propuesto muy bien, Lindsay. Has pasado unos cuantos meses sola; quizá sea esta la solución a tu problema. Así podrías pasar tiempo con el bebé sin tener que preocuparte por el dinero. Te gusta el hombre, ¿no? —le preguntó Jack.

Ella asintió con la cabeza.

Y no era como si le hubiera propuesto algo para toda la vida; sólo era un matrimonio de conveniencia… sobre todo para él.

—Me lo pensaré, supongo —dijo lentamente.

Como si le quedara otra elección.

Luke Winters paseaba por la calle ajeno al aire frío que le daba en la garganta. Estaba tan furioso que eso era suficiente para calentarlo. ¡Malditos abuelo y mamá y sus condenadas maquinaciones! El largo paseo desde la Opera no le había servido de nada; el whisky que se había tomado en aquel bar tampoco le había hecho nada.

Había pensado que Jeannette quería casarse con él porque lo amaba, no por su dinero; o mejor dicho, por el dinero de su abuelo. Desde que se había enterado de la verdad, esta lo consumía por dentro.

El viejo la había sobornado prometiéndole una parte de las Empresas Balcomb. Sabía que su abuelo lo quería ver casado, llevaba diez años presionándolo para que lo hiciera, pero esa vez había ido demasiado lejos.

Su madre estaba totalmente obsesionada con el asunto del casamiento, pero tenía que ser con la mujer adecuada. ¡Luke elegiría él mismo a su esposa! Así los enseñaría en qué habían desembocado sus ardides.

Y así había elegido a Lindsay McDonald, la camarera de un café del puerto.

Se imaginó la cara que iba a poner su madre cuando le dijera que iba a casarse con una camarera. Sonrió forzadamente. Echaría por tierra sus planes de entrar a formar parte de las capas más altas de la sociedad. Si el dinero de su abuelo no había comprado el acceso a los niveles a los que ella aspiraba, su matrimonio desde luego tampoco lo haría.

Recordó a la Lindsay de esos lejanos días de verano. En aquel entonces había sido una molestia continua. Pero esa noche había visto algo en ella que invitaba a mirarla de nuevo, incluso embarazada como estaba.

¿Y el padre del bebé? Seguramente se habría esfumado al enterarse de que ella esperaba un hijo.

Luke aminoró el paso cuando estuvo cerca del Teatro de la Ópera. Las nubes brillaban en el nebuloso cielo, iluminadas por los focos. No había un alma en la calle, sólo alguna pareja solitaria. La limusina se habría marchado hacía mucho tiempo, llevándose a su madre y a Jeannette a casa.

Resultaba extraño que no sintiera más que ira. ¿Acaso no debería haber sentido un tremendo dolor al descubrir que la mujer a la que había pedido en matrimonio había aceptado simplemente por dinero? Echaría por tierra los planes de su familia casándose con Lindsay McDonald.

¡Nadie podría mandar en él! No sabía bien por qué ni su abuelo ni su madre se habían enterado aún de eso. Su matrimonio les enseñaría el error que habían cometido.

Lindsay se despertó a la mañana siguiente cuando sonó el despertador. Se arrastró de la cama y se vistió a toda velocidad.

Mientras se cepillaba el pelo se preguntó si alguna vez recuperaría su brillo de siempre. Lo tenía lacio y mate y como mejor le quedaba era recogido en una coleta.

Se maquilló un poco, intentando en vano ocultar las enormes ojeras. Tenía las mejillas regordetas y los ojos enrojecidos por el cansancio. Sonrió al recordar lo de la noche anterior. Le hacía gracia pensar que Luke Winters, heredero de una inmensa fortuna, quisiera casarse con alguien como ella.

Lindsay se preparó unos cereales para desayunar y se los comió despacio y distraída, pensando en si debía o no aceptar la proposición. Él le daría dinero a montones y así podría vivir en un bonito apartamento, con un jardín para poder sacar al bebé en verano.

Ya no tendría que trabajar en la librería por las mañanas, ni ir a clase por las tardes ni estar detrás de la barra por las noches. Se podría dar la gran vida, aparte de cuidar de su bebé. Los ojos se le llenaron de lágrimas porque sabía que todo aquello no eran más

que sueños.

Echaba de menos a Will. Él habría estado tan contento, esperando la llegada del bebé.

No podía creer que se hubiera marchado para siempre y que no fuera a volver a verlo. ¡Era tan bueno! Pero la conversación que había tenido con Jack la noche anterior le rondaba los pensamientos. Se habían amado, ¿pero habían estado enamorados?

Eran dos huérfanos solitarios que se habían juntado por intereses comunes. Fue Will el que la convenció para que volviera a estudiar. Will ganaba lo suficiente para cubrir gastos y Lindsay trabajaba media jornada en la librería, y eso le daba bastante para pagarse los estudios. Todo había ido bien hasta que aquel camión sin frenos le había dado un golpe al coche de Will. Si la compañía hubiera revisado el camión el accidente no habría ocurrido.

Pero no podía dar marcha atrás ni tampoco saber lo que le deparaba el futuro.

Levantó la cabeza, olvidándose de los sueños con resolución. Era hora de ponerse a trabajar. A partir del día siguiente las cosas iban a cambiar un poco. Podría echarse una siesta por las tardes en vez de ir a clase. Eso quizá la ayudara a disminuir la hinchazón de las piernas.

Al terminar la jornada de trabajo en el café, Lindsay se alegró de no haber dado crédito a las palabras de Luke, aunque no podía negar que estaba algo decepcionada.

Él no había aparecido como había prometido. Por un instante, sólo un instante, había esperado que la oferta fuera sincera. Pero sabía que nadie le regalaba a uno nada y su proposición le había sonado demasiado buena para ser verdad. De nada servía fantasear y soñar; la cruda realidad era que tenía que seguir con los dos trabajos e intentar ahorrar todo lo posible. Pasado un mes no podría ya trabajar. Necesitaba conseguir unos ahorrillos.

A la noche siguiente, cuando el café estaba lleno, Luke Winters entró en el local tan campante. Al entrar se quedó un momento en la puerta, sorprendido por el bullicio.

Lo cierto era que había sido tonto de pensar que el café estaría vacío a la hora de la cena. Echó un rápido vistazo por el local y cuando localizó a Lindsay se abrió paso entre la gente y las mesas hasta que se colocó a su lado. A Lindsay casi se le cayeron los platos

al verlo. Él la miró y se dio cuenta de lo cansada que parecía y de la torpeza de sus movimientos.

—¿Podemos hablar? —preguntó, echando una mirada a su alrededor.

Había una sola mesa vacía junto a las puertas de vaivén que llevaban a la cocina.

Frunció el ceño porque sabía que no había calculado bien la hora, pero estaba demasiado impaciente para esperar.

—Ahora estoy trabajando.

Pasó delante de él y se dirigió hacia una mesa. Colocó los platos cuidadosamente sobre la mesa y sonrió, preguntándoles a los clientes si deseaban algo más. Ellos le dijeron que no con un gesto de la cabeza, Lindsay se volvió y entonces se chocó con Luke. Echó las manos hacia delante para agarrarla y que no se cayera. Ella estuvo a punto de rozarle el mentón. Llevaba el pelo recogido en una coleta baja. Un suave aroma a rosas perfumó el ambiente. ¿El perfume de Lindsay? Por un instante le asombró la fragilidad de su complexión; en realidad no era más que su embarazo lo que la hacía parecer tan grande.

—Lo siento, pero tienes un frente que es difícil de evitar —le dijo, mirándole la tripa.

Jamás había estado tan cerca de una embarazada en su vida. ¿Le pesaría el bebé? ¿Se movería cuando estaba trabajando o sólo cuando se quedaba quieta?

—¿Qué quieres? —le preguntó, consciente de las miradas curiosas de algunos clientes—. Tengo trabajo.

—Quiero que hablemos de nuestra boda —miró a su alrededor —. ¿Puedes ausentarte unos minutos?

—¿Nuestra boda? —preguntó muy sorprendida.

Luke la miró con los ojos entrecerrados.

—Sí, nuestra boda.

—Estoy trabajando y todavía no es hora de tomarme un descanso. Siéntate allí y te llevaré algo de beber. Estaré contigo en cuanto pueda.

Luke se quedó allí plantado media hora más, mientras observaba a la mujer con la que tenía la intención de casarse corriendo de un lado al otro del café.

Su abuelo insistía en que se casara antes de pasarle el mando de

sus empresas a su único nieto. Había sido el último esfuerzo desesperado para que Luke se aviniera a su idea de que el matrimonio estabilizaba la vida del hombre. A Luke le daba rabia que le hubiera puesto esas condiciones. Llevaba meses trabajando en un negocio que llevaría a Balcomb a la vanguardia de su campo y aquel viejo testarudo lo apartaba del asunto en los últimos meses, pensando que así podía manipularlo. Si no actuaban con rapidez, los meses de negociación se perderían y jamás podrían volver a estar en ventaja.

Su abuelo no había mencionado otras condiciones aparte del matrimonio. Sin embargo, su madre ponía más empeño en sus intenciones. Quería encontrar para Luke la esposa perfecta, adinerada y de buena familia. Veía el matrimonio de Luke como algo que no sólo apaciguaría a su padre, sino que también le añadiría distinción a su posición en la sociedad de Sidney.

Luke tenía treinta y dos años, vivía en su propia casa en Kilibirri, y una enorme experiencia en los negocios adquirida tras pasar años en la compañía. Pero si el matrimonio era el precio que tenía que pagar por hacerse con el control de la empresa en la que había invertido tantos años de su vida, entonces pagaría ese precio y le exigiría a su abuelo que cumpliera con sus condiciones y le dejara dirigir las empresas Balcomb.

Lindsay miró a Luke y casi sintió miedo; no había olvidado su extraña proposición.

No se trataba del capricho de un borracho; lo de casarse lo había dicho en serio.

Intentó ignorar los sentimientos que bullían dentro de ella, pero el más fuerte de todos, el alivio, era demasiado fuerte como para ignorarlo. Cómo deseaba dejarse llevar y rendirse, apoyarse en él y permitir que ese hombre cuidara de ella y de su bebé durante unos meses. Si todo lo que deseaba era un certificado matrimonial, ¿por qué no? Solucionaría muchos de sus problemas y le daría el respiro que tanto necesitaba. La realidad era que se enfrentaba a un futuro incierto por sí sola, sin familia con quien poder contar. Una parte de ella le decía que la proposición había sido como un milagro. Pero tenía que haber una trampa, de eso estaba segura.

Tras servir a un grupo de clientes, se puso lo más derecha posible y fue hacia la mesa de Luke.

—Siento que hayas llegado cuando no podía hablar —dijo Lindsay, sentándose en la silla frente a Luke.

Esa noche llevaba un traje azul marino, camisa azul pálido y corbata gris plata. Tenía un aspecto resuelto, de superioridad, arrogante, y tan fuera de lugar en el café esa noche como lo había estado dos días antes con el esmoquin.

—Debería haberte avisado que venía pero, para serte sincero, llevo dos días buscando este lugar. Me he dado cuenta de que este era el local cuando me he parado delante.

—¿Buscándolo?

Sus facciones habían cambiado en los años que no se habían visto, volviéndose más angulosas y masculinas. No podía regalarse la vista mirándolo toda la noche, pero las aceleradas palpitaciones de su corazón la preocuparon.

Ella estaba a punto de dar a luz a un bebé y eso no era desde luego la fantasía de ningún hombre.

—Digamos que se me había olvidado dónde estaba y me ha llevado todo este tiempo encontrarlo.

—Digamos que el lunes por la noche estarías borracho y entraste aquí a tomarte un café. Así no me extraña que no lo encontraras ayer —saltó, molesta por sentir algo por aquel extraño.

—Pero la realidad es que lo he encontrado, y también a ti. Ahora estoy preparado para hablar de matrimonio. Me dijiste que te lo ibas a pensar. ¿Pensaste que estaba bromeando cuando no aparecí ayer?

—Pensé que estabas de broma el lunes por la noche, si quieres que te diga la verdad.

Se descalzó y empezó a mover los dedos de los pies. Estaba cansada de tener las piernas y los pies llenos de líquido. ¿Volvería alguna vez a estar normal?

—Yo nunca bromeo con algo como el matrimonio —dijo con gravedad.

—Jack me ha dicho que los hombres no suelen hacerlo.

—¿Quién es Jack? —preguntó con severidad.

—El cocinero. Dime si lo que dices es en serio. De verdad, Luke, que no entiendo nada.

—Necesito una esposa. Por razones en las que ahora no voy a profundizar estoy empeñado en elegir yo a mi propia esposa. Y te

he elegido a ti.

Agarró su americana y sacó unos cuantos papeles doblados. Los colocó en la mesa y se los pasó a Lindsay.

—Este es el acuerdo prenupcial propuesto. Léelo y dime si hay algo que te gustaría cambiar. Si no, podemos casarnos mañana.

—¡Un momento! ¡Yo todavía no he dicho que vaya a casarme contigo! —protestó Lindsay, aturdida por la rapidez con la que hacía todo.

—Me dijiste que te lo estabas pensando —la miró con los ojos entrecerrados—. ¿O lo has hecho sólo para apaciguarme... ? ¿... para deshacerte de mí sin montar un número?

—Sí que he pensado en ello —murmuró, con la vista fija en los papeles, sin querer confirmar sus sospechas.

Llevaba dos días sin pensar en otra cosa. Agarró los papeles y empezó a leer.

Sorprendida, releyó el primer párrafo, leyó por encima el resto y luego volvió a empezar para leer muy despacio aquello tan asombroso. ¡Ese hombre debía de valer una fortuna! Proponía asignarle una cantidad mensual que era el doble de lo que Will y ella ganaban juntos. Recibiría esa asignación mientras durara el matrimonio y durante un año después de finalizar aquel.

Levantó la vista y lo miró con detenimiento.

—Sigo sin entender nada. ¿Voy a recibir una asignación, muy generosa por cierto, sólo por casarme contigo?

—Eso es.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Tanto como yo desee.

—¿Y cuál es la razón de esto? Creo que debo saberla antes de comprometerme.

Lindsay no podía creer que estuviera diciendo esas palabras.

Luke se recostó en el respaldo de la silla, era la imagen de un hombre seguro de sí mismo. Pero la expresión de sus ojos le hizo comprender a Lindsay que ese asunto le importaba más de lo que pensaba reconocer.

—Mi abuelo es Jonathan Balcomb. Quizá hayas oído hablar de él.

—¡Transportes Balcomb! —dijo entre dientes—. Uno de sus camiones causó la muerte de mi marido.

Luke se puso de pie, estupefacto.

—¿Qué has dicho?

—Uno de los camiones Balcomb mató a mi marido hace casi ocho meses; hacía semanas que había cumplido el plazo de revisión y le fallaron los frenos —dijo Lindsay en voz baja.

—Pensé que me habías dicho que no estabas casada.

—Eso fue lo que tú creíste. Y supongo que técnicamente no lo estoy: soy viuda.

Luke no se movió, pero Lindsay sabía que estaba pensando a toda velocidad. ¡De todas las personas que podían haberle ofrecido ayuda para el bebé, lo hacía el nieto del hombre cuya empresa había matado al padre del niño! Tiró los papeles en la mesa y se echó hacia atrás.

Luke se frotó la mandíbula pensativo, apartó la mirada y luego volvió a mirar a Lindsay.

—¿Will Donovan?

Ella asintió, sorprendida de que conociera el nombre de su esposo.

—Soy Lindsay Donovan. Iba a decírtelo la otra noche, pero parecías estar tan seguro de que era una madre soltera que…

—Tras mi matrimonio, mi abuelo me pasará el control total de las Empresas Balcomb. Transportes Balcomb es una de las empresas del conjunto corporativo. No tenía idea de que el hombre que murió el año pasado fuera tu esposo.

—¿Trabajas para Balcomb ahora? —le preguntó, examinándole las facciones con cuidado y temblándole un poco las manos.

Debería ponerse de pie y marcharse, pero había algo que se lo impedía.

—Llevo años en la sucursal de importación y exportación, pero soy plenamente consciente de la situación de cada departamento. Las Empresas Balcomb se componen de varias compañías que trabajan juntas.

—No me gustan las grandes empresas, no me gusta que se hagan recortes sólo para obtener más beneficios, y me repatea la idea de que la empresa de tu abuelo se libre de un palmetazo con una multa por matar a mi esposo.

Luke la contempló un buen rato.

—Cásate conmigo para que pueda hacerme con el control de las

empresas. Cuando así sea, me encargaré de que se revisen puntualmente todos los camiones y de que nunca se permita que un vehículo defectuoso salga de los garajes —prometió Luke, mirándola con intensidad.

Ella le devolvió la mirada.

—¿Es este tu argumento para convencerme?

—No, es una forma de poder llevar las riendas de mi propia vida. Mi abuelo quiere que me case. Está colocando obstáculos en el negocio hasta que acate su voluntad.

Llevo casi diez años trabajando y no quiero ver cómo se deja de progresar por unas estúpidas manipulaciones. Mi madre también desea que me case. El lunes por la noche me enteré de que la mujer que había elegido como esposa, a quien pensaba que le importaba, se iba a casar conmigo por mi dinero y por un sustancioso soborno que le había ofrecido mi abuelo.

—No me extraña entonces que estuvieras tan enfadado cuando viniste.

—Te estoy proponiendo un negocio, Lindsay. Cásate conmigo. Yo cuidaré de ti y de tu bebé y me haré con el mando de la compañía en la que me he dejado la piel en estos últimos diez años. Con ese control, puedo asegurarme de que muertes sin sentido como la de tu esposo no vuelvan a ocurrir. ¿Trato hecho? —le preguntó Luke, apoyando los codos sobre la mesa y traspasándola con la mirada.

Dicho así, casi parecía sensato.

Lindsay levantó las hojas y las releyó, ajena al ruido del café. Ese trato le había caído del cielo. Tenía la seguridad que en ese momento no disponía ya de medios para pasar todo el tiempo con su querido bebé cuando naciera. De algún modo le parecía bien que la familia que había sido la causante de la muerte de su esposo fuera la encargada de mantener al bebé.

Al menos temporalmente; hasta que Luke reclamara su libertad.

Lindsay respiró profundamente.

—Supongo que trato hecho, Luke. Me casaré contigo cuando tú digas.

Capítulo 2

Cuatro meses después

Lindsay colocó a Ellie en la cuna y le dio unas palmaditas en la espalda. Había días en que a Ellie no había quién la parara; pero ese día al bebé le había cansado el paseo por el campo, el aire y el sol y no protestó cuando la tumbó a echar una siesta.

Lindsay deseó que cada día fuera así de fácil.

Sonó el timbre de la puerta y Lindsay volvió la cabeza. Nada despertaría a Ellie hasta que no hubiera dormido lo suficiente.

Lindsay cruzó el salón escasamente amueblado y fue hacia la puerta. Al abrirla se quedó muda de sorpresa. ¡La última persona a la que esperaba ver era a su marido!

—Luke... —susurró, mirándolo asombrada.

De repente sintió miedo. ¿Qué hacía él allí? No le había visto desde el día de la boda, hacía ya cuatro meses. Inmediatamente después de la ceremonia le habían llamado para que se hiciera cargo de un delicado asunto laboral con una empresa filial en Inglaterra. Se deshizo en disculpas por tener que marcharse de viaje y prometió que volvería pronto. Sólo que no lo hizo.

La madre de Luke había pasado por su antiguo apartamento dos días antes del nacimiento de Ellie. Catherine Winters había dejado claro que no le gustaba la esposa de Luke. No la había invitado a visitar su casa, ni la había presentado a su familia.

Aunque por lo poco que Luke le había contado, Lindsay no había esperado que la recibieran con los brazos abiertos. Sabía que era la que había fastidiado todos sus planes.

Pero sí que había esperado saber de Luke antes.

El cheque le llegaba puntualmente el primer día de cada mes, pero jamás lo acompañó de ninguna nota o carta. Lo había llamado cuando nació la niña, a pesar de la diferencia de horario y de la dificultad para localizarlo. Luke le había enviado un gran ramo de flores y un osito de peluche para el bebé. Cuando encontró su nuevo apartamento, le había enviado una nota cortés a la dirección de su oficina.

Aparte de eso, se había comunicado muy poco excepto por alguna breve llamada telefónica de cuando en cuando, que no hacía

más que añadirle un toque de, surrealismo a su falso matrimonio. Pero en ese momento estaba allí, a la puerta de su piso.

—Qué sorpresa —dijo Lindsay despacio—. Bienvenido. ¿Acabas de volver?

—¿Lindsay? —preguntó con incredulidad.

La miró de arriba abajo, desde los alborotados y cortos bucles, pasando por la esbelta figura cubierta con un vestido de tirantes, hasta los pies calzados con sandalias.

—Sí, soy yo. ¿Quién creías que vivía aquí? —le preguntó con algo de aspereza.

Le habló así por el susto que se había llevado y porque tenía miedo. ¿Habría decidido que quería divorciarse? Sabía que aquello era demasiado bueno para ser cierto, demasiado bueno para durar mucho más.

Lindsay cerró la puerta despacio.

—Siéntate. ¿Te apetece un té?

—Si no es mucha molestia.

—No. Ahora mismo vengo —añadió Lindsay, contenta de poder ausentarse un par de minutos y poder calmarse un poco.

—Vale.

Se sentó en el sofá y empezó a aflojarse la corbata; no le quitó los ojos de encima mientras ella iba hacia la cocina.

Le llevó unos minutos preparar el té, minutos que Lindsay aprovechó para dominar sus nervios e intentar que su expresión fuera tan impasible como la de Luke Winters.

Si su matrimonio tenía que terminar, pues que terminara. Sabía que estaba viviendo un cuento de hadas. Nadie mantenía a una mujer por el mero hecho de casarse con esa persona. No había hecho nada aparte de pronunciar unos votos delante de un juez. Palabras sin sentido. ¿Cuáles habían sido las condiciones de su acuerdo?

Cuando se marchara, volvería a leérselo para ver a qué atenerse.

Al menos había logrado ahorrar un poco cada mes de la generosa asignación que él le proporcionaba. Esos meses que había pasado junto a su hija, viéndola crecer, habían sido maravillosos.

Colocó la tetera, las tazas y platos sobre la bandeja y fue hacia el salón. Tenía que enfrentarse a él, al futuro. Escondiéndose en la cocina no iba a conseguir nada.

Luke estaba todo despatarrado en el sofá, con las largas piernas estiradas y cruzadas a la altura de los tobillos. Tenía las manos metidas en los bolsillos y la corbata le colgada medio retorcida sobre el pecho. Luke Winters estaba profundamente dormido.

Lindsay se lo quedó mirando mientras colocaba la bandeja con sumo cuidado sobre la mesa de centro.

—¿Luke? —dijo en voz baja.

Pero él no respondió.

Le entraron ganas de echarse a reír, pero se mordió el labio. Pensaba que había ido a decirle que quería anular el matrimonio, a decirle que su cómoda existencia llegaba a su fin. Sin embargo, parecía que lo único que le hacía falta era un sitio donde dormir.

Se sentó sin hacer ruido en uno de los cómodos sillones que había a los lados del sofá y se dedicó a observarlo.

Lo que tuviera que decirle parecía poder esperar. Se sirvió una taza de té sin hacer ruido, se recostó sobre el respaldo y se la tomó, feliz de poder contemplarlo hasta que se despertara. Empezó a recordar momentos del pasado, de cuando lo conoció en la playa. Era tan arrogante y engreído... al menos eso le había parecido entonces.

De su boda tenía un recuerdo borroso. El abuelo y la madre de Luke no habían asistido. Jack había sido su único invitado. Sonrió al recordar el interrogatorio que Jack le había hecho a Luke, pero aun así, todo aquello le seguía pareciendo muy peculiar. De todos modos agradecía haber tenido la oportunidad de quedarse en casa con Ellie durante esos primeros meses. Por eso deseaba hacer algo a cambio por Luke y agradecerle por cuidar tan bien de ella.

Luke se despertó poco a poco, pero no se movió. Negándose a abrir los ojos para no enfrentarse a la cantidad de problemas que tenía. Estaba tan cansado; cansado y preocupado. La gente en el trabajo, en casa... Todo el mundo exigía su atención continua y querían que hiciera milagros que no podía producir.

Sin embargo, en ese momento estaba rodeado de paz y tranquilidad. Oía el débil tictac de un reloj; él no tenía relojes que hicieran tictac. Lentamente abrió los ojos y miró por la rendija de los párpados entreabiertos a la mujer que estaba sentada cerca de él, ojeando una revista.

Era Lindsay McDonald Donovan Winters, su esposa.

Lindsay no sabía que se había despertado. ¿Cómo se había dormido?

Mientras miraba a la mujer se preguntaba si estaría imaginándose algunas cosas.

Recordaba a su esposa redondeada y con el pelo lacio. Pero la mujer que tenía delante no se parecía en nada a la otra. Su cabellera rizada y vaporosa parecía irradiar una luz propia y se veía brillante y sedosa. Deseaba acariciarle los cabellos y comprobar si aquellos bucles eran tan suaves como parecían.

Pasó a estudiar sus delicadas facciones, los pómulos altos y bien dibujados, los ojos ligeramente rasgados. Tenía la piel lisa como el marfil y parecía tan suave como su pelo. A través de aquellas facciones recordó a la muchacha que fue, persiguiéndolo por la orilla de la playa, riendo en jubiloso abandono. Continuó con su examen y vio que tenía los pechos altos y firmes, la cintura estrecha y las caderas suavemente redondeadas.

Se fijó en la bandeja que había sobre la mesa de centro y vio que había una taza usada.

—Creo que me he perdido el té —dijo despacio.

Lindsay levantó la cabeza y lo miró con aquellos ojos grises de mirada burlona.

—Eso parece. ¿Cansado?

Se frotó los ojos y se incorporó.

—Un poco. ¿Estará caliente el té?

—No creo. Has estado más de media hora dormido—se levantó y se llevó la tetera—. Si eres capaz de mantenerte despierto, voy a prepararte otro.

—Voy contigo.

Se levantó y Lindsay se dio la vuelta. La miró mientras iba hacia la cocina; tenía unas piernas preciosas. Aminoró el paso y miró a su alrededor. La casa tenía muy pocos muebles y la única decoración eran algunas fotos de su hija y alguna figurita aquí y allá. Había unos libros apilados en un montón en el suelo y al otro lado una librería de poco fondo.

La siguió hasta la cocina y se dio cuenta de que estaba tan limpia como el salón. Al acercarse a ella, Lindsay se apartó. ¿Le tendría miedo? Luke puso mala cara.

—¿Quieres el té con leche? —le preguntó Lindsay.

—No, me gusta solo. ¿Qué tal te ha ido?

—Bien.

—Lindsay quiero saber cómo te las has arreglado hasta ahora. No tenía planeado estar fuera tanto tiempo. Creí que estaría de vuelta en un par de semanas. Al enterarme de que estabas viviendo aquí me quedé sorprendido. Mi madre tenía que venir a verte para brindarte cualquier tipo de ayuda mientras yo he estado fuera.

Ella lo miró de frente, levantando ligeramente la cabeza, como si se fuera a enfrentar a un problema.

A Luke le entraron ganas de sonreír; de pronto sentía curiosidad por aquella mujer que había hecho su esposa y a la que había ignorado desde su boda.

—Luke, te agradezco mucho todo lo que has hecho. Nos las arreglamos perfectamente con tu generosa asignación. Ah, y tu madre vino a verme, pero creo que no le gustó demasiado ver con quién te habías casado.

—No tiene mucho tacto que digamos. Me disculpo si vuestro encuentro fue incómodo para ti —murmuró.

Se arrepintió de haber enviado a su madre a ver a Lindsay; lo había hecho para que se enteraran de una vez de que se había casado. Pero ella se puso furiosa cuando se enteró de lo que había hecho. Tendría que haber previsto que lo pagaría con Lindsay.

Miró a su alrededor. No había electrodomésticos, aparte de un tostador; tampoco había botes ni chismes en la cocina.

—¿Es suficiente la asignación?

—De sobra.

—No pareces tener muchos muebles —dijo despacio.

Ella se echó a reír, encogiéndose de hombros.

—Tenemos suficiente. Sólo somos dos personas y una es muy pequeña.

—Tu bebé.

—Ellie.

Él asintió con la cabeza. Quiso haber ido al hospital ciando recibió su llamada, pero no podía marcharse de Inglaterra en esos momentos. Debería haberle preguntado por el bebé nada más verla. ¿No adoraban las primerizas a sus hijos?

—Muchas felicidades, aunque sean con retraso.

Lindsay sonrió de oreja a oreja.

—Me dijiste lo mismo por teléfono. Me encantaron las flores y la niña tiene el osito en un rincón de la cuna. Puedes ver a la niña luego, si quieres. Ahora está dormida.

Luke se frotó la nuca, que se le había quedado agarrotada por dormirse en una mala postura.

Lindsay se volvió hacia la cocinilla para retirar el hervidor del fuego. Aclaró la tetera, la llenó de agua hirviendo y se volvió para llevarla al salón.

—Deberías haberme despertado —le dijo cuando pasó junto a él.

—He pensado que si te habías quedado dormido tan rápidamente, era porque te hacía falta descansar un rato.

Lindsay sirvió dos tazas de té y luego se le quedó mirando.

—Como esta es la primera vez que vienes a verme desde el día de la boda, me imagino que tienes algo que decirme. ¿Quieres anular el matrimonio ya?

Él levantó la vista, sorprendido. Se llevó la taza a los labios y dio un sorbo sin apartar los ojos de ella. Colocó la taza en la mesa y sacudió la cabeza.

—No. He venido a pedirte un favor. Y estoy dispuesto a que te merezca la pena hacérmelo.

—¿Qué clase de favor es? —dijo, mirándolo con seriedad.

—Mi abuelo está muy enfermo; los médicos dicen que se está muriendo —dijo Luke pausadamente.

Aún no podía creérselo. Parecía estar perfectamente antes de marcharse a Inglaterra.

Además, siempre había pensado que su abuelo tenía demasiado mal genio para morirse.

—Lo siento —dijo ella.

Luke arqueó las cejas.

—No le han dado mucho tiempo de vida, Lindsay. Me lo he llevado a mi casa porque es mucho más grande que la suya o la de mi madre. Tiene una enfermera las veinticuatro horas, pero así no tendrá que estar en el hospital. No puedo hacer nada por él, excepto...

—¿Excepto qué? —dijo Lindsay al ver que se paraba.

—Lindsay, cuando nos casamos sabes que lo hice para fastidiar a mi madre y a mi abuelo. Quise hacer lo que me imponían, pero con mis condiciones.

Ella asintió con la cabeza.

—Muchas veces me he preguntado qué pasó cuando les dijiste que te habías casado conmigo. Sé que tu madre estaba furiosa. Me dejó bien claro que yo no era más que una caza fortunas y me prometió que pondría fin a esta farsa.

Luke cerró los ojos unos instantes.

—Lo siento mucho. No esperaba irme a Londres tan repentinamente. En realidad, tuviste suerte. No sabes cómo se pusieron cuando se lo dije. Después de la ceremonia me fui directamente a casa de mi abuelo en Palm Beach. No estaba sólo él, también estaban mi antigua prometida, Jeannette, y mi madre. Se lo conté a los tres a la vez.

Jeannette juró que le había arruinado la vida y que también había arruinado mi vida, echándome la perorata de que yo era su gran amor. Mi abuelo me juró que jamás me daría el control de la empresa. Mi madre estaba horrorizada, más por la imposibilidad de aumentar su prestigio social que por otra cosa, creo yo.

Hizo una pausa. Al recordar la escena que le estaba describiendo le pareció como sacada de una mala comedia.

—¿Y tú? —preguntó Lindsay.

—No paraba de decir palabrotas.

Ella hizo una mueca.

—Vaya situación. Te casaste para hacerte con el control total de la empresa. Me sorprende que no hayas querido anular el matrimonio antes.

—No estoy aquí para anular el matrimonio.

—¿No?

—Conseguí el control de la empresa. Cuando mi abuelo amenazó con excluirme, le puse en evidencia. Soy un director excelente, Lindsay. Sé que hay otras empresas que me pagarían lo que fuera para que trabajara con ellos. Mi abuelo me enseñó bien el oficio, ¿entiendes? Entonces le dije que no necesitaba su empresa y que encontraría otro trabajo.

—¡Vaya, no había quién te parara!

Luke se paso muy serio.

—¡No tolero que nadie me dé órdenes!

—Lo tendré en cuenta si alguna vez quisiera emitir una orden —murmuró.

La fatiga que había mostrado al llegar había desaparecido y en ese momento estaba pletórico, seguro de sí mismo, incluso un poco arrogante. Y, además, seguía siendo el hombre más guapo que había visto en su vida.

—Un mes después de nuestra boda, y probablemente por las negociaciones que estaba haciendo en Londres, mi abuelo Jonathan cedió. Fui nombrado director general de las empresas; recibí la noticia por fax.

—Te felicito.

Él vaciló, mirándola con sospecha.

—¿Qué pasa? —añadió Lindsay al ver la cara que ponía.

Luke respiró profundamente y siguió hablando.

—Nada. Hacerme cargo de la empresa significó el reconciliarme con mi abuelo.

Hasta que no me enteré de su enfermedad y lo organicé todo para volver a casa esta semana no me di cuenta de que fue su salud lo que le hizo cambiar de opinión, no mi matrimonio o cualquier intento de reconciliación. Cuando le dio el primer infarto hace tres meses se dio cuenta de que ya no podía controlar la compañía. Al darme el mando, lo hizo totalmente, pero me dijo que no le gustaba nuestra situación.

—¿Es por eso por lo que has vuelto a casa?

—No. Cerré el negocio en Londres. Volví como había planeado y me enteré de la gravedad de su enfermedad al llegar. Se negó a que nadie me lo contara mientras estuviera fuera. Mi secretaria se encargó de sacarlo del hospital y llevarlo a mi casa, de contratar enfermeras y de consultar con especialistas.

Se frotó los ojos lentamente.

—Tiene suerte de tenerte a ti —dijo Lindsay.

—¿Qué les ocurrió a tus padres, Lindsay?

—Murieron en un accidente de avión poco después del último verano que pasamos en la playa. La única hermana que tenía mi madre me educó hasta que cumplí los dieciocho. Luego se fue a vivir a Tasmania. Unos años más tarde murió. Llevaba enferma una temporada y eso hizo que quisiera marcharse de Sidney. Siempre había deseado vivir en Tasmania y supo que tenía que irse allí antes de que fuera demasiado tarde.

—¿Y la familia de tu marido?

—Will era huérfano desde que era un bebé. No tenía ningún pariente. Cuida de tu abuelo, Luke; tienes suerte de que haya vivido tanto tiempo.

—Quiero hacer que el poco tiempo que le queda sea feliz.

—Es comprensible.

—Todavía necesito que me hagas un favor, Lindsay.

—Pídeme lo que quieras —afirmó, preguntándose qué iría a pedirle; ella tenía tan poco que ofrecer.

—Quiero que vengas a casa conmigo, en calidad de esposa y que finjamos ser un matrimonio feliz para llenar de alegría los últimos días de un hombre que se está muriendo.

A Luke le entraron ganas de echarse a reír al ver la cara que ponía. Su expresión pasó de la incredulidad más absoluta a la perplejidad total.

—¿Vivir contigo? —dijo con un hilo de voz.

Eso no era parte del acuerdo inicial. El corazón empezó a latirle con fuerza. ¿Vivir con Luke? ¿Verlo a diario? Por un instante recordó aquellos viejos sueños en los que Luke era su príncipe azul. No había esperado que se hicieran realidad de ese modo.

—Tú y el bebé; mi casa es muy grande. He puesto al abuelo Jonathan en uno de los dormitorios. Siempre tiene a una enfermera con él, con lo cual no tienes que ocuparte de nada en ese sentido. Sólo quiero que estés allí, quizá que charles con él de vez en cuando y le digas lo mucho que me amas. Ya sabes, ese tipo de cosas; es decir, todo lo que está detrás del matrimonio. Quiero hacerle creer que somos felices. No será por mucho tiempo.

—¿Te has vuelto loco? Nosotros acordamos que no tendríamos nada que ver el uno con el otro. Tú pusiste esas condiciones. ¿Ahora quieres que finja ser tu amante esposa? Jamás lo creerán.

—Eres mi esposa. Sólo quiero que representes un papel. Además, dije que estuvimos enamorados en la adolescencia; entonces pensarán que hemos avivado la llama de aquel amor.

—No puedo creerme todo esto.

—Acordamos que una vez divorciados tú te irás con las manos vacías. Estoy dispuesto a cambiar eso y a abrir una cuenta de ahorro para ti y tu hija. Serás libre para volverte a casar si lo deseas, pero el dinero no volverá a ser un problema para ti.

Sólo te pido que vengas conmigo a vivir y representes un papel

hasta que muera mi abuelo.

—¿Crees que el dinero lo compra todo? —le preguntó, entrecerrando los ojos y arrugando el entrecejo.

—El dinero compra casi todo. Yo compré mi matrimonio, ¿no es así? —dijo con ironía.

Al oír eso se recostó sobre el respaldo con brusquedad. De momento Luke creyó que se iba a echar a llorar, pero Lindsay no apartó la mirada de él.

—Quiero la anulación del matrimonio —dijo con firmeza.

—Todavía no. Primero tienes que ayudarme.

Creyó que iba a aprovechar la oportunidad de conseguir más dinero. ¿Qué le pasaba a Lindsay?

—No pienso engañar a nadie.

—Ya lo hicimos.

—No, sólo nos casamos; eso es todo lo que tú querías. Dijiste que no habría más.

—Las cosas han cambiado.

—Yo no he cambiado.

—Cariño, tú eres la que más has cambiado. No te pareces en nada a la gordita con la que me casé.

—¿Gordita? ¡Estaba embarazada!

—Y trabajando en dos sitios al tiempo que ibas a clases. ¿Dime Lindsay, preferirías haber seguido con los dos empleos e intentando cuidar de tu hija al mismo tiempo?

¿Y si una de las dos se pusiera enferma?

Lindsay tragó saliva. Apretó los labios con firmeza y Luke esperó que se estuviera imaginando la vida que habría llevado de no haber sido por él.

—Todo lo que te pido es que me ayudes a hacer feliz a mi abuelo el poco tiempo que le quede. No creo que sea mucho. Y a cambio me aseguraré de que puedas seguir junto a tu hija en vez de atender mesas en algún café.

—Eso me hace sentirme muy interesada —murmuró Lindsay.

—No, yo llamo interesada a Jeannette Sullivan. Ella ya habría exigido que le indicara la cantidad exacta de mi oferta y me habría hecho una contra oferta para elevar el montante. Tú nunca te quejaste del dinero, ni siquiera después de casarnos.

—Es bastante para mí —dijo en voz baja.

—¿En qué te gastas el dinero, Lindsay? —le preguntó, mirando a su alrededor—. En muebles y cosas para la casa desde luego que no.

—Ahorro una parte cada mes —dijo muy despacio, preguntándose si querría que se lo devolviera ya que no lo había utilizado.

Pero era demasiado generoso para pedírselo. Le estaba ofreciendo más por pasar una temporada en su casa y hacerle creer a su abuelo que eran felices juntos.

—Qué frugal.

—Era para... por si querías... para cuando anuláramos nuestro matrimonio.

—Al día siguiente de la muerte de mi abuelo, iniciaré si lo deseas los trámites de la anulación. Por favor, concédeme unas cuantas semanas.

—Tengo que pensármelo bien. Me estás empujando a hacer algo que no estoy segura de poder realizar. ¿Quieres que finja algo que no siento? ¿Y qué pasa con el resto de la familia?

—Mi madre está en casa conmigo mientras su padre esté tan enfermo. Sabe que estoy intentando convencerte para que vengas a vivir conmigo.

—Apuesto a que no le ha gustado ni un pelo. De niña no le caía bien. Le horroriza que te hayas casado conmigo. ¿Y tú quieres que me vaya a vivir a tu casa?

—Es mi casa y como eres mi esposa, también es la tuya. Tú serás la que mande allí, no mi madre. Si su presencia te hace sentirte incómoda, entonces puede volver a su casa e ir cada día a visitar a su padre.

—No me refería a eso. ¿Sabe por qué nos casamos?

—Sí. Y tú tienes razón; no te recibirá con los brazos abiertos. Jeannette era la que ella deseaba para mí, pero te tratará con cordialidad. Mi madre es una señora muy correcta. Además, no me importa su reacción; sólo quiero que mi abuelo tenga la seguridad de que no he echado a perder mi vida.

—Si anulas nuestro matrimonio y te casas con la mujer de tus sueños le harás muy feliz —le sugirió Lindsay.

—Tú eres la mujer de mis sueños —dijo, esbozando una amplia sonrisa.

—¿Yo?

—Claro. ¿A qué hombre no le gustaría tener una mujer que mantiene a otras a raya en virtud de ser esposa, pero que sin embargo nunca controla lo que hace, ni lo regaña, ni le exige nada? Tú eres la esposa ideal.

Lindsay apartó la mirada, como si quisiera sofocar una sonrisa.

—Lindsay, quiero que me digas que sí —añadió.

Lindsay fijó la vista en los cuadros de la pared y Luke deseó poder saber lo que pensaba. Ella tenía razón; no se conocían bien. De lo contrario, quizá pudiera averiguar lo que tenía Lindsay en la cabeza. Aún le sorprendía el hecho de que no le hubiera pedido más dinero y de que lo que más le preocupara era engañar a la gente.

La mayoría de las personas que él conocía no tenían tantos escrúpulos.

Lindsay se volvió lentamente.

—¿Qué le dirías a tu abuelo? Llevamos más de cuatro meses casados y nunca hemos estado juntos. ¿Cómo le explicarás un cambio tan repentino?

¡Bien! ¡Iba a hacerlo! Luke se sintió aliviado; se recostó contra el respaldo del sofá y se relajó un poco. Lo más duro había pasado: la había convencido para que lo ayudara.

—Desde nuestra boda he estado fuera todo el tiempo. ¿Es tan difícil creer que haya querido esperar a que te vinieras a casa conmigo hasta que pudiéramos vivir juntos?

Él no necesita enterarse de que no hemos estado en contacto desde el día de la boda.

Simplemente diremos que ahora que estoy de vuelta te vas a venir a vivir conmigo.

—¿Y tú crees que se lo va a creer?

—Por qué no si nos ve actuando como una pareja de enamorados.

Lindsay se humedeció los labios.

—¿Y cómo lo haremos? —preguntó torpemente.

—Tú me miras como si me adoraras. Yo volveré del trabajo todas las noches a cenar y cuando estemos delante de mi abuelo nos daremos la mano y cosas así. No sé, cualquier cosa que nos parezca bien.

—¿Y el resto de la gente? ¿Y tu madre?

—¿Qué pasa?

—¿Qué le contamos a los demás?

—Lo mismo. No quiero que nadie le vaya contando que no es un matrimonio verdadero, o que no soy muy feliz. Si representas bien tu papel, creerá la historia que le he contado sobre lo que sentíamos cuando éramos dos adolescentes. Se está muriendo, Lindsay. Quiere verme feliz. ¿Puedes hacer las maletas y tenerlo todo listo para esta noche? Me gustaría que estuvieras en casa para la hora de la cena.

—¿Hoy? Santo cielo, Luke, ni siquiera he dicho que vaya a hacerlo.

—Pero lo harás, ¿verdad, Lindsay? ¿Por Jonathan? ¿Y por tu hija?

Lindsay se pasó unos minutos mirándolo a los ojos mientras consideraba su proposición. Finalmente asintió.

—Todavía me siento como una materialista barata, pero lo haré. Por tu abuelo y por mi hija. Y también por mí. Me he sentido muy mal por aceptar tu dinero sin hacer nada a cambio. Quizá esto sirva un poco de contrapeso.

—¡Estupendo! —dio un salto y agarró su chaqueta—. Te enviaré un coche sobre las cuatro.

—No me va a dar tiempo... —Lindsay se levantó, de pie junto a él.

—Mete un par de cosas para unos cuantos días. El sábado tú y yo vendremos a buscar el resto.

—Vas demasiado deprisa para mi gusto; necesito tiempo para pensar.

—Puedes pensar en mi casa. El coche estará aquí a las cuatro. Te veré a la hora de la cena —Luke se inclinó y le dio un ligero beso en los labios—. Gracias, Lindsay. Jamás olvidaré esto.

Lindsay lo observó marcharse en silencio. Se pasó los dedos muy despacio por los labios. Ella tampoco olvidaría nada de lo que había pasado, pero seguramente por razones muy diferentes. Increíble... Acababa de decir que sí a vivir con el extraño con el que se había casado hacía ya cuatro meses. Y no sólo se trataba de vivir con él, sino de hacer el papel de amante esposa.

—¡Oh, Will, no te creerías el lío en el que me he metido!

Pero Will llevaba más de un año muerto, y Lindsay había pasado ya lo peor. Sólo le quedaban los suaves recuerdos de los momentos más felices.

La buena de Ellie seguía durmiendo y Lindsay se apresuró a su dormitorio y empezó a decidir la ropa que necesitaría para los días siguientes. Cuando llamaron a la puerta tenía todo colocado junto al carro de la niña.

Al abrirla se encontró con un chófer uniformado.

—¿Señora Winters? —preguntó con formalidad.

Lindsay asintió, tragando saliva. No había usado el apellido de Luke después de casados, optando por seguir utilizando el de Donovan, ya que en realidad no se sentía casada. El chófer era la primera persona que la llamaba señora Winters.

—Tengo bastantes cosas —dijo, indicando el montón de bolsas junto a la puerta.

—Ningún problema, señora. Tendré que hacer varios viajes. Cuando lo tenga todo colocado volveré a por usted y el bebé.

Algo más de media hora después, Lindsay llegó a casa de Luke Winters en Kilibirri, situada en la orilla septentrional del puerto, muy cerca de Harbor Bridge. La finca le pareció enorme, al menos de un acre. El camino de entrada terminaba en un semicírculo delante de la casa. La impresionante fachada imitaba la de una mansión Tudor, con ladrillos, estuco y vigas de madera negra.

El chófer la acompañó hasta la puerta.

—Llevaré sus cosas adentro —dijo mientras llamaba al timbre con premura.

—Gracias —dijo Lindsay con timidez.

El bebé miraba al hombre con los ojos abiertos como platos y se chupaba el pulgar mientras contemplaba todos sus movimientos.

—¿Señora Winters?

Una mujer morena abrió la puerta. Era menuda, con el pelo cano y un par de ojillos brillantes de mirada curiosa.

—Sí.

—Bienvenida. Luke nos ha dicho que llegaría usted hoy. Soy Marabel, el ama de llaves. La enseñaré su dormitorio y el del bebé. Cuando Hedley suba sus maletas, sacaré las cosas.

—No me importa hacerlo yo —se apresuró a decir Lindsay, echando un rápido vistazo a la casa.

Las amplias escaleras que conducían al piso de arriba estaban tan brillantes que reflejaban la luz que entraba por los altos ventanales. El gran arco a la entrada del salón invitaba a pasar.

Entró en el salón y entonces comprendió por qué Luke había pensado que casi no tenía muebles. Aquel estaba lleno de mobiliario, cuadros, tallas y figuras.

—Por aquí.

Marabel subió las escaleras delante de ella y giró hacia la derecha al llegar arriba.

—El señor Jonathan está en la habitación del final del pasillo —dijo indicándolo con el índice—. Esta es su habitación; suya y de Luke —dijo, de pie junto a la puerta abierta.

Capítulo 3

—¿Cuál es la habitación de Ellie? —preguntó Lindsay, asomando la cabeza por la puerta del dormitorio. Vio una cama inmensa que ocupaba toda una pared. Tragó saliva y se volvió hacia Marabel. Tenía que hablar con Luke y arreglar todo ese asunto. ¡Compartir habitación no había sido parte del trato!

—Está al lado del suyo.

Marabel avanzó hasta la puerta siguiente, la abrió y se hizo a un lado.

Lindsay se quedó mirando la elegante habitación de la niña. La cuna parecía nueva, vestida con sábanas de colores muy alegres, y un móvil colgaba sobre un extremo.

Junto a la ventana había una cesta llena de juguetes y una de las paredes estaba cubierta de estanterías atestadas de peluches, muñecos y libros. En un rincón había una mesa para niños y dos sillitas, y al lado una mecedora.

—Es preciosa.

Lindsay tenía a Ellie en brazos.

—Luke se encargó personalmente de escoger los muebles y los juguetes —dijo Marabel con orgullo.

Se acercó a la cuna despacio, se inclinó y depositó al bebé con cuidado. Ellie miraba a su alrededor con los ojos muy abiertos, pero finalmente se quedó extasiada con el móvil.

—Voy a ver si Hedley sube sus maletas —dijo Marabel.

Cuando el ama de llaves se marchó, Lindsay se paseó por la habitación, mirándolo todo, observando la reacción de Ellie.

—Esta es la diferencia entre tener dinero a montones e ir tirando —murmuró.

Se sentó en la mecedora y empezó a mecerse. Su hija era demasiado pequeña para recordar todo eso cuando fuera mayor, pero le complacería saber que había disfrutado de lo mejor durante una temporada.

Luke debía de querer mucho a su abuelo, pero ella ni siquiera sentía compasión por él. En Sidney tenía fama de ser un hombre duro y sin corazón.

Ella no había accedido a representar un papel para consolarlo. Y

tampoco era por dinero, aunque desde luego le haría la vida más fácil. No, tenía algo que ver con Luke y su deseo de hacer algo por su abuelo lo que la había llevado a aceptar. A pesar de que el hombre había intentado que se casara con alguien que no lo amaba, Luke lo había perdonado, se había acercado a él al verlo enfermo y había querido alegrar sus últimos días.

—Venga, bebita, vamos a explorar este dormitorio de cuentos. Disfruta todo lo que puedas porque no durará mucho.

Lindsay se levantó de la mecedora y fue a sacar a su hija de la cuna. Contempló los bellos jardines por la ventana y se preguntó cuánto tiempo se quedarían allí.

A la hora de la cena, lista ya para bajar, Lindsay se puso muy nerviosa. Había ido por la tarde a la cocina, para tomar una taza de té antes de darle de comer a Ellie.

Conoció a Rachel, la cocinera, y se quedó embelesada con sus bollos calientes con nata; después le prometió bajar a Ellie en cuanto se despertara. Al menos el servicio era amable.

Cuando la niña terminó de comer, Lindsay la bañó y le puso el pijama. Mecerla para dormir era un placer tanto para la madre como para la niña. A Ellie se le cerraron los ojos y Lindsay la abrazó con ternura. Ella era lo único conocido en aquella casa tan grande, tan lujosa y tan formal para los gustos de Lindsay.

Cuando Ellie se durmió, Lindsay la colocó en la cuna y la cubrió con la manta. Salió del dormitorio sin hacer ruido, preguntándose si Ellie dormiría toda la noche de un tirón en una habitación extraña.

—Claro que sí, los niños se adaptan muy bien a todo—murmuró Lindsay mientras avanzaba por el pasillo hacia la habitación que Marabel le había mostrado.

El dormitorio de Luke era muy masculino. La cama era inmensa, claro que él era muy alto. Por un instante deseó estar casada de verdad y que su esposo y ella la compartieran con amor. Por las mañanas, cuando fuera mayor, Ellie se metería en la cama con ellos y los despertaría. Se reirían juntos y serían tan felices.

Apartó aquel pensamiento de su mente y se volvió hacia la ventana. Las oscuras cortinas no dejaban entrar tanta luz como las de la habitación de Ellie. Deseó poder correrlas del todo y dejar que entrara el sol y disipara aquella oscuridad. Muebles de maderas nobles, suntuosas alfombras y un sofá completaban el dormitorio.

Lindsay arrugó el entrecejo mientras miraba a su alrededor, buscando sus maletas.

Sabía que Marabel le había indicado a Hedley que las dejara en esa habitación.

Lindsay abrió el ropero llena de curiosidad y vio una hilera de trajes, camisas y pantalones vaqueros. ¿Vaqueros? Supuso que los utilizaría en sus ratos libres. Al otro lado colgaban varios vestidos; sus vestidos.

Pues sí que le hacía caso Marabel a la nueva señora de la casa. Lindsay le había dicho claramente que ella se encargaría de deshacer las maletas. Después tendría que llevar todas sus cosas al dormitorio que Luke le asignara. Echó una mirada a su reloj de pulsera y decidió que eso podía esperar. Marabel le había dicho que la cena estaría lista a las siete y ya eran más de las seis y media.

Lindsay sacó su mejor vestido del ropero y fue hacia la cómoda. Después de abrir unos cuantos cajones encontró su ropa interior. Preparó lo que necesitaba y corrió al baño a darse una ducha. Estaba claro que Luke y ella tenían que hablar de unas cuantas cosas.

A las siete en punto bajaba las escaleras. Al llegar al vestíbulo, Lindsay vio la porcelana y la plata brillar sobre la mesa de comedor, pero fue el murmullo de voces proveniente del salón lo que le llamó inmediatamente la atención. Se detuvo un instante en el arco del salón y tragó saliva, notando que se le hacía un nudo en el estómago. Luke estaba delante de la chimenea, tomándose un aperitivo. Sentada en el sofá estaba su madre. Iba vestida elegantemente, sus negros cabellos ligeramente canos, pero con un corte estiloso y muy favorecedor. Iba poco maquillada y el vestido era de diseño. Llevaba un collar y un anillo de gemas. Lindsay se palpó el anillo de bodas de Luke, que llevaba colgado de una cadena al cuello.

—Espero no haber llegado tarde —dijo, levantando la cabeza y entrando en el salón.

La mujer sentada en el sofá se volvió y la miró de arriba abajo. Se vio que la encontró deficiente.

—No llegas tarde. ¿Qué tal?

Luke cruzó el espacio que los separaba y le agarró de la mano, dándole un leve apretón al tiempo que se inclinaba y le daba un

beso en la mejilla.

Sorprendida por la sensación que le produjo aquel beso, Lindsay se agarró a su mano y lo miró con cara de asombro.

—Bien.

¿Habría sentido él también aquella extraña sensación, como una especie de descarga eléctrica? De ser así, no dio muestras de ello. Lindsay miró hacia otro lado.

—Madre, me gustaría que le dieras la bienvenida a Lindsay. Lindsay, recordarás a mi madre, Catherine Winters.

Luke la llevó hasta el sofá.

—Parece que la novia abandonada aparece por fin.

Catherine Winters no se levantó a saludar a su nueva nuera.

—¿Novia abandonada?

—Parece que Luke te ha abandonado durante los últimos meses, desde el día de la boda, para ser más exactos. Esperábamos que el desafortunado incidente quedara en el pasado.

—¡Madre! —exclamó Luke, con tono amenazador.

—Bienvenida a tu nuevo hogar, Lindsay —dijo Catherine desapasionadamente y mirándola con frialdad.

Lindsay no supo cómo responder a aquel descarado intento de ponerla nerviosa.

Asintió con la cabeza como única respuesta y miró a Luke, dándose cuenta entonces de que le agarraba la mano como si fuera una cuerda de salvamento.

—Lo siento —murmuró antes de soltársela.

El ambiente era muy tenso. Lindsay se preguntó si era algo normal para aquella familia o no. Pero lo dudaba, pues se veía que la causa era ella.

—¿Madre?

Luke medio se volvió hacia su madre que en ese momento se levantaba del sofá.

—Estoy lista para cenar.

Luke presidió la mesa, su madre se colocó a su izquierda y Lindsay a su derecha.

Nada más sentarse entró Marabel con una sopera.

—Luke nos dijo que eras camarera cuando os casasteis —dijo Catherine con expresión de asombro mientras esperaba a que la sirvieran.

Lindsay miró a la mujer que tenía enfrente y su instinto le dijo que estaba intentando hacerle perder la calma.

—Se podría decir que sí, o bien que era estudiante ya que asistía a clases todo el día.

También podríamos decir que era una proveedora de literatura, ya que trabajaba en una librería en el Strand —dijo Lindsay con vehemencia.

No iba a permitir que esa mujer la acobardara. Si a Catherine Winters no le gustaba la elección de su hijo, debería haberle apoyado en contra de su abuelo cuando Luke quería tomar sus propias decisiones.

—Esos trabajos no tienen nada de malo, incluyendo el de camarera —dijo Luke con firmeza y mirando a su madre enfadado.

Lindsay probó una cucharada de la sabrosa sopa.

—¡Está riquísima! —dijo en un intento de cambiar de tema.

Marabel se detuvo a la puerta un instante.

—Muchas gracias, señora Winters; se lo diré a Rachel —y salió con una sonrisa triunfal.

—¿Cómo está Jonathan? —le preguntó Luke a su madre.

—Más o menos igual —respondió Catherine, que de pronto parecía cansada—. He estado sentada con él esta tarde. Quiso que le leyera el periódico, la sección de economía, claro. Dijo que quería ir al despacho dentro de unas semanas. Luke, me preocupa tanto su aspecto.

—Madre, pasa todo el tiempo que quieras con Jonathan, pero debes aceptar que no va a mejorar. Me gustaría que no fuera así, pero lo es.

Catherine suspiró y bajó la vista al plato. A Lindsay le pareció ver que se le llenaban los ojos de lágrimas y sintió compasión por ella. Sabía lo que significaba no tener padre; Catherine tenía suerte de haberlo conservado durante tantos años.

—¿Has acostado a Ellie? —le preguntó Luke.

—¿Ellie? —repitió Catherine, levantando la cabeza.

Lindsay se preguntó si se habría imaginado esas lágrimas, pues ya no las veía.

—La niña de Lindsay.

Catherine miró a Lindsay fijamente.

—Entonces tuviste una niña. ¿Fue eso lo que utilizaste para

cazar a mi hijo?

—¡Madre!

Lindsay sacudió la cabeza.

—Yo diría que él se casó conmigo a pesar de mi embarazo, no por ello.

Dirigió una rápida mirada hacia Luke preguntándose qué le había contado exactamente a su familia.

—Todos nos hemos estado preguntando por qué se casó contigo. Hasta ahora no has jugado bien tus cartas. Has tardado cuatro meses en mudarte.

—Ya os he explicado que Lindsay no quería mudarse mientras yo estuviera en Londres —dijo Luke.

—Podrías habértela traído antes de marcharte —respondió Catherine, sin dejar de mirar a Lindsay con recelo. Estaba claro que no la tragaba.

—Mamá...

—Puedo responder yo sola, Luke. Le agradará el saber que no me he casado con su hijo por dinero, al contrario que su prometida.

No le costaba enfrentarse a esa mujer, probablemente porque en el fondo no le importaba lo que Catherine pensara. Estaba representando aquel papel sólo para ayudar a Luke.

—Jeannette era mucho más apropiada para él que tú. Al menos ella viste con gusto

—comentó, mirándole el vestido con desprecio.

Lindsay se echó a reír. O eso o se ponía a llorar.

—Siento no estar a su altura. En casa ni siquiera me visto para cenar; lo hago con lo que haya llevado puesto durante el día. Y normalmente como en la cocina. No me doy tantos aires como usted, señora Winters. Y no aspiro a lo que a usted le parece importante. Tengo a mi hija y la quiero con locura y juntas formamos una familia.

—Y con lo que has visto de la mía hasta ahora no te entran ganas de formar parte de ella, ¿verdad? —añadió Luke, mirando a su madre de manera harto significativa.

Lindsay parecía acongojada.

—Lo siento. No era mi intención denigrar a tu familia. Me alegro de tener una familia propia.

Catherine retiró el plato de sopa y se sentó muy derecha.

—Le he dado a Luke todas las ventajas posibles. Aunque su padre nos abandonó, el mío y yo hemos logrado que no le faltara dedada.

Lindsay asintió con la cabeza.

—Si ama a su hijo, yo no soy quién para decir si la manera de demostrar ese amor es buena o mala. Estoy segura de que lo abraza y lo besa, de que le interesan sus sueños y sus metas. Probablemente tengan mucho de qué hablar cuando no hay extraños delante. Quizá debiera comer en mi dormitorio para no molestar.

—¡Basta ya! —dijo Luke, dando un golpe en la mesa—. Lindsay, tú eres mi esposa y comerás donde yo como. Si alguien se tiene que llevar una bandeja a su habitación será mi madre. Pero eso no será necesario. Arriba tenemos a un hombre que se está muriendo. ¡Quiero que pase sus últimos días con alegría y haré todo lo que pueda para que así sea! No habrá más comentarios mordaces, más insultos ni más insinuaciones. Las dos os comportaréis cordialmente o por Dios que de lo contrario haré que os arrepintáis.

Lindsay dejó la cuchara sobre la mesa. Respiró profundamente y miró a Luke.

—Recordarás, Luke Winters, cuando me dijiste que no permitirías que nadie te diera órdenes. Bien, pues en eso estamos iguales. Yo tampoco permitiré que nadie me imponga sus normas. Estoy aquí por hacerte un favor. Si no te gusta cómo estoy haciendo las cosas, me marcharé.

El la agarró con fuerza de la muñeca.

—No me amenaces. O te cortaré la asignación tan rápidamente que no tendrás ni para desayunar.

Lindsay tiró pero no pudo apartar la mano. Lo miró a los ojos.

—Tengo algo de dinero ahorrado y soy muy capaz de conseguir un empleo para mantener a mi hija. No necesito tu dinero.

—¿Entonces por qué estás aquí?

—Porque nunca conocí a mi abuelo y aunque no quiera al tuyo, comprendo tu deseo de querer hacer que sus últimos días sean felices. Es más de lo que consiguió Will.

—¿Quién es Will? —preguntó Catherine.

—Lo estás haciendo por dinero —dijo Luke despacio, mirándola con dureza.

—No, Luke. Lo estoy haciendo por ti.

La miró a los ojos hasta que Lindsay se sintió mareada. El resto de la habitación pareció desaparecer tras un velo grisáceo mientras ella seguía mirándolo. Jamás se había sentido tan en consonancia con otra persona, y encima con uno que era casi un extraño. Will y ella habían sido un par de amigos que se casaron. La tremenda atracción física que sentía hacia Luke no la había sentido con Will. La aterrorizaba y a la vez le llenaba de júbilo.

—¿Quién es Will? —volvió a preguntar Catherine.

—¿Qué sacas tú de todo esto? —Luke le preguntó a Lindsay, ignorando por completo a su madre.

—La oportunidad de devolverte el favor que me has hecho al ayudarme durante estos meses pasados. Gracias a ti he podido pasar cada minuto junto a mi bebé. Ha sido maravilloso y no podría haber sido igual si tú no me hubieras mantenido.

Luke se miró la mano que le agarraba de la muñeca. La soltó despacio y fue deslizando la palma de la mano hasta dejarla sobre la mano de Lindsay. La levantó y depositó un beso sobre los nudillos, después la dejó sobre la mesa y la soltó.

—Qué romántico —dijo Catherine con sarcasmo.

En ese momento entró Marabel con una fuente de carne asada en una mano y otra de pescado en la otra.

Lindsay estaba ansiosa por poder subir y ver si Ellie estaba bien. Aún le quedaba llevar su ropa a otra habitación y preguntarle a Luke qué quería que hiciera durante el día mientras él estaba trabajando.

Y todavía no había visto a Jonathan Balcomb.

Le preocupaba su propia reacción al tener frente a frente al hombre cuya empresa había causado la muerte de Will. Pero cuando Luke le tomó de la mano, entrelazó los dedos con los suyos y la condujo hasta la habitación del abuelo, se olvidó de la rabia que la consumía al pensar en él. Casi hasta se olvidó de sí misma.

A Lindsay le gustaba esa manera de agarrarla, como si fueran amantes. Por un momento deseó que todo aquello fuera verdad y que no le estuvieran mintiendo a aquel viejo moribundo. Jonathan Balcomb siempre había sido un hombre alto y robusto, tan alto como Luke, pensaba Lindsay mientras se acercaba a la cama, un poco a la zaga de su marido. Sintió gran compasión al contemplar la

ajada figura tumbada casi inmóvil sobre una cama demasiado grande.

—¿Jonathan? —dijo Luke en voz baja.

La enfermera movió un poco la pantalla de la lámpara pero con cuidado de que al enfermo no le diera la luz directamente en los ojos.

—Ya era hora de que vinieras, chico. Que ahora dirijas tú la compañía no quiere decir que no me tengas al tanto de lo que pasa. Y cuando tengas problemas, me necesitarás para sacarte las castañas del fuego.

—Lo tengo todo controlado. Quería presentarte a Lindsay.

Jonathan volvió la cabeza y escudriñó la sombría habitación.

—¿A quién?

—A mi esposa, Lindsay —Luke la llevó suavemente hacia delante y le puso una mano sobre el hombro, como para asegurarse de que no saldría corriendo.

—¿Cómo está, señor Balcomb? —dijo en voz baja.

—¡Vaya! ¡La camarera! Finalmente te la has traído a casa.

Lindsay hizo una mueca. No le gustaba que le colgaran etiquetas.

—En realidad, la universitaria, si lo que quiere es colgarme una etiqueta —dijo Lindsay con firmeza—. ¿Por qué los miembros de esta familia se agarran a mi empleo como camarera? También trabajaba en una librería.

—Me apuesto a que no has vuelto a trabajar desde que te casaste con Luke. Maldito imbécil —dijo Jonathan, mirando a su nieto—. Te lo dije entonces y te lo vuelvo a repetir: eres un maldito imbécil.

—Estoy contento. Pensé que te gustaría verme feliz. Llevas años dándome la lata para que me casara y por fin lo hice.

—Jeannette Sullivan te hubiera ido mejor.

—No, os habría ido mejor a mamá y a ti.

—¿Entonces esta joven es la gran pasión que te hizo echar todo por la borda? —preguntó Jonathan, mirando a Lindsay con detenimiento.

—Lo del teatro parece cosa de familia —murmuró Lindsay, echándole una rápida mirada a la enfermera.

La mujer no parecía pensar que la visita perjudicara al paciente.

—¿Qué has dicho? Habla más alto —le ordenó Jonathan.

—Que me alegro de haber conocido al resto de la familia —dijo en voz alta.

—Me apuesto a que sí, pero no tanto como de haber pescado a Luke.

—Luke me pidió que me casara con él, no al contrario —dijo con tranquilidad.

—¿Cómo te encuentras hoy? —le preguntó Luke, haciendo que Lindsay se hiciera a un lado y colocando una de las sillas más cerca —. ¿Te apetece que te cuente lo del trato con Blackman?

—Por supuesto. Hoy mismo le he dicho a tu madre que a final de mes pienso volver al despacho. Hoy me siento casi bien ya, ¿verdad enfermera?

—Eso me ha dicho, señor —contestó con soltura—. Les dejaré a solas para que hablen más a gusto. Llamen al timbre si necesitan algo.

—Yo también os dejo —dijo Lindsay en voz baja.

Luke se volvió para pedirle que se quedara, pero ya estaba casi junto a la puerta.

Vaciló y se volvió hacia su abuelo, sorprendido de que lo mirara con tanta perspicacia.

—Es monísima tu esposa. ¿Ha venido a quedarse o es una visita relámpago? —preguntó el anciano.

—Ha venido a quedarse.

Por un instante Luke deseó que fuera verdad.

—Dile que suba a verme mañana. Quiero conocer a esta esposa tuya.

—Se pasará a verte, estoy seguro —dijo Luke, preguntándose si Lindsay querría hacerlo.

Al menos no le había dicho nada a su abuelo por la muerte de su esposo; de su primer esposo. Por un momento, Luke se sintió extrañamente desorientado, casi como si estuviera celoso. No había conocido a Will Donovan, pero envidiaba el amor que Lindsay sentía por él. ¿Encontraría algún día a alguien que lo amara así?

—Mi Maggie era rubia —dijo Jonathan con nostalgia.

—¿La abuela?

Luke la recordaba vagamente. Ella había muerto cuando Luke era aún pequeño, pero recordaba que tenía el pelo canoso, no rubio.

—Sí, rubia como el trigo y el pelo le brillaba mucho al sol. Era

suave como el algodón y siempre olía a limpio. Me encantaba agarrarlo con las dos manos y hundir la cara en él. Dios mío, cómo la echo de menos. No he vuelto a encontrar a otra como ella.

—Todos la echamos de menos cuando murió.

—Sí, sé que Catherine se quedó muy triste. Además, fue pocos años después de que ese despreciable marido la abandonara. Somos iguales, ¿no? Jamás hemos vuelto a encontrar otra pareja. Tuvo a muchos hombres detrás, pero era obstinada, tanto como tú. ¿Amas a esa chica, Luke? —preguntó con severidad.

—¿Por qué si no te habría desobedecido? —contestó, eludiendo el tema.

—Espero que encuentres con ella la misma felicidad que tu abuela y yo encontramos juntos. Estar aquí tumbado día tras día le hace a uno a pensar —su voz se fue apagando.

Pasaron unos segundos. Entonces pareció recordar que Luke estaba en la habitación.

—Cuéntame lo del trato que estás tramando con Blackman. Tienes que vigilarlo, es un tipo sospechoso.

Luke se quedó sentado junto a su abuelo hasta que el anciano se quedó dormido. Allí sentado recordó la conversación que había tenido lugar durante la cena y lo que había sentido cuando Lindsay le dijo la razón por la que había consentido formar parte de ese engaño: el. Hacía años que nadie hacía nada por el. Normalmente la gente iba a pedirle cosas. Tenía dinero, con lo cual los amigos no vacilaban en pedirle préstamos, que nunca devolvían. Tenía poder en el sector industrial y cada día recibía llamadas de personas que le pedían favores, que normalmente tampoco devolvían. Hacía cuanto tiempo que alguien no hacía algo por él.

No entendía a Lindsay. No era como las jóvenes que conocía. La moda no le preocupaba y parecía que el dinero tampoco demasiado, además, se mostraba tremendamente independiente queriendo hacerlo todo ella y a su manera. Quizás había sido una buena idea salir de su circulo de amistades para buscar a alguien con quién casarse. Pero su matrimonio era solo temporal y cuando llegara el momento, Lindsay obtendría la anulación y seguiría su camino. Pasado eso, si quería casarse, tendría que empezar a buscar esposa.

Luke fue hacia la lámpara y bajó la luz. Luego arropo con cuidado al hombre que había sido como un padre para el.

A pesar de la siestecilla que se había echado en casa de Lindsay, estaba cansadísimo.

Al pasar por la habitación de la niña, Luke retrocedió y asomo la cabeza, aun no conocía a la hija de Lindsay. La tenue luz de la lámpara iluminaba el dormitorio.

Lindsay estaba en la mecedora leyendo un libro. En la cuna, tumbada boca abajo con el culete en pompa, había un bebé. Luke entró sin hacer ruido. Asintió con la cabeza mirando a Lindsay, pero fue directamente hacia la cuna. Miro a la pequeña y sonrió aunque estaba casi completamente tapada con la manta. Solo se veían unos finos rizos dorados, un moflete rosado y un parpado rematado por largas pestañas.

—Es muy linda —dijo en voz baja.

—Puedes hablar en un tono normal, no se despertara —dijo Lindsay.

Se puso de pie, dejo el libro en el suelo y se acerco a la cuna. Miro a Ellie un instante e inmediatamente se volvió hacia Luke.

—Ah, por cierto, esta habitación es preciosa. Muchas gracias.

—Gracias a ti por venir, Lindsay. Ha servido ya de mucha ayuda. Esta noche Jonathan me ha hablado de mi abuela por primera vez desde que murió. No recuerdo que hablara nunca de ella. La quería mucho.

—Entonces la echara de menos todos los días.

—No he conocido más padre que a Jonathan. Mi padre biológico se marcho poco antes de nacer yo.

—Supongo que lo querrás mucho.

—No me puedo creer que se este muriendo.

Lindsay le dio la mano y se la apretó para consolarlo.

—Pero ha estado mucho tiempo junto a ti. Y sabrás que al final lo complaciste.

Haremos como si este fuera el matrimonio mas feliz del planeta y el morirá pensando que su nieto es dichoso. Eso es seguramente lo único que desea.

Luke apoyo la mano sin soltarse de Lindsay sobre el borde de la cuna y se quedo mirando el bebé. Era una preciosidad. De repente le entraron ganas de verla despierta, de saber de que color tenía los ojos. ¿Tendría una sonrisa como la de Lindsay? ¿Sabría ya darse la vuelta? ¿Mantenerse sentada? No entendía nada de bebes, pero no

le importaría aprender.

Muy despacio fue consciente de la mujer que estaba de pie a su lado. Le llegaba a la altura de la barbilla. Si se inclinaba a besarla no tendría que inclinarse demasiado.

Era esbelta aunque tenía curvas en los lugares apropiados. Mientras le acariciaba la sedosa piel con el pulgar se preguntó si el resto de su cuerpo sería igual de suave.

—¿Donde esta el anillo de bodas que te compré? —pregunto mirándole la mano.

—Me quedo demasiado grande cuando empecé a perder peso, no hacía más que caérseme.

Se sacó la cadena de debajo del vestido y Luke vio colgando de ella la alianza.

—Podrías haberlo llevado a que te lo acortaran —dijo, tocándolo con delicadeza.

El anillo conservaba aun el calor de su cuerpo.

—Supongo que si, pero en realidad no pensaba que nuestro matrimonio fuera real.

—Es tan legal como cualquier matrimonio —murmuró, deslizando el anillo de un lado a otro de la cadena.

Lindsay se encogió de hombros, hipnotizada porque le estaba frotando suavemente el anillo contra la barbilla y con la otra mano le agarraba la suya.

No había llevado el anillo a arreglar, pero aun así lo llevaba puesto. ¿Lo habría hecho por lealtad? Luke no le preguntó la razón; era suficiente que lo llevara.

—Luke.

—¿Sí? —dejó de juguetear con el anillo—. Dame el anillo y yo me ocuparé de que lo ajusten a tu medida.

—Marabel ha colocado mis cosas en tu dormitorio —le dijo Lindsay.

—¿Y bien?

Abrió el cierre de la cadena y se guardó el anillo.

—¿Entonces dónde se supone que voy a dormir?

Ella miró a los ojos y vio el recelo reflejado allí. Sonrió lentamente.

—Con tu marido, por supuesto. Ven conmigo.

Capítulo 4

—¡No lo dirás en serio! —dijo segundos después, al ver que Luke tiraba de ella hacia su dormitorio. A Lindsay le dio un vuelco el corazón sólo de pensar en ello. Se fijó en sus anchas espaldas, en sus negros cabellos y en el gesto que se formaba alrededor de sus ojos cuando sonreía, y el corazón empezó a latirle a toda pastilla. ¿Compartir el dormitorio con él?

—Estamos casados —dijo con picardía—. Llevamos más de cuatro meses casados.

Lindsay tragó saliva, consciente de lo cerca que estaba de ella, del calor de su cuerpo que parecía cautivarla. Le llegó el aroma de su colonia y su suave y limpio olor corporal. Una extraña excitación empezó a recorrerla de arriba abajo y se dio cuenta de que no había experimentado esa mareante sensación desde los lejanos días en la playa.

—Luke —dio un paso atrás, como si la distancia pudiera ayudarla—. Piénsatelo. No hemos estado juntos más de un par de horas en total y esto no es un matrimonio de verdad.

—Es real.

—Sé que es legal, pero no es un matrimonio «de verdad».

Se llevó la mano al estómago para ver si podía calmar aquel nerviosismo. No podía ser cierto que quisiera dormir con ella.

—¿Has deseado alguna vez que lo fuera? —le preguntó, acercándose a ella peligrosamente.

Por una parte no sabía qué decir, pero por otra se imaginó cómo se sentiría si él la besara y la abrazara con fuerza. ¿Cómo serían sus manos? ¿Tiernas o exigentes?

¿Tendría los labios cálidos o fríos? Imaginó que su cuerpo sería fuerte y firme, y esos pensamientos alimentaron las repentinas sensaciones que empezaban a embargarla.

—Luke, no.

—Relájate, Lindsay, no voy a saltar sobre ti sólo porque estemos en la intimidad de mi dormitorio.

Ella tragó saliva.

—Entonces, apártate.

Él sonrió; había un brillo de picardía en sus ojos.

—¿Tienes miedo? —preguntó en su susurró, sin mover un músculo.

Al instante Lindsay supo que no lo tenía. Jamás le haría daño intencionadamente.

Aunque en muchas cosas fuera inflexible, le había visto soportar a su madre después de escuchar los hirientes comentarios que había hecho durante la cena. Y amaba a su abuelo, a pesar de las maquinaciones que había puesto en marcha. Luke era demasiado hombre como para hacerle daño a alguien menos fuerte que él.

—No, no tengo miedo.

De él al menos no. Pero Lindsay temía por los sentimientos que empezaban a brotar dentro de ella. La tentación fue demasiado fuerte cuando la miró con aquella sonrisa de complicidad. Sus dedos deseaban recorrer el contorno de su rostro y sentir la textura de sus cabellos. Su cuerpo anhelaba sentir la excitación de ser abrazado por un cuerpo masculino. Sus labios casi le dolían de lo mucho que deseaban ser besados.

—No podemos dormir juntos —repitió, con desesperación.

Con decirlo no logró disipar las imágenes que bailaban en su imaginación; imágenes de los dos besándose, abrazándose, sus cuerpos enredados entre las sábanas.

Luke se echó a reír y se apartó, quitándose la americana.

—¿Entonces dónde sugieres que durmamos?

Abrió el enorme ropero y colgó la chaqueta en una percha. Se quitó la corbata y la colocó en el corbatero. Cuando empezó a desabotonarse la camisa se volvió a mirarla.

—Esta casa tiene muchas habitaciones. Sólo tienes que indicarme dónde hay una vacía.

—¿Y que por la mañana todo el mundo sepa que no hemos dormido juntos? Así no creo que Jonathan vaya a creerse todo esto.

Lindsay tragó saliva al ver cómo se quitaba la camisa y la tiraba sobre una silla que había al lado. Tenía los hombros anchos y musculosos, pero no exageradamente, y el pecho firme y bien delineado. Parecía como si su trabajo fuera físico más que mental.

Lindsay apretó los puños, se cruzó de brazos y se apartó de la puerta y lejos de aquella provocación en forma de perfección masculina.

Las ensoñaciones estaban bien para los adolescentes, pero ella

era madre, viuda y… y la esposa del hombre que se estaba desvistiendo en ese momento.

—No sé lo que decir, pero estoy…

—Lindsay.

—¿Qué? —se volvió y su mirada se topó con la de Luke.

—Mira el tamaño de la cama. Podemos dormir juntos y ni siquiera nos enteraremos de la presencia del otro. No te he traído aquí para seducirte; incluso yo soy más astuto que eso. Pero no quiero estropearlo todo cuando no ha hecho más que empezar. Te prometo que no te tocaré.

—Bueno —se mordió el labio indecisa.

—A no ser que quieras, claro —murmuró con suavidad.

Y ese era el problema. Parte de ella sí quería que la tocara. Hacía tanto tiempo que nadie la abrazaba, besaba ni le hacía el amor. No le había importado tanto cuando estaba a solas con Ellie, pero esas últimas horas cerca de Luke le habían demostrado que era susceptible a los encantos de un hombre. ¡Y eso que apenas se conocían!

—No —dijo, preguntándose si era del todo cierto.

Luke la miró a los ojos unos momentos más y después asintió con la cabeza. Sacó un suéter de la cómoda de cajones y se lo puso.

—Tengo trabajo en el despacho y estaré un par de horas levantado. Acuéstate, Lindsay y duérmete antes de que vuelva. Cuando me meta en la cama ni te enterarás.

—Podría dormir en el suelo —sugirió ella.

—Lo que prefieras. La cama es lo suficientemente grande. ¿Tienes el transmisor del bebé?

—¿El qué?

—El transmisor —dijo, arrugando el entrecejo—. Coloqué uno en la habitación de Ellie. ¿Te has traído el otro?

Ella sacudió la cabeza.

—Ven.

La llevó a la habitación de la niña. El suave resplandor de un piloto brillaba en la pared. Luke fue hacia el tocador y volvió con un pequeño aparato de plástico.

Encendió un interruptor y se lo pasó a Lindsay.

—¿Ves la luz de la pared?

Asintió.

—Captará cualquier ruido que se produzca en la habitación. Si la niña se despierta durante la noche, tú lo oirás por el recibidor —señaló el aparato que Lindsay tenía en la mano—. La frecuencia es muy alta; podrás oírla desde cualquier punto de la casa o el patio.

Lindsay se sintió conmovida al ver cómo Luke había pensado en su comodidad y tranquilidad.

—Gracias, Luke.

—Buenas noches, Lindsay.

Lo vio marcharse y suspiró con suavidad, intentando averiguar lo que sentía por él.

Agarró el recibidor con fuerza y se dirigió al dormitorio principal, sintiéndose un poco como un condenado yendo a cumplir su castigo.

Media hora después Lindsay había terminado de darse un baño caliente y se puso una camiseta larga. Se metió en su cama provisional e intentó encontrar una posición que le resultara cómoda, pero lo cierto era que un colchón hecho de mantas no resultaba tan cómodo como un colchón de verdad. Sin embargo, no podía meterse en la cama de Luke. Sabía que se portaría como un señor, le había dado su palabra y él era un hombre de honor, pero sería demasiado tentador. Estaba mejor en el suelo.

Al rato sintió que la invadía el sueño y se le cerraban los ojos. Al día siguiente intentaría buscar una colchoneta o algo parecido.

Cuando Lindsay se despertó por la mañana, estaba sola en el dormitorio, cómoda y calentita y… ¡En la cama de Luke!

Abrió los ojos. ¿Cómo había llegado hasta allí? Recordaba perfectamente haber preparado una cama en el suelo junto a la ventana. Se volvió y vio el barullo de mantas, entonces se puso colorada. ¿Se habría metido en la cama sin darse cuenta a mitad de la noche? ¿O la habría llevado Luke allí en brazos?

Estiró las manos y sus dedos acariciaron las sábanas. Luke se había marchado hacía rato ya. Suspiró con delicadeza. Le daba un poco de rabia reconocer que Luke tenía razón. Ni se había enterado de que estaban compartiendo la cama. No podía creer que hubiera llegado a la cama ella sola.

Lindsay se duchó y vistió con rapidez. El bebé se despertaría enseguida y no quería que molestara a nadie. Recogió las mantas y las metió en el armario de donde las había sacado. Si tenían que

seguir con aquella comedia, no quería que ni Marabel ni nadie supiera que se había hecho una cama en el suelo.

Cuando se estaba poniendo los zapatos escuchó el conocido llanto de su hija a través del recibidor. Lo agarró y corrió al dormitorio de la pequeña.

Media hora después las dos bajaban por las amplias escaleras. Al llegar abajo, Lindsay vio a Luke terminando de desayunar en el comedor.

—Buenos días —dijo ella.

El levantó la cabeza y sonrió.

—Buenos días.

Se levantó y rodeó la mesa, mirándola a los ojos hasta que llegó a su lado. Se inclinó y la besó, y antes de que pudiera decir nada besó al bebé en la mejilla.

Ellie no protestó, pero se apartó un poco y miró con gran seriedad al hombre que estaba allí tan cerca.

—¿Puedo?

Extendió los brazos y tomó a la pequeña, sosteniéndola con torpeza.

Lindsay no pudo evitar sonreír. Con el bebé en brazos, Luke parecía aún más grande que de costumbre. Sin embargo, le resultaba muy atractivo ver a aquel hombre tan fuerte y masculino con un bebé en brazos. A Ellie no pareció importarle su inseguridad y no dejó de mirarle a la cara. No se puso a llorar ni a protestar, más bien parecía feliz entre sus fuertes brazos. En ese momento Marabel entró con una tetera llena de té recién hecho.

—Buenos días, señora —dijo el ama de llaves con una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Qué tal la nena?

—Ha dormido muy bien. Al menos no la he oído esta noche.

¿Miró confusa a Luke? ¿Tan profundamente había dormido esa noche?

—Fui a ver si dormía antes de irme a dormir —dijo Luke—. ¿Marabel, puedes traer el carro de la niña?

—Luke, no quiero interrumpirte el desayuno —protestó Lindsay.

—Quiero que mis dos chicas favoritas desayunen conmigo. ¿Qué te parece Ellie? —preguntó, pero no apartó los ojos de Lindsay.

—No digas que no te he avisado si empieza a lloriquear —murmuró, todavía algo nerviosa por el beso que le había dado Luke.

Había sido un beso breve, impersonal, pero la había sorprendido y embargado con una sensación de bienestar hacía tiempo olvidada.

Carraspeó ligeramente y se sentó, mirando a su alrededor y luego a Luke.

—Yo, esto, parece que hemos acabado compartiendo la cama esta noche.

Él asintió con la cabeza, mirándola a los ojos.

—Y no ha pasado nada, ¿verdad?

—Supongo que no.

—Es más cómodo que el suelo.

—Aquí estoy —dijo Marabel entrando en el comedor con el carrito de la niña.

Lo colocó junto a Ellie y asintió con satisfacción.

—¿Qué tienes planeado hacer hoy? —Luke le preguntó cuando terminó de colocar a la niña en el carro.

—¿Quieres que haga algo en especial? —preguntó Lindsay, ansiosa de hacer todo lo posible para ayudarlo.

—No. Ayer, cuando Hedley fue a buscarte, no me di cuenta de ocuparme de tu coche. Si quieres puede llevarte hasta allí para que puedas traértelo.

—No tengo coche —dijo lentamente, untando una tostada de mermelada.

—¿No tienes?

Al oír su tono de voz Lindsay alzo la vista.

—No. Will y yo sólo teníamos un coche y después del accidente no servía ya para nada. No quise gastarme el dinero del seguro en otro. Iba en autobús al trabajo y a la facultad. Después de nacer Ellie sabía que necesitaba el dinero para poder pasar con ella todo el tiempo posible hasta que tuviera que volver a trabajar.

—Me encargaré de que tengas un coche. Mientras tanto, si necesitas ir a algún sitio pídeselo a Hedley, él te llevará a donde quieras.

—No necesito un coche, Luke. Por Dios santo, sólo voy a estar aquí…

Se calló, pensando lo terrible que resultaba recordarle que se iría cuando muriera su abuelo.

—Un tiempo —añadió.

—Le he traído huevos y salchichas —dijo Marabel, colocando el

plato delante de Lindsay—. El té está recién hecho. ¿Quiere algo más?

Lindsay sacudió la cabeza, deseando que Marabel se marchara para poder responder a Luke.

—Es un matrimonio temporal —susurró cuando el ama de llaves cerró la puerta—. Puedo disponer de Hedley si está libre; sé que tú vas primero.

—Hedley no es mi chófer, es el de Jonathan. Pero yo le he acogido en mi casa mientras Jonathan está aquí. Hedley tiene muy poco que hacer ahora que mi abuelo está tan enfermo. Si quieres ir a algún sitio lo encontrarás por aquí. Así tendrá algo que hacer para ganarse el sueldo.

—Oh.

Luke levantó la vista.

—Eres mi esposa y tienes derecho a disponer de todo lo que yo tengo; eso incluye, por supuesto, al servicio de la casa.

—Buenos días Luke.

Catherine Winters entró en el comedor con desánimo, vestida con una bata de seda color lavanda. Se detuvo junto a una de las sillas y miró al carrito de Ellie, que estaba colocado en medio de la habitación.

Miró a Lindsay y sonrió cortésmente.

—Tu niña es muy linda —dijo con sequedad.

—Gracias. Se llama Ellie —contestó Lindsay.

Catherine pareció querer decir algo más, pero se limitó a asentir con formalidad y esperó mientras Luke le retiraba la silla para que se sentara. Una vez acomodada se volvió hacia su hijo.

—Necesito que Hedley vaya a hacerme algunos recados. ¿Se lo dirás?

—Si Lindsay no lo necesita no hay problema —dijo Luke mientras se volvía a sentar a la cabecera de la mesa y doblaba el periódico.

—Por supuesto, tu esposa siempre debe ser la primera —Catherine dijo con sarcasmo, mirando a Lindsay con severidad.

—Madre —Luke le dijo en tono amenazador para que abandonara esa actitud.

Lindsay tomó una rápida decisión y esbozó una sonrisa.

—Lo cierto es que sí necesito a Hedley esta mañana. Volveremos

después de comer, para que Ellie se eche la siesta. Estará libre toda la tarde si eso le viene bien —dijo, sin apartar los ojos de los de Catherine.

Si Luke deseaba establecer una jerarquía en la casa, ella no era quién para denegarle ese capricho. Además, la actitud de Catherine la molestaba; no le vendría mal tener que esperar un rato.

Catherine se puso tensa, pero no protestó.

—Me parece bien.

Lindsay salió del comedor en cuanto terminó el desayuno, poniendo como excusa que tenía que ir a vestir al bebé. Fue hacia el cuarto de la niña disgustada. Lo de salir con Hedley esa mañana lo había dicho por pura desesperación. No quería quedarse en la casa cuando Luke se marchara a trabajar. Le resultaría muy molesto tener que defenderse de los mordaces comentarios de su madre y mantener el tipo delante de Marabel. Llevaría a la niña al parque, luego quizá iría a ver a Jack al café; charlarían un rato y comería algo antes de regresar por la tarde. El viejo quería mucho a Ellie y Lindsay se alegraba siempre de verlo.

Ellie había pasado toda la mañana muy quejosa por no haber dormido su siesta habitual de media mañana, y se preparaba para empezar a llorar a pleno pulmón.

¡Lindsay tenía ganas de que se durmiera y poder así descansar un par de horas!

—¿Os lo habéis pasado bien en el parque? —le preguntó Marabel cuando abrió la puerta.

Ellie se volvió a mirar al ama de llaves. Se metió el dedo en la boca y empezó a hacer pucheros. Lindsay la meció un poco y asintió.

—¡Sí, pero ya hace mucho que le toca dormir y lo estoy deseando! No sé qué voy a hacer cuando comience a andar y empiece a querer tocar todo.

—Los niños cansan mucho y según se van haciendo mayores necesitan dormir menos. No es justo —comentó Marabel.

Lindsay sonrió al mirar a su hija, con el corazón lleno de amor. Crecería tan rápidamente.

Sonrió a Marabel y subió las escaleras hacia la habitación de Ellie.

—Te voy a acostar y así podrás dormir, chiquitina. Cuando te

despiertes, podemos salir al jardín y explorarlo, ¿quieres? —le decía Lindsay mientras le cambiaba los pañales.

—Perdone, señora Winters.

Lindsay se volvió y vio a la enfermera a la puerta de la habitación.

—¿Sí? —no estaba acostumbrada a que la llamaran señora Winters.

—Al señor Balcomb le gustaría verlas, a usted y a la niña, si tiene un momento libre.

—Iba a acostarla; está muy pesada.

—Lo entiendo, pero no creo que a él le importe. Su horario de sueño es aún más irregular que el de un bebé. ¿Vamos?

Lindsay asintió con la cabeza lentamente, deseando que Luke estuviera en casa. No quería ir sola a ver a Jonathan Balcomb. Cuando Lindsay entró vio al anciano sentado en la cama, apoyado sobre un brazo. La enfermera salió.

—¿Quería vernos? —dijo Lindsay, acercándose despacio a la cama.

—¿Es tu hija? —Jonathan le preguntó con voz quebrada, sin apartar la vista de la niña.

Lindsay asintió, tragando saliva ¿No le había dicho nada Luke a su abuelo de la niña?

Jonathan se recostó sobre el almohadón pesadamente

—No sabía que hubiera un niño. Maldita sea, debería habérmelo contado.

—Voy a acostarla —dijo Lindsay, volviéndose para marcharse.

—Espera. No todos los días conoce uno a una nieta. ¿Como se llama?

Lindsay abrió la boca para decirle que Ellie no era hija de Luke, pero la cerró al ver la emoción en los ojos de Jonathan. Tenía las mejillas ligeramente rosadas y mejor aspecto que la noche anterior

—Se llama Ellie

—No me extraña que se casara contigo en lugar de con Jeannette. Hola, Ellie —dijo Jonathan—. Me encantan los bebés.

La niña dejo de protestar y se volvió al oír el sonido ronco de su voz.

—No habrás engañado a mi nieto, ¿verdad? —salto, mirando a Lindsay Levanto la cabeza y le devolvió la mirada, negándose a que

la intimidara y sin saber como quería Luke que llevara aquel asunto.

—Ellie es hija de mi esposo —dijo.

—Ah —dijo Jonathan con cara de satisfacción—. ¿Que tiempo tiene?

—Va a cumplir cuatro meses.

—No esta demasiado grande, ¿verdad? Luke es muy alto.

Lindsay se encogió de hombros. Coloco a la niña de frente para que Jonathan pudiera verla mejor.

—Ten cuidado de ella. Asegúrate de que Marabel y los demás quitan unas cuantas cosas de la casa, hay demasiadas para el bebé y no me gustaría que se hiciera daño.

Lindsay lo miro un instante, deseando que hubiera mostrado el mismo interés por el equipamiento de su empresa. Asintió con la cabeza, sabiendo que no estarían allí tanto tiempo como para que la niña hiciera ese tipo de travesuras. Sintió compasión del pobre viejo. Lindsay se había sentido furiosa hacia él por lo de su esposo, pero desearle algo malo a Jonathan no iba a devolvérselo.

—Lo haré —dijo tranquilamente.

Se levanto y salió de la habitación.

Luke llegó al rellano del piso de arriba y se quedó mirando a la habitación de su abuelo, en ese momento la enfermera Spencer salía, cerrando la puerta al hacerlo.

—¿Esta dormido?

—Oh, me ha asustado, señor. Sí, acaba de dormirse

—¿Qué tal está hoy?

—Más o menos igual. La visita de su hija le ha animado bastante —dijo la enfermera

—. Iba a darme una vuelta por el jardín.

—Hoy hace muy buen tiempo —dijo Luke despacio, sorprendido por lo que le acababa de decir la mujer.

Se volvió y miró hacia el otro extremo del pasillo. Su hija, ¿eh? ¿Por que había llevado Lindsay a la niña para que Jonathan la viera? Inmediatamente Luke consideró la situación desde diferentes puntos de vista. ¿Quería sacarle dinero a Jonathan? Luke abrió la puerta del dormitorio de Ellie. La niña estaba profundamente dormida en la cuna, la revista que Lindsay había estado leyendo el día anterior seguía sobre la mecedora.

Fue hacia su habitación. La noche anterior había aguantado todo lo posible despierto hasta que se quedo dormido sobre la mesa de despacho. Al llegar al dormitorio vio que la cama estaba vacía. Primero pensó que estaba en otra habitación, pero enseguida vio el rebujo de mantas en el suelo y que Lindsay estaba totalmente dormida. Medio enfadado medio divertido, la llevo en brazos hasta la cama, era lo suficientemente grande para no tener que tocarse mientras dormían.

Al menos eso había creído en un principio. Sus rizados cabellos color oro viejo le enmarcaban el rostro a la pálida luz de la lámpara. Allí tumbada en su cama, le pareció joven y confiada, aunque no sabia como habría reaccionado de haberse despertado.

Le sorprendió lo que sintió al despertarse y verla junto a él. Aunque saliera con alguna mujer, normalmente no pasaba la noche con nadie. Estuvo un buen rato mirándola y deseo estrecharla entre sus brazos y besarla. Maldijo los años en que los que ella iba detrás de el y el no le había hecho ni caso. En esos momentos estaba aun más guapa que en la playa, cuando era una linda chiquilla.

Al ver el dormitorio vacío, Luke siguió por el pasillo medio sonriendo al recordar la cara de sorpresa de Lindsay al darle el beso esa mañana. Había oído a Marabel y quería dar la imagen de un matrimonio feliz. Pero le salió el tiro por la culata, pues empezaba a preguntarse como sería besarla porque ambos lo desearan, no por hacer el número. Lindsay era suave, dulce y aun así de vez en cuando sacaba su genio. Las pasiones ocultas eran a veces las más fuertes. ¿Se mostraría apasionada con el hombre adecuado? ¿Lo había sido con su esposo?

Arrugo el entrecejo porque no le gustaba el rumbo que habían tomado sus pensamientos. Solo pretendía convencer a su abuelo de que eran felices para que descansara en paz. El pasado de Lindsay no importaba.

¿Vaya, donde demonios se había metido Lindsay? No podía estar muy lejos, con Ellie arriba durmiendo De camino a la parte de atrás de la casa, echo un vistazo al pasar por el salón. Oyó voces en la cocina, empujo la puerta y entró.

Lindsay estaba de pie junto al mostrador, amasando algo, estaba charlando animadamente con Rachel y Marabel como si fueran tres amigas

—¿ Lindsay? —dijo Luke

Ella se volvió, con los ojos como platos al verlo.

—Hola, Luke ¿Que haces en casa tan temprano?

Se seco las manos en un paño de cocina, atenta a lo que fuera a decirle

—He venido a ver a Jonathan, ahora está dormido ¿Que estas haciendo tú?

—Una tarta de manzana ¿Te gusta?

—Sí. ¿No sabe hacerla Rachel?

Le echo un vistazo a la cocinera.

—Seguro que sí, pero yo estoy haciéndola según mi propia receta. En unos minutos habré terminado.

—Te espero en el despacho, ven cuando termines.

Cuando Lindsay entró en el despacho cinco minutos después, Luke estaba de pie junto a la ventana, mirando el jardín. Se había quitado la americana y llevaba una camisa impecable que realzaba la anchura de sus espaldas. Pensó en la noche anterior, cuando se había quitado la camisa delante de ella. Se limpió el sudor de las manos en los costados e intentó sonreír.

—¿Querías verme? —dijo Lindsay.

El se volvió y asintió con la cabeza.

—Siéntate.

Lindsay eligió el pequeño sofá para sentarse.

Luke se colocó delante de la chimenea apagada, sorprendido de la guapa y distinta que estaba al día que se casó con ella.

—¿.Has perdido mucho peso? —le preguntó.

Ella asintió.

—Claro, cuando me conociste estaba embarazada y retenía líquidos. Cuando Ellie nació, dejé de retener líquidos y perdí enseguida todo lo que había engordado en el embarazo —arqueó las cejas, mirándolo extrañada—. ¿Ocurre algo?

—No. De hoy en adelante, utiliza la cama. Habrás perdido peso, pero cuesta levantar a una mujer dormida del suelo.

Lindsay se ruborizó y asintió con la cabeza, apartando la mirada.

—Tengo entendido que llevaste a Ellie a que mi abuelo la conociera —dijo.

Lo miró y asintió con la cabeza.

—La enfermera dijo que había preguntado por mí, quería ver a

la niña también. ¿Le dijiste que Ellie era familia suya? Parece creer que es su bisnieta. Incluso me pidió que limpiara la casa de objetos para hacerla más segura.

Luke hizo una anotación mental para decirle a Marabel que hiciera los cambios necesarios.

—¿Entonces le dijiste que Ellie era mía?

Lindsay parecía confusa. Sacudió la cabeza lentamente, pero enseguida pareció dar con la respuesta.

—Supongo que la enfermera Spencer es la que te ha dicho eso.

—Me lo ha comentado.

—En realidad le dije a tu abuelo que Ellie era la hija de mi marido. No estaba segura de qué historia querías contarle de Ellie y por eso no me comprometí.

Luke se sentó a horcajadas en una de las sillas, de frente a ella.

—No tengo costumbre de inventarme historias.

Ella se encogió de hombros.

—Estás intentando que nuestro matrimonio parezca real, perfecto. ¿Cómo sé cuáles son tus costumbres? Además, tu abuelo parecía muy feliz pensando que Ellie es tuya.

Luke la miró a los ojos, intentando decidir si continuar con esa última mentira o aclarar la situación. Suspiró. Quería mucho a su abuelo y le tenía gran lealtad y respeto por lo que había hecho por él durante tantos años, pero le costaba mentirle hasta en eso, aunque fuera para hacerle feliz.

—Nos han invitado a un baile benéfico el viernes. Habitualmente contribuyo con ese tipo de organizaciones y me gustaría que fuéramos.

—¿Los dos?

—¿Hay algún motivo por el que no podamos ir?

—Probablemente los hay de sobra, empezando porque no tengo nada adecuado para ponerme, siguiendo porque alguien se tiene que quedar con Ellie y por último, nunca he asistido a una de esas fiestas y no tengo ni idea de cómo comportarme.

—Entonces, cariño, has venido al lugar apropiado. Una de las cosas que mejor se me da es la organización. Puedes ir de compras con mi madre mañana por la mañana.

Marabel estará encantada de cuidar de Ellie, aunque no creo que le dé ningún problema. El baile no empieza hasta las ocho; a esas

horas Ellie ya está dormida. Allí no tienes que hacer nada más que divertirte... y demostrar a todos lo mucho que me quieres.

—Sabía que tendría trampa.

Capítulo 5

—Quizá deberíamos practicar un poco —dijo con mucha labia.

—¿Practicar?

La picardía que vio en su mirada le hizo recordar al muchacho de la playa. ¿Qué estaba tramando?

—Si te resulta tan difícil hacer el papel de esposa cariñosa, podríamos practicar.

—Ya me las arreglaré sobre la marcha —contestó rápidamente, puesto que su imaginación ya había empezado a reproducir escenas. Después de cenar se sentaría sobre sus rodillas y le daría besitos en el cuello; o bien podían pasear por el jardín y besarse en algún lugar escondido hasta perder el conocimiento.

Trago saliva. ¡Tenía que quitarse esos alocados pensamientos de la cabeza!

—Si estás segura...

Vio la cara de guasa que tenía Luke y frunció el ceño.

—¿Deberíamos ir estando tu abuelo tan enfermo?

La guasa se desvaneció.

—Estoy intentando mantener la normalidad todo lo posible. Él no se cree que se está muriendo —dijo Luke lentamente.

—¿Y es cierto? ¿No podría mejorar?

—No, Lindsay, no va a mejorar. Y no vivirá mucho tiempo. Según los médicos, cada vez estará más débil hasta que llegue un momento en que ni siquiera podrá comer bien. Entrará en coma y luego será cuestión de días o incluso horas para que fallezca.

—Lo siento.

Luke se levantó de la silla y la colocó en su sitio. Fue hacia la ventana y contempló el jardín. Era verano, a finales de enero, y la naturaleza estaba en todo su apogeo.

Odiaba pensar que su abuelo no vería florecer las plantas del jardín al verano siguiente, que se perdería muchas épocas como esa, que dejaría un gran vacío en su vida.

—Sí, yo también lo siento mucho. Es el único padre para mí. Puede ser una persona intratable a veces, pero...

Luke apretó los puños intentando vencer la desesperación que le entraba cada vez que pensaba en perder a Jonathan.

Lindsay se levantó con agilidad y fue al lado de Luke. Le tocó el brazo tímidamente y le dio un suave apretón.

—Nunca es fácil perder a un ser querido, pero de alguna manera, aunque tú no lo creas, eres afortunado. Sabes que el tiempo es efímero; aprovecha las horas que pases con él. Will y yo pensábamos que siempre estaríamos juntos. Un día desapareció en un instante. ¿Sabes que ni siquiera sabía que estaba embarazada? Ojalá hubiera tenido un par de semanas más para decirle cuánto significaba nuestro matrimonio para mí, para darle la noticia de que íbamos a ser padres. Aprovecha el tiempo que pases con tu abuelo y da gracias por tenerlo. Mucha gente pierde a sus seres queridos repentinamente y se pasan el resto de sus vidas sabiendo que había cosas que hubieran deseado contarles.

Él se la quedó mirando; vio que tenía los ojos llenos de lágrimas y que estaba muy seria. Le echó los brazos al cuello y la abrazó.

—Háblame de tu esposo, Lindsay, de lo que hiciste después del último verano cuando nos vimos en la playa. Sé muy poco de ti excepto que eras una pesada en la playa; a veces una pesada encantadora. Sólo nos vimos durante cinco veranos; no es mucho tiempo, ¿verdad?

Ella se encogió de hombros, pero no se movió.

—Will y yo éramos dos huérfanos que nos conocimos en un concierto. Por más señas en el vestíbulo del auditorio, que estaba lleno de gente. Ninguno de los dos teníamos acompañante esa noche, por eso cuando me invitó a tomar un café después del concierto, acepté. Lo recuerdo como una persona muy divertida. Solíamos reírnos mucho, y hacíamos locuras que la gente hace de joven.

Se quedó en silencio unos momentos. Tragó saliva e intentó sonreír; bien pensado, habían sido un tanto inocentes.

—Sé que eres de Sidney. ¿Tu tía también vivía aquí?

—Sí. Mi tía vivía cerca de Las Rocas. Teníamos un apartamento muy bonito allí.

Nunca quiso hacerse responsable de un niño; jamás se casó y no era muy maternal.

En cuanto fui lo suficientemente mayor para valérmelas sola, se largó a Tasmania.

Muchas veces me pregunté por qué no nos habíamos mudado

allí cuando yo era niña. Pero era su sueño y me imagino que quería hacerlo a su manera.

—¿Y los tuyos?

—Algunos de ellos se marcharon con Will. Con el tiempo forjaré sueños nuevos, pero de momento tengo a mi hija y...

—¿Y qué?

Luke la volvió un poco para que lo mirara de frente.

Ella sonrió maliciosamente.

—Y un marido exigente y una suegra airada. También soy parte de un gran engaño; no es como los sueños, pero desde luego es interesante.

Luke sonrió despacio e igualmente bajó la cabeza hasta que le rozó la mejilla con los labios. Vio que Lindsay abría mucho los ojos al darse cuenta de sus intenciones, pero no se movió, ni se dio la vuelta.

La besó en los labios, apretándose contra ella hasta que Lindsay se tuvo que apoyar contra el alféizar de la ventana y él sintió su cuerpo contra el suyo. Luke la provocó con la lengua, pidiéndole más, hasta que Lindsay abrió los labios para darle la bienvenida.

—¿Bueno, no sería mejor que hicierais eso en privado? —la voz de Catherine fue como un jarro de agua fría.

—¿Necesitas algo, madre? —preguntó Luke dándose la vuelta.

—Me gustaría que os comportarais con un poco de decoro en casa. ¿Qué pasaría si entrara Marabel? —preguntó Catherine escandalizada.

Cerró la puerta del despacho y fue hacia ellos, echando chispas.

—¿Qué iba a pasar? Trabaja para mí. ¿Crees que le parecería tan sorprendente ver a un hombre besando a su esposa?

Catherine alzó la nariz con afectación.

—No creo que el despacho sea el lugar más adecuado para ese tipo de cosas.

—Y yo creo que cualquier sitio es adecuado, si a mí me conviene —dijo Luke con calma—. ¿Querías algo?

—Jonathan está despierto y quería saber si habías llegado a casa —dijo fríamente.

—Subí a verlo al llegar, pero estaba dormido.

—Ahora está despierto.

—Subo en un instante —Luke asintió y miró a Lindsay—. ¿Estás

bien?

Lindsay asintió a su vez, evitando su mirada y la de Catherine. El corazón le latía a toda prisa, sentía un suave cosquilleo en la piel y un calor por todo el cuerpo. Y todo eso por un solo beso.

Esbozó una sonrisa forzada y se retiró de la ventana, no fuera a ser que se quedara allí con Catherine.

—Iré a ver cómo va la tarta —dijo con un hilo de voz.

Vaya, ni siquiera podía hablar.

—¿Qué tarta? —preguntó Catherine con severidad.

—En el horno tengo una tarta que he preparado para postre —dijo Lindsay al llegar a la puerta.

Fue por el pasillo casi corriendo, ansiosa por alejarse de Catherine y de Luke.

También de sus propias emociones, que amenazaban con abrumarla. Y todo por un solo beso.

Lindsay se quedó en la cocina hasta que la tarta se doró, y de paso para evitar a su marido y a Catherine. La sacó del horno y la colocó sobre la encimera con satisfacción, contenta de que le hubiera salido perfecta. Poco después oyó a la niña a través del transmisor. Le dio de comer y después la sacó al jardín, donde la colocó sobre una manta bajo la sombra de un alto árbol del caucho. La niña miraba las flores, hipnotizada por la viveza de los colores.

Ellie empezó a moverse como si quisiera darse la vuelta; entonces Lindsay la levantó en brazos sonriendo.

—Venga, bebita, mami te va a enseñar cómo oler una flor. Cuidado con las abejas,

¿eh?

Ellie le echó mano a una rosa y se quedó sorprendida cuando la flor se deshizo en una lluvia de pétalos.

Lindsay la besó y la abrazó con ternura. Era feliz. Se tomaría las cosas con calma, disfrutaría del extraño giro que habían tomado los acontecimientos y no dejaría de repetirse todos los días que aquello era temporal. Cuando muriera Jonathan Balcomb ella sería como Cenicienta: la fiesta habría terminado para ella.

Lindsay le dio el pecho a su hija y la bañó antes de acostarla. La tarde había pasado rápida y placenteramente. Cruzó el pasillo y se asomó a su dormitorio con cuidado.

No vio a Luke por ninguna parte. Suspiró aliviada, sacó la ropa y

se metió en la ducha. Se puso el vestido más bonito que tenía y se cepilló los rizos hasta que le brillaron. Se puso una gota de perfume en la garganta y en las muñecas y se dispuso a bajar al comedor. Si esa noche iba a ser una repetición de 1a anterior a lo mejor decidía cenar en su dormitorio a partir de entonces. Tal nerviosismo no podía ser bueno para la digestión.

Mientras bajaba las escaleras muy despacio, se iba mentalizando de que sólo tendría que aguantar la cena y un par de horas en el salón y luego podría irse a la cama.

A la cama de Luke.

Catherine estaba sentada en el sofá, exactamente como la noche anterior.

Luke estaba junto a la ventana con un vaso en la mano.

—Espero no llegar tarde —dijo Lindsay.

—No. Marabel nos llamará para cenar dentro de un momento. ¿Te apetece algo de beber? —le preguntó Luke, mirándola de arriba abajo.

Lindsay se estremeció, como si la hubiera acariciado. Se le pusieron los nervios de punta y le entró una tremenda timidez.

—Nada gracias.

Sólo salir corriendo. ¿Podría aguantar aquella velada sin quedar en ridículo?

La cena no fue el mismo suplicio de la primera noche, pero Lindsay sabía que con Catherine nunca llegaría a sentirse a gusto. Cuando terminaron se alegró al oír a Catherine decirle a su hijo que la acompañara al cuarto de Jonathan.

—He pasado antes de bajar a cenar y me ha dicho que quería tener compañía esta noche —dijo Catherine.

—Ahora mismo subo. ¿Querrás venir con nosotros, Lindsay?

A Lindsay le dieron ganas de decir que no. Lo que menos le apetecía era pasar la velada con Catherine y Jonathan, pero se sintió en la obligación.

—Muy bien.

Catherine arrugó el entrecejo pero no dijo nada y subió las escaleras delante de ellos.

Lindsay deseó haberse negado a acompañarlo en cuanto se sentó en una silla junto a la cama.

—Vaya, chico, qué callado te lo tenías, ¿eh? —dijo Jonathan en

un tono más fuerte de lo normal.

—¿A qué te refieres, Jonathan? —preguntó Luke, tomándole la mano a Lindsay con soltura.

Puso sus manos unidas sobre el muslo y miró a su abuelo.

Lindsay apenas si atendía a lo que se estaba diciendo, hipnotizada por el roce de su mano, por su ternura. Por supuesto, sabía que era parte del teatro, pero no había esperado sentirse tan apreciada cuando fingiera interés por ella delante de su familia.

—¿Cuándo pensabas contarme lo del bebé? ¡A eso me refiero, hombre! Me he tenido que enterar por casualidad; me lo dijo la enfermera. Entonces casi tuve que obligar a tu mujer a que me trajera a la niña.

—¿El bebé? —Catherine se volvió hacia Luke sorprendida—. ¿Quieres decir que Ellie es tuya?

Estaba escandalizada.

—¿Tampoco te lo había dicho, eh? Vaya, hombre, sé que me pasé de la raya con Jeannette Sullivan, pero no tienes por qué guardarme rencor toda la vida. Nos hemos perdido el nacimiento de la niña; ya era hora de que la trajeras a casa a conocer a su familia.

—Esa niña no... —empezó a decir Catherine.

—Sé hablar yo solito, madre —le interrumpió Luke.

—No necesito que nadie me diga nada —gritó Jonathan.

Respiró profundamente y reanudó la conversación.

—Le he pedido a la enfermera que llame a mis abogados. Le he abierto una cuenta a la niña.

—No —dijo Lindsay, al tiempo que sentía la reacción de sorpresa en la mano de Luke.

—¿Qué? ¿Qué es esto? ¿Por qué no? Es mi dinero y hago con él lo que me da la gana.

—No le deje nada a Ellie —dijo Lindsay con firmeza—. Luke nos dará lo que necesitemos. Si quiere dejarle el dinero a alguien, déjeselo a él.

—Él se quedará con lo que no le deje a mi hija. ¿Por qué no dejarle también una parte' a mi bisnieta?

—Porque no es... —empezó a decir Lindsay.

—¡He dicho antes que sé hablar yo solo! —Luke la interrumpió, apretándole la mano

—. Jonathan, agradezco tu generosidad y sé que Lindsay lo hará

también cuando se tranquilice. Pero Ellie no necesita ninguna otra cartilla de ahorro; puedo mantener a mis propios hijos.

Jonathan se quedó mirando a su nieto unos momentos y luego se recostó en la cama.

—Esto es ridículo, Ellie... —saltó Catherine.

—¡Madre!

La amenaza de Luke fue firme; la mujer puso cara de compungida y luego se calló, mirando a Lindsay con rabia.

—Un hombre tiene derecho a dejarle sus posesiones a quien quiera —dijo Jonathan.

—Tienes razón. Si quieres llenarles los bolsillos a tus abogados con más dinero para hacer otro cambio más cuando yo puedo darle a Ellie todo eso, entonces adelante.

Luke habló con soltura. Se recostó en la silla; parecía estar cómodo y relajado. Pero Lindsay sabía que las apariencias engañan; Luke tenía la mano agarrotada. Aguantó la respiración, preguntándose si Jonathan se echaría atrás.

—Malditos abogados, jamás hacen nada sin cobrarle a uno un ojo de la cara. Sobre todo cuando creen que tienen a un hombre entre la espada y la pared —gruñó Jonathan.

Lindsay ocultó una sonrisa. Luke sabía cómo llevar a su abuelo. Ella no debería haber implicado que Ellie era la bisnieta que Jonathan creía que era. ¿Pero si le hacía feliz, qué tenía ello de malo? No estaría entre ellos lo suficiente como para enterarse de la verdad.

—Es una niña preciosa, ¿no crees? —preguntó Luke.

—Es una fotocopia tuya en femenino —dijo Jonathan, sonriendo y con un brillo de alegría en los ojos

Lindsay sonrió al oír eso. Will y Luke no se parecían en nada. Ellie tenía el pelo oscuro, pero se parecía mucho mas a su padre que a Luke. Parecía que Jonathan veía lo que quería ver.

—Tráemela mañana, quiero verla otra vez. Te has convertido en una abuela bastante joven —dijo Jonathan, volviéndose hacia Catherine. —Me imagino que saldrás de compras para comprarle ropa a la niña y presumir de nieta Catherine le echo una mirada a Luke, luego sonrió y se volvió a mirar a su padre

—Siempre he creído que las niñas son más fáciles de criar que los niños

—¡Ja! Espera a que vengan los chicos a rondarla y entonces tendrás problemas. Mira tú. Te marchaste con el primer chico que vino y un año después lo dejaste. A las chicas hay que vigilarlas de cerca.

Catherine se puso tensa al oír la referencia a su matrimonio y a Lindsay empezó a picarle la curiosidad. ¿Catherine había abandonado al padre de Luke después de solo un año de casados? Lindsay creía que había sido al revés. Miró a Catherine muy pensativa. ¿Se llevaba Luke bien con su padre? No, había dicho que Jonathan era el único padre que había tenido. ¿,Que había ocurrido?

Marabel entró llevando una bandeja con trozos de tarta de manzana y una cafetera que olía a gloria. Sirvió a todos con rapidez, también un poco a Jonathan, y se marcho del mismo modo.

Cuando Luke dijo que Lindsay había hecho la tarta el anciano la miro.

—¿Entonces la cocinera de Luke te ha dejado entrar en la cocina?

—Lindsay es la señora de esta casa —dijo Luke con calma—. Puede entrar en donde quiera y hacer lo que le plazca.

—Yo soy la invitada ahora, padre —dijo Catherine.

Miro a Lindsay con frialdad, aunque sus labios se estiraron en una falsa sonrisa.

—La tarta está deliciosa, tienes mucho talento.

Lindsay se lo agradeció y se puso a comer lo más deprisa que la educación le permitió. Después se marcharía. Le dolía el estomago de los nervios.

En cuanto pudo y sin levantar sospechas, Lindsay les dio las buenas noches. Fue directamente a la habitación de Ellie a ver como estaba. El pequeño piloto de la pared iluminaba suavemente parte del rostro del bebé, que dormía con un puñito cerrado junto a la boca. ¡Que preciosa era!

Lindsay se puso el camisón y fue directamente a meterse en la cama. Echó las mantas hacia atrás, se metió, apago la luz de la lámpara de la mesilla y se quedo a oscuras.

Pero tenía demasiadas cosas en la cabeza como para relajarse. Al día siguiente iría al banco y sacaría algo de dinero para comprarse un vestido para el baile benéfico, de paso se compraría también un

par de vestidos mas para cenar. Luego iría a su antigua casa a por el correo, quizás visitaría a su vecina. Podría pasar todo el día fuera, y dejar que Ellie durmiera en su propia cuna, que seguía en el apartamento.

Eso sería mejor que tener que salir con Catherine.

El vestido era de ensueño y mucho más sensual que ninguno de los que había tenido en su vida. Era azul noche y se ceñía a su figura como un guante.

La espalda era abierta hasta la cintura, con finas tiras que se cruzaban. Era lo suficientemente corto como para enseñar bien las piernas y se le ajustaba como una segunda piel. Lindsay sonrió y se miro al espejo de tres hojas. No parecía que tuviera una hija de tres meses, estaba delgada y en forma, tal y como cuando era una adolescente. Cargar con un bebé de siete kilos la mayor parte del día le había tonificado los músculos y hecho perder peso.

Se miro en el largo espejo y decidió arreglarse un poco el pelo y maquillarse. Luke no tendría que preocuparse por presentarse con una camarera en público.

Ellie hizo una mueca parecida a una sonrisa, Lindsay se paro y se la quedo mirando

—¿Me has sonreído? ¡Oh, cariño!

Se inclino y besó al bebé, tremendamente emocionada. Podrían decirle que estaba soñando, pero ella sabía que esa había sido la primera sonrisa de Ellie. Quería correr y contárselo a Luke.

Hedley la esperaba apoyado en la limusina. Cuando terminó, el chófer guardó los paquetes y la ayudó a colocar al bebé. Después se dirigieron al Strand, donde Lindsay quería comprar otros vestidos.

No le había contado ni a Luke ni a Catherine sus planes para esa mañana. Lo que menos quería era que la coaccionaran para salir de compras con Catherine. Ya tenía bastante con aguantarla durante la cena. Lindsay se preguntó si era más cariñosa cuando ella no estaba delante. Catherine daba la imagen de ser una persona fría e inaccesible. De nuevo sintió curiosidad al pensar en el matrimonio de Catherine; había, además, muchas cosas que Lindsay no sabía de la familia y cuanto más tiempo pasaba con ellos más curiosidad le entraba.

¿Le gustaba a Luke dirigir una empresa tan grande? ¿No le importaba tener a tantos empleados bajo su responsabilidad?

—¿Lista?

La dependienta se asomó al probador.

—¿Qué le parece? —preguntó Lindsay un poco nerviosa de que otra persona, aparte de Ellie, la viera con el vestido puesto.

—¡Excelente! Parece hecho para usted. Un par de medias negras y unos diamantes terminaran de hacer el efecto. Su marido quizá cambie de opinión y decida quedarse en casa en vez de salir —bromeó.

Lindsay se mordió el labio, intentando no sonreír. Dudaba que pudiera competir con las bellezas a las que Luke estaba habituado, pero el halago la agradó.

—Me lo llevo —dijo alegremente.

No resultaba fácil intentar entretener a un bebé mientras hacía todas aquellas compras, pensaba Lindsay aquella tarde. Estaba cansada, pero al menos Ellie se había dormido. Habían vuelto a su piso, que de pronto le pareció pequeño y sombrío al lado de la preciosa casa de Kilibirri.

Pero era su hogar, el lugar donde volvería cuando muriera Jonathan Balcomb.

Puso a la niña en la cuna y un par de minutos después comprobó que se había dormido profundamente. Agradeció poder tener un par de horas de respiro para ocuparse de hacer algunas cosillas. Leyó el correo, pagó unas cuantas facturas, dejó una carta sobre la mesa del comedor para contestarla después y tiró el resto de los papeles a la basura. Limpió el polvo y barrió el piso a toda prisa y limpió la encimera. Esa actividad le ayudó a recordar que aquella era su vida real, a la cual volvería en unas semanas.

Había terminado de pasar la aspiradora en su dormitorio cuando sonó el teléfono.

—¿Dígame?

—¿Lindsay?

—Sí. Hola Luke. ¿Ocurre algo?

—Tú dirás. ¿Qué haces ahí?

—¿Aquí? En este momento estoy pasando la aspiradora.

—¿Qué?

—La aspiradora, ya sabes, limpiando la casa. No me dio tiempo a terminar de arreglarla cuando Hedley...

—Lindsay, si hay que limpiar el piso contrata a una asistenta.

Vas a volver a casa luego, ¿no?

Lindsay estuvo a punto de decirle que ya estaba en casa, pero sabía a lo que se refería él. ¿Creyó haber oído un trasfondo de incertidumbre en su voz o se lo habría imaginado? Tonterías, aquel hombre no se había sentido inseguro en su vida.

—Tenía pensado pedirle a Hedley que me llevara a tu casa cuando se despierte Ellie

—dijo remilgadamente—. ¿Quieres algo?

—No.

—¿Cómo has sabido que estaba aquí? —preguntó.

—Llamé a Hedley al teléfono del coche cuando Marabel me dijo que habías salido con él esta mañana.

—Si hubieras venido a desayunar cuando yo bajé, te lo habría dicho yo misma —le dijo ella.

—¿Ah, me has echado de menos esta mañana? —le preguntó suavemente.

Lindsay suspiró. Lo había echado de menos y le había disgustado que se marchara a trabajar antes de que ella y Ellie bajaran al comedor. Pero no tenía por qué hablarle de esos sentimientos. Ya era bastante engreído y desde luego no necesitaba que Lindsay le regalara los oídos.

—Sólo por no estar a solas con tu madre; menos mal que no ha bajado a desayunar a la vez que yo.

—¿Tan imposible te parece? —le preguntó—. Si es así, la mandaré a su casa.

—No hagas eso. Quiere estar cerca de su padre y estoy segura de que también de ti en estos momentos.

—Eso lo dudo; de ser así sería una primicia. Catherine piensa primero en sí misma y los demás están siempre en segundo lugar —dijo en tono seco.

—Es tu madre.

—A pesar suyo. Llegaré a casa sobre las cuatro. Vente en cuanto Ellie se despierte.

Lindsay se quedó mirando al teléfono después de colgar. ¿Qué habría querido decir Luke con aquel comentario tan enigmático? Ojalá comprendiera mejor a esa familia.

Enchufó la aspiradora en el salón y se puso manos a la obra, dándole vueltas a la cabeza mientras limpiaba. Luke la había

llamado para asegurarse de que iba a volver; eso significaba que le importaba al menos un poco.

Lo cierto era que no le vendría mal un poco de romanticismo. Hacía más de una año que Will había muerto y ya era hora de seguir adelante, pero lo cierto era que no se veía a sí misma haciéndolo junto a Luke. El estaba fuera de su alcance, aunque no por eso dejaba de soñar con ello.

De momento, tenía que acabar de limpiar el apartamento.

—Yo le llevaré los paquetes, señora —dijo Hedley mientras le abría la puerta del coche.

Lindsay salió y sacó a Ellie.

—Estupendo, Hedley, te lo agradezco mucho. Venga, bebita, tenemos tiempo de dar un paseo por el jardín antes de cenar. ¿Quieres que vayamos a ver las flores otra vez?

Lindsay subió los dos escalones de piedra y llamó a la puerta. Por un momento le dio la sensación de que volvía a casa.

Esperaba que fuera Marabel la que le abriera, pero fue Luke.

—Necesitas tener una llave —dijo mientras le quitaba a Ellie de los brazos.

Antes de que Lindsay pudiera responder Luke se colocó a la niña en un brazo y con el otro le agarró la cabeza para darle un beso.

—Creí haber oído el timbre de la puerta —Marabel dijo, de pie detrás de Luke.

Lindsay dio un paso atrás, inquieta por su beso.

—Acabamos de llegar.

—¿No tenemos una llave para darle a Lindsay? —preguntó Luke, echándose un poco hacia atrás y sin dejar de mirarle la boca a Lindsay.

Ella se puso aún más nerviosa y no podía apartar los ojos de él.

—Estoy segura de que hay más de un juego de llaves disponible. Me encargaré de darle uno antes de que salga la próxima vez —dijo Marabel.

—Bien.

Hedley entró en el vestíbulo, cargado de paquetes y bolsas.

—He ido de compras esta mañana —le explicó Lindsay, intentando ignorar los latidos de su corazón.

Un beso delante del servicio no era más que parte del teatro que estaban haciendo; eso era todo. Era tonta por creer que significaba

algo más.

—Ya veo. Parece que has dejado vacías varias tiendas, ¿verdad?

—Casi parece, ¿no? Sólo me he comprado un par de cosas.

—Se las subiré. Sé que quiere sacar a la niña al jardín y como el señor Balcomb está durmiendo ahora, Luke puede acompañarla —dijo Marabel mientras remontaba las escaleras con Hedley.

—¿No tienes trabajo que hacer? —le preguntó Lindsay cuando estuvieron solos.

No pudo evitar fijarse en cómo la camisa negra que llevaba puesta le ceñía los músculos del tórax. Los ajustados vaqueros negros le hacían parecer más alto de lo que ya era.

—Estoy libre hasta que se despierte Jonathan.

El nerviosismo de Lindsay aumentó a medida que iban paseando por el jardín. Luke llevó en brazos al bebé hasta un rincón cubierto de césped, donde la tumbó sobre una pequeña manta. Cortó unas cuantas flores que crecían allí cerca y las puso junto al bebé.

—Pero no te las metas en la boca, ¿entiendes?

—Estoy segura de que entiende —dijo Lindsay en tono seco.

La pequeña lo miró muy seria y luego a las flores. Entonces sonrió.

—Mira, Luke, está sonriendo. Ha hecho lo mismo esta mañana en una tienda. Oh, Dios mío, está sonriendo de verdad.

—¿No es demasiado pequeña para sonreír?

—No lo creo. ¡Mírala! ¿No es una preciosidad?

—Preciosa.

Algo en su tono de voz le hizo levantar la vista, y al hacerlo se lo encontró mirándola.

—Tú eres preciosa, Lindsay, con lo cual tu hija también lo es.

Se ruborizó inmediatamente.

—Gracias.

Parecía tan tonto agradecerle el cumplido. El corazón le latía a toda prisa y su respiración se volvió irregular. Tragó saliva y lo miró.

Luke apartó la mirada, echó un vistazo a Ellie y se tumbó, apoyando la cabeza sobre las manos.

—Qué bien se está aquí. No me acuerdo ya de la última vez que salí a tumbarme.

Quizá no lo haya hecho nunca.

Capítulo 6

—Si tuviera un jardín como este, sacaría a Ellie todos los días —dijo Lindsay en voz baja, mirando a su hija, pero pendiente de Luke.

—Anoche me dejaste sorprendido, Lindsay —murmuró Luke.

—¿Cómo? —preguntó, recostándose sobre la hierba y contemplando los colores de las flores y el azul del cielo.

—Pensé que aprovecharías la oferta de Jonathan de abrirle una cartilla de ahorro a Ellie.

—¿Estás loco?

Se volvió a mirarlo con perplejidad. El entreabrió los ojos; de no mirarlo bien de cerca pensaría que estaba dormido.

—Ellie no es nada de Jonathan Balcomb y yo no quiero nada de él.

—Lindsay, no fue Jonathan el que no cuidó de que ese camión estuviera a punto; fue uno de sus empleados —dijo Luke en voz baja.

—Todo para llenar las arcas. No creo que valga la pena sacrificar la vida de una persona por obtener mayores beneficios —dijo acalorada.

—Ni yo tampoco lo creo, ni mi abuelo. Y dudo que el encargado pensara que iba a ocurrir algo así. Fue culpable de negligencia, no de asesinato.

Lindsay miró hacia otro lado. El resultado era el mismo para ella y su hija: estaban solas. A veces le costaba imaginárselo, recordar el sonido de su voz, su risa contagiosa y lo buenos amigos que habían sido.

—¿Lindsay?

—No aceptaría nunca dinero de tu abuelo. Tampoco de ti si no lo necesitara tanto. Y

pensé que casándome contigo iba a ayudarte.

—Y lo has hecho. Cualquier otra mujer hubiera aprovechado para sacar todo lo posible.

—Bueno, pues no soy cualquier otra. Y no aceptaría el dinero de tu abuelo. Además, primero le diría la verdad. Sólo he fingido porque he visto que le ha hecho una ilusión tremenda pensar que tiene una bisnieta. ¿No es ésa la razón de todo este tinglado?

¿Hacerle feliz el tiempo que le quede?

—Está muy emocionado. No dejó de hablar de ella cuando te marchaste.

—Me sorprende que tu madre no le dijera la verdad.

—Mi madre es una mujer muy egoísta, pero ama a su padre. Al ver lo contento que estaba supongo que decidió no decirle la verdad. Está dispuesta a colaborar con tal de alegrarle la poca vida que le quede.

Lindsay asintió con la cabeza.

—¿Por qué tienes este jardín si no lo usas? —dijo Lindsay, intentando cambiar de tema.

—Es bonito. A veces doy cenas de trabajo aquí; es un bonito lugar para entretener a los invitados.

—¿No tienes aficiones?

Arrancó una brizna de hierba, la hizo pedacitos y los soltó en el aire. Se estaba muy bien allí. Ellie parecía a punto de dormirse, con las flores como un halo alrededor de la cabeza.

Había una suave brisa, no se oía un ruido y a Lindsay le gustaba charlar con Luke.

—No tengo aficiones —contestó.

—¿De verdad? ¿No tenías ninguna ni siquiera cuando eras un adolescente, aparte del surf?

Recordaba lo bien que se le daba eso.

—No.

—¿Si pudieras hacer cualquier cosa que quisieras, qué sería?— insistió.

Él abrió un ojo y la miró.

—Llevarte a la cama.

—Oh.

No supo lo que decir ni a dónde mirar. Con la vista fija en Ellie, luchó por deshacerse del calor que encendía sus mejillas y del deseo que sentía en su interior. Jamás había pensado que un hombre tan viril y dinámico la deseara. Tragó saliva con dificultad y buscó las palabras adecuadas, algo que pudiera disipar la tensión que había entre ellos.

Luke sonrió.

—¿Es todo lo que tienes que decir?

—Bueno, en realidad no sé qué decir.

—Olvídalo, no debería haberlo dicho. Ahora te vas a sentir aún peor por tener que compartir la cama conmigo —murmuró.

Sabiendo que estaba interesado en ella, Lindsay veía la situación de otra manera; sobre todo porque ella también estaba interesada en él.

Lindsay se puso de pie, inclinándose para levantar al bebé. Luke se incorporó y la miró.

—No voy a hacer nada que tú no quieras, Lindsay. Soy muy franco con los demás; sólo quería que lo supieras.

—Es hora de que me lleve a la niña. Se está durmiendo, será mejor que la acueste.

Luke se levantó sin esfuerzo y cargó con el bebé. Parecía muy pequeña acurrucada contra su pecho. Lindsay sintió una punzada de dolor al ver lo bien que estaba su hija en brazos de Luke.

Se volvió y miró la casa, preguntándose cómo se había metido en aquel lío. Pensó en Luke con su hija en brazos, en sus sorprendentes palabras, en su propio deseo hacia él que no la abandonaba. Y creyó volverse loca.

Pero no podía dejar de pensar, aunque fuera en su subconsciente, que Luke la encontraba deseable y eso le hacía sentirse bien. Por primera vez en mucho tiempo, Lindsay no se sentía sólo madre sino especial por sí misma.

—Luke, Jonathan ya está despierto, si quieres ir a verlo —dijo Catherine asomada a la puerta cristalera.

—Pasaré un rato por su habitación —contestó Luke—. Primero vamos a acostar a Ellie.

Lindsay miró a Catherine. La mujer parecía estirada e inflexible. Y también muy sola.

Se volvió a mirar a Luke, que ni siquiera había mirado a su madre, pero su expresión se había vuelto sombría. De pronto Lindsay sintió compasión por él. ¿Cómo se habría criado Luke con una madre como Catherine?

—No hace falta que mimes tanto a la niña; no pasará mucho tiempo aquí —dijo Catherine al ver cómo Luke acurrucaba a la pequeña.

—Creo que nuestro estilo de vida es algo diferente al suyo —comentó Lindsay, con la cabeza bien alta—. Cuando la gente se hace mayor ya no puede volver a disfrutar de la niñez. Quiero que

mi hija disfrute de cada momento de la suya. Ya tendrá tiempo de aprender a comportarse correctamente antes de hacerse adulta, pero ahora es el momento de mimarla y darle cariño. No es más que un bebé. No quiero que crea que es un problema o una carga para los demás, sino que sea feliz y que sepa que tiene a gente que la quiere. Y eso hay que hacerlo desde que son bebés.

Luke la miró fijamente, con esos ojos de mirada enigmática, y Lindsay se preguntó qué estaría pensando.

—¿Le digo a Jonathan que vas a ir? —preguntó Catherine.

—Dentro de un rato voy —contestó Luke.

Lindsay luchó por dejar de mirarlo, aunque la tentaba su estupendo físico. Deseaba apartarle aquel mechón de la frente y trenzar los dedos entre sus espesos cabellos.

Temía que se lo notara, pero al mismo tiempo deseaba que la mirara y quizá hiciera algún comentario más sobre llevársela a la cama.

Miró a Ellie, contenta de que los bebés no supieran leer el pensamiento.

—Ay, se está espabilando. Creo que le voy a dar un baño antes de amamantarla. Le encanta el baño —dijo medio balbuceando.

Él sonrió.

—¿Quieres que te ayude?

—Pensé que ibas a ver a tu abuelo.

—Iré a decirle que volveré a verlo cuando hayamos acostado a Ellie. Quiero que me enseñes a bañarla.

—Si quieres.

A Lindsay le gustó que Luke se ofreciera a estar con ellas.

El baño resultó muy divertido. A Lindsay le hizo mucha gracia la expresión de Luke al ver a Ellie patalear y chapotear en el agua. Jugó con el patito de goma de la niña, acercándoselo para que Ellie lo tocara y luego haciendo como que se iba nadando.

Era la situación ideal, pensaba Lindsay al verlos. Por primera vez no pensó en Will, sino en cómo sería si Luke y ella compartieran su vida juntos. Podrían pasar muchas tardes como aquella, disfrutar en el jardín, bañando a los niños. ¿Los niños? ¿Si quisieran seguir casados, desearía él tener otro hijo? ¿O más de uno? ¿Qué sentiría por Ellie? Jugar un día con una niña era divertido, pero criar a la hija de otro era algo totalmente distinto.

Y no era que Luke le hubiera dado a entender que quería seguir casado para siempre.

Sólo era hasta que Jonathan muriera; eso no debía olvidarlo.

—Señor Winters —la enfermera llamó a la puerta entreabierta y asomó la cabeza—. El señor Balcomb dice que quiere verlo a usted y al bebé. ¿Le digo que va a ir pronto?

—Sí, en cuanto terminemos de vestirla la llevaré para que la vea.

Lindsay lo miró preocupada.

—¿Tú crees?

—¿Por qué no? Le hace feliz pensar que es su bisnieta y si eres capaz de seguir fingiendo, lo haremos durante un tiempo más. Es una monada; le encantará estar con ella un rato.

—Por lo menos estará limpia. ¿Puedes?

—Ven conmigo si quieres.

Lindsay sonrió y sacudió la cabeza.

—Oh, no, papi, creo que en esta ocasión te dejaré solo. Si quieres que se crean que es tuya, no tengo que estar permanentemente ahí. Pero ten cuidado de que no se caiga.

Luke entrecerró los ojos y la miró.

—Dirijo una compañía donde se mueven millones de dólares; creo que puedo con un bebé durante quince minutos.

Lindsay se mordió el labio, intentando sofocar una sonrisa.

—Vale. Tengo total confianza en ti.

—He de reconocer que no tengo experiencia con los niños, pero creo que me las arreglaré.

—Cuando volváis, le daré el pecho y estará lista para irse a la cama.

Lindsay lo vio salir con la niña de la habitación y se sintió confusa. En los años que hacía que no lo veía se había olvidado poco a poco de él, pero lo que sentía cada vez que estaba cerca le demostraba que aquel enamoramiento de adolescente no había desaparecido del todo. ¿Podrían con el tiempo llegar a tener algo fuerte y duradero?

Luke empujó la puerta del baño y pasó al dormitorio, con una toalla húmeda enrollada a la cintura. Después de la ducha se sentía mucho mejor; sólo le quedaba vestirse para bajar a cenar.

—Oh.

Lindsay entró, vacilando a la puerta, mirándolo con los ojos muy abiertos. Luke esperó que no se le cayera la toalla y seguidamente le echó mano al nudo para sujetarla. Lo último que deseaba era asustarla. La noche anterior habían compartido la cama con él sin protestar; quizá con paciencia y cuidado podrían acabar compartiendo la cama para algo más que para dormir.

—Pasa, también es tu habitación —dijo, yendo hacia la cómoda.

A lo mejor no le era tan indiferente a Lindsay como parecía; podría jurar que había notado un cierto interés en su mirada.

—Puedo volver dentro de un rato.

—¿No te tienes que cambiar para la cena?

—Sí —cerró la puerta y fue hacia el ropero de donde sacó un bonito vestido rosa—. Hoy me he comprado unos cuantos vestidos para cenar, y otro que creo que me irá muy bien para la fiesta de mañana.

Luke se puso los calzoncillos y los pantalones antes de volverse. Ella se había vuelto de espaldas prudentemente y examinaba el vestido como si fuera la primera vez que lo viera.

—Estoy visible, si eso es lo que te preocupa.

—No —dijo aclarándose la voz—. Quiero decir, he compartido una misma habitación con un hombre antes.

—Yo no; quiero decir, no he compartido habitación antes —dijo Luke, mientras se ponía una camisa limpia.

—¿Nunca? —se dio media vuelta—. Yo creía que tú...

Se hizo silencio y a Luke le picó la curiosidad.

—¿Pensaste que yo qué?

—Nada. Supuse que lo habrías hecho en el colegio o algo así.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nada.

—¿Te refieres a acostarme con mujeres?

—Bueno, tienes más de treinta años. No creo que hayas sido un santo toda tu vida. Y

hace cuatro meses estabas prometido.

—¿Te acostabas con tu marido antes de casaros?

—No. Pero eso no es asunto tuyo.

—A lo mejor quiero que lo sea —dijo en tono ronco y sensual.

—Eso no puedes decidirlo tú. Soy yo la que decido qué cosas quiero que la gente sepa de mí.

—Soy tu marido —esbozó una medio sonrisa.

Se la veía tan indefensa, aunque a la vez resuelta, junto a la puerta abierta del ropero y el vestido rosa colocado delante como si fuera un escudo.

—Santo cielo, qué excusa más pobre; este matrimonio es sólo en el papel.

—Eso podría cambiar.

Luke la miraba fascinado mientras el color encendía sus mejillas. Deseaba acercarse a ella, estrecharla entre sus brazos y besarla hasta que ambos perdieran la noción de la realidad. Pero ya la había asustado una vez ese día. Paciencia, se dijo.

—Voy a meterme en el baño si has terminado.

Con el vestido en la mano, Lindsay fue hacia el cuarto de baño con rapidez. Luke oyó cómo cerraba la puerta con firmeza y el ruido del pestillo. ¡Era tímida! Algo sorprendente para una mujer que ya había estado casada.

Aunque lo más sorprendente era que cada vez tenía más ganas de estar con ella.

Había vuelto del trabajo temprano y le decepcionó que ella no estuviera esperándolo.

El rato que pasó con ella y la niña en el jardín había sido algo diferente, especial.

Llevaba unos cuantos años en esa casa, poseía muebles de calidad, un servicio amable, sin embargo, no era más que un lugar donde comer, dormir y recibir a invitados de vez en cuando. Ese día, por primera vez, había sentido que su casa era un hogar. Se había sentido relajado y satisfecho, y todo gracias a Lindsay y al bebé.

Al ir a ver a Jonathan se había sentido mejor que nunca. El viejo estaba encantado con el bebé e insistió que la pusiera un rato en la cama junto a él. Después de estar un rato con Ellie, Jonathan tenía ya mejor aspecto. ¿Podría producir tanta felicidad la mera presencia de un niño?

—Es maravilloso tener un hijo, Luke. Espero que tengas más de uno —le había dicho Jonathan antes de quedarse dormido.

Por primera vez en su vida Luke se preguntó si tendría alguna vez niños. Se le había pasado la tontería con Jeannette Sullivan. Tenía treinta y dos años y no había conocido a otra mujer con la

que quisiera pasar el resto de sus días. Si no encontraba una pronto, sería demasiado mayor para tener un hijo, demasiado inflexible.

Esa noche en la mesa Lindsay pensó que o bien las cenas resultaban cada día menos pesadas o bien que se estaba acostumbrando a Catherine. Llevaba puesto el vestido rosa que tanto le había gustado al verlo en la tienda. El rato que había estado en el jardín se le había pegado un poco el sol. Estaba contenta con su aspecto y ni siquiera el comentario poco entusiasta de Catherine acerca de su vestido logró perturbarla.

La forma en que Luke la miró cuando entró en el salón le hizo sentirse de maravilla.

Recordando las palabras que él le había dicho en el jardín y que tuvieron el embriagador efecto del vino, Lindsay estaba más que satisfecha con el resultado de sus compras. Se sentía emocionada al pensar qué le parecería a Luke el vestido que había comprado para el baile.

Claro, todavía tenía que pasar aquella noche. Sólo de pensar en que iba a volver a compartir la cama con un hombre que le había dicho que la deseaba le ponía los nervios de punta. ¿Podría aguantar metida en la cama a su lado sabiendo lo que quería él sin hacer nada?

¿Qué pasaría si, estando dormida, se acurrucaba junto a él? ¿La apartaría o lo tomaría como una invitación? A lo mejor debería volver a dormir en el suelo, o encontrar otro dormitorio.

Cobarde, le dijo una voz dentro de ella. Él le había prometido que no se lanzaría encima de ella.

Echaba de menos la amistad y el compañerismo de un hombre, el cuerpo de un hombre a su lado por las noches, las caricias y la ternura. Pero Luke no la amaba y no sería lo mismo que había tenido con Will.

Quizá fuera aún mejor, pensó.

¡Qué deslealtad hacia Will! Le había gustado hacer el amor con él y él había sido el único con el que lo había hecho en su vida. Miró a Luke, pensando que seguramente tendría más experiencia.

—¿Quieres que te traiga algo? —le preguntó Luke.

—No, lo siento... Es que estaba distraída.

Lindsay se sintió como una tonta y apartó los ojos de Luke. Al hacerlo, se encontró con la mordaz mirada de Catherine.

—¿Va a ir a ese baile de beneficiencia de mañana por la noche? —le preguntó Lindsay, ocurriéndosele de repente la idea.

Quizá no iban a ir Luke y ella solos; quizá fuera un compromiso de toda la familia.

—Sí. No quería ir, pero mi padre quiere que le cuente lo que pase allí, así que me estaré un rato.

—Hedley puede llevarnos; así si quieres volver a casa antes que nosotros él te puede traer —dijo Luke con naturalidad.

—¿Se ha comprado Lindsay un vestido nuevo? —preguntó Catherine, arqueando una ceja como si no creyera que Lindsay pudiera arreglárselas sola ante tal empresa.

Molesta por la falta de educación de Catherine, Lindsay se defendió.

—Me lo he comprado.

—¿Es apropiado para la ocasión?

—Creo que sé perfectamente cómo vestirme para un acto así.

—Quizá sea mejor que le eche un vistazo después —dijo Catherine con despreciativa elegancia.

—Quizá un día las ranas críen pelo —murmuró Lindsay, mirándola con rabia; alzó la cabeza y habló en tono más alto—. Cuando me lo ponga mañana por la noche, si Luke no lo cree apropiado, me quedaré en casa.

—Estoy seguro de que mi madre sólo quería ayudar —dijo Luke.

—Estoy segura —respondió Lindsay, sin dejar de mirar a Catherine a los ojos.

Ni por un momento creyó que Catherine hubiera querido ayudarla.

Furiosa aún por la actitud de su suegra, Lindsay se retiró temprano esa noche. La rabia que sentía hacia Catherine le hizo olvidar temporalmente su preocupación en cuanto a compartir cama con Luke.

—Lo que menos falta me hace ahora es sentir una atracción sexual que pueda volverme loca —murmuró Lindsay junto a la cama, mientras se descalzaba.

Se bajó la cremallera del vestido, parte de su alegría por llevar un vestido nuevo había sido enturbiada por los comentarios de Catherine. ¡Cómo si no fuera capaz de elegir su propia ropa! ¿Es que aquella mujer nunca se había relajado ni se lo había pasado

bien?

Con el camisón puesto ya, Lindsay se puso una bata y salió al pasillo para comprobar si Ellie estaba bien. El bebé dormía como un angelito. Lindsay le acarició las suaves mejillas y sintió como le iba invadiendo aquel sentimiento de amor hacia su hija que amenazaba con hacerla llorar. ¡Ellie significaba tanto para ella!

—Ojalá tu padre pudiera verte, niña mía —susurró.

Cuando Lindsay se despertó a la mañana siguiente, se sintió diferente. Abrió los ojos lentamente y se encontró con los oscuros ojos de Luke.

—Buenos días —dijo, con el codo apoyado en la cama.

Se veía que acababa de despertarse. Tenía una fina marca de dormir en la mejilla y el pelo alborotado; estaba desnudo de cintura para arriba y la sábana le cubría el resto.

Lindsay sintió el calor de su cuerpo.

Observó maravillada aquel torso musculoso y ligeramente cubierto de oscuro vello.

Tenía los pezones morenos y planos, sobre el pecho bronceado. Lindsay lo miró, sintiéndose turbada y excitada.

—Buenos días —contestó.

Se humedeció los labios y deseó poder taparse la cabeza con la sábana hasta que él se hubiera marchado a trabajar.

—¿Me he despertado yo temprano o eres tú el que te has despertado tarde?

—Soy yo el que me he despertado tarde. Pero quería darte algo; lo tenía ayer, pero se me olvidó.

Se recostó y alargó la mano hasta la mesilla; al darse la vuelta se acercó aún más a Lindsay.

El colchón se hundió bajo su peso y eso hizo que Lindsay se precipitara hacia él.

¿Llevaría algo puesto por la parte de abajo? ¿O dormiría desnudo? De repente la necesidad de averiguarlo se le antojó insoportable; apenas si podía controlar el impulso de tocarlo.

Tenía que levantarse antes de hacer algo inexcusable, como por ejemplo acariciarle el pecho, tocar esos músculos o palpar la textura de su piel.

—¿El qué? —preguntó, sintiendo turbación al darse cuenta de que la camisola era ligeramente transparente.

—Esto.

Tenía su anillo de bodas en la mano. Le levantó la mano y se lo puso lentamente. Le quedaba perfecto.

—Con este anillo te desposo —Luke murmuró suavemente y luego la miró.

—Con este anillo te desposo —repitió Lindsay.

Era la tercera vez que pronunciaba esas palabras. Primero con Will en la pequeña iglesia donde eligieron casarse. En segundo lugar con Luke en la oficina del juzgado.

Y en ese momento por tercera vez. ¿Volvería a pronunciar aquellas palabras?

Sin saber por qué, en ese momento significaron más para ella que cuatro meses atrás cuando Luke y ella se habían casado. Claro que entonces no lo conocía de nada; sólo tenía de él unos vagos recuerdos de adolescencia.

Tampoco lo conocía tan bien en ese momento, pero al menos lo conocía un poco más y se sentía más unida a él.

Cuando Luke se acercó a besarla, ella le rodeó el cuello con los brazos. Aquello le parecía maravilloso y lo más natural del mundo.

Se echó sobre ella y le acarició el pelo. Tenía los labios firmes y cálidos y se movía con sensualidad, hasta que Lindsay se perdió en aquella magia.

Ellie pegó un grito que les llegó por el transmisor, rompiendo el hechizo que la había embelesado.

Luke se apartó y le pasó el pulgar por los húmedos labios, mirándola con aquellos ojos tan enigmáticos. Sin apartar la vista de ella, la besó en los labios suavemente y se sentó en la cama.

—Parece que Ellie se ha despertado ya.

—Sí.

Lindsay saltó de la cama y se puso la bata.

Deseó poder cepillarse el pelo y lavarse la cara antes de que él la volviera a mirar, pero tenía que ir a atender a Ellie antes de que rompiera a llorar de verdad.

—Llévala al comedor después de amamantarla. Me quedaré a desayunar contigo —le gritó Luke mientras ella salía corriendo al pasillo.

El beso de Luke había sido delicado, perfecto, con un toque de pasión prometedor.

Pero era sorprendente la tormenta que había levantado en su interior. ¿Por qué había repetido los votos del matrimonio al ponerle el anillo? Empujó la puerta de la habitación con la mano izquierda, fijándose en la banda de oro que la unía legalmente con ese hombre.

¿Había algo más que la uniera a él? Cruzó la habitación y sacó a Ellie de la cuna, temerosa de estudiar detenidamente sus sentimientos. No le convenía sentirse atraída hacia Luke Winters. Su acuerdo era sólo temporal y pronto terminaría. Si continuamente tenía que recordarse a sí misma algo tan simple, significaba que ya estaba metida en un buen lío.

Capítulo 7

Lindsay dudó unos instantes cuando a la noche siguiente se puso el vestido que se había comprado para la fiesta. Se había pasado la mañana del viernes arreglándose el pelo y maquillándose. Los zapatos de tacón alto le hacían juego con el azul oscuro del vestido y las medias de nailon le hicieron sentirse bastante elegante. El vestido era ideal, a no ser que planeara estar a cierta distancia de Luke. Por delante daba la impresión de ser un vestido bastante recatado, pero sólo hasta que se volvía de espaldas. El escote era sumamente provocativo. Se sentía muy sexy con él puesto; jamás había llevado un vestido tan insinuante.

Pero estaba introduciéndose en un terreno totalmente nuevo para ella y necesitaba todo el apoyo posible.

Lindsay tenía que bajar. Luke le había dicho que el coche estaría preparado a las ocho menos diez. Lo que menos deseaba era hacerle esperar o darle a Catherine una excusa para que soltara uno de sus mordaces comentarios. Pero llegado el momento, no estuvo segura de si podría o no hacerlo. Una cosa era que la dependienta le dijera lo bien que le quedaba el vestido y otra bajar y ver a Luke.

Tragó saliva y respiró profundamente. No era más que un vestido.

Cuando Lindsay llegó al inicio de las escaleras, Luke estaba hablando con Catherine en el vestíbulo. Respiró hondo y empezó a descender con suavidad, con los ojos fijos en Luke. Él levantó la vista y la miró de forma enigmática mientras seguía bajando.

Llevaba puesto el mismo esmoquin que la primera noche que lo vio en el café. Lo había visto con vaqueros y camisetas, con traje y también sin camisa. Pero con el esmoquin estaba guapísimo.

Esperó que le gustara el vestido que había elegido para aquella velada. No tenía intención alguna de avergonzarlo. Cuando llegó abajo, el corazón empezó a latirle a toda prisa. Los sentimientos que la invadieron le daban miedo y no quería que se intensificaran.

Catherine se volvió y frunció la boca y Lindsay pensó que debía avisarla que le saldrían arrugas si no dejaba de hacer ese gesto; pero sabía que a Catherine le molestaría el comentario.

Al llegar abajo Lindsay sonrió temblorosa.

—Espero no haberos hecho esperar.

—Hedley lleva cinco minutos esperando fuera —le espetó Catherine.

Elegantemente vestida con un traje plateado hasta los pies y el pelo recogido en un elaborado moño, Catherine era el ejemplo perfecto de una de esas personas que figuran mucho en sociedad. Llevaba diamantes al cuello y pendientes a juego, que brillaban cuando movía las manos.

—Pero normalmente siempre está listo unos minutos antes de lo previsto, ¿no? —dijo Luke con soltura.

Lindsay sonrió, agradeciendo sus palabras.

—¿Ellie está dormida? —le preguntó mientras cruzaban el vestíbulo.

—Sí, ha...

—¡Santo Dios, no puedes ponerte ese vestido! —gritó Catherine horrorizada cuando Lindsay pasó delante de ella—. ¡Es de lo más escandaloso!

Lindsay se volvió y miró a Luke con mirada interrogante. De nuevo le invadieron las dudas. ¿Sería eso cierto?

—Sube a cambiarte inmediatamente —le ordenó Catherine.

—Madre —Luke habló con tranquilidad, pero había un claro trasfondo de severidad en su voz—. Tu comentario está fuera de lugar. Lindsay no es una chiquilla para que le des órdenes y aunque lo fuera no es hija tuya. El vestido es más que apropiado.

Sabes que en este acto veremos algunos modelos de lo más extravagantes. El vestido de Lindsay no tiene nada de malo.

Luke estudió el vestido desde todos los ángulos y esbozó una sonrisa.

—Creo que está preciosa —se acercó a Lindsay para que sólo ella pudiera oírlo—. ¡Y

tremendamente sexy!

Lindsay le sonrió emocionada.

—Apenas si tiene espalda —dijo Catherine, con los ojos como platos.

—Es un vestido muy escotado, pero yo no diría tanto como que no tiene espalda —respondió Luke—. Debería haberte comprado un collar o algo para acompañarlo; o quizá unos pendientes de diamantes.

Lindsay sacudió la cabeza.

—El vestido está bien sin ponerme nada y no me gustan mucho las joyas. Ya tengo mi anillo de bodas.

Levantó la mano al decirlo y Luke la agarró, apretándosela un instante y mirándola fijamente a los ojos. ¿Estaría recordando las promesas que había repetido en la cama esa mañana?

Catherine estaba furiosa y a Lindsay se le cayó el alma a los pies. Lo que menos falta le hacía en ese momento eran las discrepancias de aquella mujer. Pero a Luke le había gustado el vestido, y eso era suficiente. Deseó que pudieran ir los dos solos y no tener que escuchar las críticas de Catherine al menos una noche.

—Sólo con llevarla a la fiesta y presentarla como tu esposa ya vas a causar un gran revuelo. Me pongo enferma sólo de pensar en los comentarios que levantará vestida así —dijo Catherine con altivez.

—Creo que podré soportarlo, madre. Como bien has dicho antes, creo que Hedley está esperándonos. Las damas primero.

Luke se sentó en medio de las dos mujeres. Lindsay hizo lo posible por no pensar en las palabras de Catherine y se distrajo mirando por la ventanilla mientras Hedley cruzaba el Harbor Bridge. Las luces de Sidney brillaban en la suave luz del crepúsculo. El cielo estaba despejado y pronto lleno de estrellas, que proporcionarían un marco incomparable a la ciudad.

Las aceras del Hotel Intercontinental estaban abarrotadas de mirones, que observaban la entrada en el hotel de las elegantes y modernas personalidades. El salón era inmenso. Brillantes lámparas de araña iluminaban la escena y los coloridos atuendos, las joyas y los trajes de etiqueta llenaban el salón. Había una orquesta tocando y algunas parejas bailaban ya sobre el enorme espacio central. A la izquierda había mesas y sillas para sentarse. A la derecha largas mesas repletas de canapés alineadas junto a las paredes. Los camareros circulaban entre los invitados, que se apiñaban en pequeños grupos, charlando o contemplando a los que bailaban.

—Allí están los Taylor, creo que iré a saludarlos —dijo Catherine.

—Hedley volverá a las once a recogerte —dijo Luke.

Catherine lo miró.

—¿No vais a volver conmigo?

—Ya veremos cómo nos lo pasamos antes de comprometernos. Si no volvemos contigo, Hedley puede venir a recogernos más tarde.

Catherine ignoró a Lindsay, diciendo que buscaría a Luke antes de marcharse y seguidamente dándose media vuelta en dirección a donde estaban sus amigos.

Lindsay deseó poder gritar dando gracias, pero optó por ser prudente.

—A veces es una cruz —dijo Luke.

—Es tu madre —replicó Lindsay con diplomacia.

—¿Te apetece beber algo?

—No me importaría tomarme un vino.

Cuando le puso la mano sobre la espalda desnuda, el corazón de Lindsay redobló su paso. Le recorrió un escalofrío delicioso y por un instante Lindsay pensó que iba a perder el paso. Le temblaban las piernas y sentía un calor tremendo en la espalda.

¿Cómo se sentiría si le tocara otras partes de su cuerpo?

Lindsay esperó junto a la barra mientras Luke iba a buscar las bebidas y observó a las parejas que bailaban.

—¿Qué tal? —le preguntó mientras le pasaba una copa de vino.

—¡Es emocionante! Nunca pensé que asistiría a un lugar así. ¿No es ese el primer ministro?

—Sí. ¿Quieres que te lo presente?

Se volvió a mirar a Luke con los ojos como platos.

—¿Lo conoces?

Luke sonrió y asintió con la cabeza, los ojos bien atentos.

—Por asuntos de negocios.

Por supuesto que el dueño de una empresa tan importante como Balcomb conocería a muchas personas influyentes, incluido el primer ministro.

—No creo que me haga falta conocerlo —murmuró mientras daba un sorbo de vino y contemplaba a los bailarines.

Todos aquellos trajes y peinados diferentes la tenían fascinada y miró detenidamente a todas las mujeres que estaban cerca. Luke tenía razón, había muchos vestidos bastante más atrevidos que el suyo. Si no la miraban por detrás, podrían considerar que su vestido era quizá un tanto recatado para la ocasión.

Se le levantó el animó. Había hecho muy bien; o incluso más que bien.

«Tremendamente sexy», le había dicho Luke. Le volvió a invadir aquella sensación de bienestar.

—¿Te apetece bailar? —le preguntó Luke.

—Sí, gracias.

Él se echó a reír.

—Siempre tan educada.

Le quitó el vaso de la mano y lo colocó en una mesa, junto al suyo. Le agarró de la mano y la llevó hasta la pista. La orquesta acababa de empezar a tocar otra melodía y Luke se unió al resto de los bailarines con soltura.

Lindsay sabía que estaba viviendo un cuento de hadas, donde ella era la princesa y Luke el príncipe. Bailarían sin cesar toda la noche, siguiendo el paso con gracia y descubriendo otros aspectos de sí mismos en los que se compenetraran a la perfección. Ella estaría brillante y él divertido y entretenido por su animada conversación. Lo provocaría, lo cautivaría... Lindsay se tropezó y despertó de su sueño, esbozando una sonrisa de disculpa.

—Lo siento, no estaba prestando atención.

—No hace falta prestar atención para bailar —le dijo, arrimándose más a ella.

Sus fuertes piernas le rozaron los muslos y se apoyó contra su pecho, duro como una roca. Podría cerrar los ojos y dejarse llevar.

—¿Lindsay? —le murmuró al oído.

—¿Sí?

Tenía los ojos cerrados y apoyó la cabeza en el hombro de Luke.

—¿Te gustaría tener una aventura conmigo? —le preguntó.

Ella se tropezó y dejó de bailar. Abrió los ojos enseguida y lo miró sorprendida.

—¿Cómo?

¿Lo habría oído bien? ¿Acababa de pedirle que tuvieran un affaire? Le dio un vuelco el corazón. ¿Se habría dado cuenta de lo que sentía por él? ¿De lo que la atraía? ¿Qué pensaría Luke? La abrazó y continuó bailando.

—Veo que te he sorprendido.

—¿Sorprendido? Más bien me has dado un susto de muerte. No me lo puedo creer.

—¿Por qué no? Sabes que me atraes y yo creo que tú también sientes algo. ¿Qué puede haber más natural que actuar sobre la base

de esa atracción mutua?

Ella tragó saliva.

—Nunca he tenido una aventura con nadie —dijo mirándolo de frente.

Él sonrió y le acarició la espalda con suavidad.

—Me lo imaginaba. Estoy seguro de que tu marido ha sido el único hombre con el que te has acostado.

Ella asintió con la cabeza, preguntándose si notaría los acelerados latidos de su corazón. Por una parte deseaba echarle los brazos al cuello y jurarle amor eterno.

Pero una voz en su interior le decía que tenía que deliberar todo aquel asunto.

—¿Tienes idea de lo que me cuesta meterme en la cama e ignorarte?

Daban vueltas y vueltas sobre la pista, moviéndose al compás de la música, pero Lindsay ni lo notaba; estaba demasiado perpleja con la conversación que mantenían.

¿Cómo podía Luke discutir eso con tanta calma y bailar al mismo tiempo? No sabía cómo había logrado no pisarle aún.

—Pues no —dijo, bajando los ojos hasta la altura de su boca.

Al recordar los besos que le había dado pensó que no era el lugar más adecuado adonde mirar. Deseaba besar aquellos labios y volver a sentir la delicia que le habían proporcionado sus besos.

—Entonces, piénsatelo. Eres una mujer preciosa, sensual, cariñosa. ¿Quién no querría acostarse contigo?

—¿Es eso todo?

Por alguna extraña razón, se sintió algo decepcionada. ¿Es que no era más que un cuerpo para él?

—¿Quiero decir, a eso te refieres con tener una aventura? ¿Sólo a acostarnos juntos?

—No. Me refiero a pasar tiempo juntos, a compartir muchas cosas.

Se aclaró la garganta, rezando para que su respiración volviera a ser regular. Una aventura. ¡Qué emoción y qué miedo! No era de las que volvía locos a los hombres, sin embargo, allí estaba aquel hombre tan guapo y viril pidiéndole relaciones.

Lindsay quería aceptar, pero vaciló. Sabía que estaba ya enamorada de Luke. ¿Que pasaría cuando el matrimonio y su

aventura terminaran? Le dolería muchísimo. A no ser que se mantuviera alerta y no se dejara llevar por su sueño de tener una relación feliz para toda la vida.

¿Qué sería mejor, amar y llevarse esos recuerdos consigo cuando se marchara o bien rechazar aquella oportunidad?

—¿Lindsay?

Fijó su mirada en aquellos ojos que la hipnotizaban. Respiró profundamente y asintió con la cabeza, porque no pensaba que fuera a salirle la voz. Si su tía levantara la cabeza y viera lo que su sobrina estaba haciendo...

Él la estrechó entre sus brazos muy sonriente y la promesa de una ardiente pasión se reflejó en su rostro.

—Podríamos marcharnos ahora —dijo Luke—. Podemos mandarle el coche a mi madre más tarde.

—Oh, no —dijo valientemente—. ¡Me he comprado este vestido para esta fiesta y quiero sacarle provecho! ¡No he visto a nadie, no me has presentado a nadie y pienso bailar contigo toda la noche!

—Cambio las reglas un poco y ya tenemos a un tirano—dijo con sequedad—. Muy bien, bailaremos hasta que termine la fiesta, pero luego, Cenicienta, volverás a casa conmigo y te vendrás a la cama conmigo.

Sus palabras la emocionaron y asustaron al tiempo. Lindsay esperó no estar a punto de cometer el mayor error de su vida, pero por una vez decidió arriesgarse.

Aprovecharía la oportunidad y después se preocuparía de las consecuencias.

A lo largo de la velada, Luke le presentó a gente conocida con la que se iban encontrando. La noticia de la boda de Luke había aparecido en los periódicos al día siguiente del enlace, pero ese era el primer acontecimiento social al que acudía acompañado de su esposa.

—¿Es esto lo que se suele hacer en estos sitios? —le preguntó Lindsay mientras descansaban un rato y se tomaban unos canapés.

—¿Qué quieres decir? Charlo con gente conocida, me presentan a gente nueva —se encogió de hombros.

—¿Asististe alguna vez a uno de estos eventos con tu prometida?

—Al poco de estar prometido me enteré de que no era más que una mentira.

—¿Cómo nuestro matrimonio?

—Lindsay, a veces me parece que crees que nuestro matrimonio no es legal.

—Claro que lo es, Luke, de eso te encargaste muy bien para desbaratarle los planes a tu abuelo. Es legal, pero no es real.

Con mucho cuidado le dio un mordisquito a un canapé de cangrejo; no quería mancharse su bonito vestido nuevo. No sabía si iba a tener oportunidad de volvérselo a poner, pero si surgía la ocasión no podría permitirse otro vestido de fiesta.

—A partir de esta noche lo será —dijo con pasión.

Ella lo miró con picardía.

—Bueno, espero que esto no vaya a cambiar demasiado las cosas. Hasta ahora has sido un marido perfecto.

El arqueó las cejas, reconociendo en su comentario burlón una repetición de lo que él le había dicho en una ocasión.

—¿Cómo puede ser eso? —dijo con mirada divertida.

—En los últimos cuatro meses no me has exigido que te ponga la cena a una hora fija.

No tengo que lavarte la ropa y nadie me pregunta adonde voy ni lo que hago.

—Eso podría cambiar —murmuró, sin dejar de mirarle a los ojos.

—¿Y por qué iba a hacerlo? Las personas que tienen una aventura no se comportan como las parejas casadas.

—Amantes es la palabra que estás intentando evitar.

Lindsay se puso como un tomate, pero antes de que pudiera pensar en algo que decir, fueron interrumpidos.

—¿Luke? ¡Eres tú! ¿Cómo estás?

Una mujer alta y bien formada se plantó delante de él y le sonrió. Tenía el pelo largo y color caoba, peinada muy a la moda. No dejaba de mirarlo con sus verdes ojos de gato. El verde de su vestido y de las gemas que la adornaban realzaba el color de sus ojos.

Él se puso derecho.

—Jeannette. No esperaba encontrarte aquí.

—Yo tampoco, cariño. Acabo de volver a Sidney hace dos semanas. Tenía pensado pasar a verte; tenemos mucho de qué hablar —dijo, apoyando la mano sobre la pechera del esmoquin.

—Dudo que tengamos algo de qué hablar —dijo Luke echándose a un lado y apartándole la mano.

—Luke, fui una estúpida cuando te encaraste conmigo aquella noche. Debí haberte dejado claro que era a ti a quien quería, no el dinero ni el prestigio de las Empresas Balcomb.

Le puso la mano en el brazo y a Lindsay le entraron ganas de apartársela de un tortazo.

¿Entonces esa era Jeannette Sullivan, la mujer que había conspirado con su madre y su abuelo para atrapar al soltero rico? No le extrañaba que Luke hubiera creído estar enamorado de ella; era preciosa. Tenía la piel blanca y lisa y la tez rosada y brillante.

¡Y qué cuerpo! El escotado vestido verde realzaba sus atributos. En un arrebato de cinismo, Lindsay sospechó que Jeannette se había comprado el vestido con eso en mente. ¿Qué diría la remilgada de Catherine si la viera?, pensó Lindsay con picardía.

—¿Y eso qué tiene que ver? —le preguntó Luke con educación.

Pero Lindsay notó la frialdad en su tono de voz.

—Luke —dijo Jeannette, haciendo un lindo mohín—. Tú y yo significábamos mucho el uno para el otro. Estábamos enamorados. Fui una imbécil al dejar que otras cosas se interpusieran en nuestra relación. Lo reconozco y te pido disculpas. Al menos podríamos comentarlo.

—Me he casado con otra persona, quizá lo recuerdes —dijo en tono seco.

Jeannette frunció el ceño; luego esbozó una sonrisa superficial.

—¿Te refieres a la camarerita?

—¿Por qué todo el mundo se empeña en repetir lo de ese empleo en particular?

También estudiaba y trabajaba en una librería. Sin embargo, cada vez que alguien habla de mí sólo recuerdan que servía mesas —interrumpió Lindsay, harta de que la ignoraran.

Jeannette se quedó mirando a Lindsay y entrecerró los ojos, poniéndose de pronto seria.

—¿Eres la esposa de Luke?

—Sí. Soy Lindsay Winters —dijo, utilizando el apellido de Luke por primera vez.

—¡Jeannette! No sabía que habías vuelto a Sidney. Deberías haber venido a verme —dijo Catherine, que se detuvo junto a ellos

con un hombre mayor a su lado.

Besó a la joven y le sonrió.

—¿Cuándo has vuelto?

—Regresé hace un par de semanas. Te llamé, pero seguramente habrías salido —contestó Jeannette.

—Estoy en casa de Luke. Mi padre está muy enfermo y estoy allí echando una mano hasta que se recupere. Debes venir a vernos.

A Lindsay le entraron ganas de echarse a reír. ¿Catherine echando una mano? ¡Qué graciosa! Sin embargo, el resto de la situación estaba empezando a molestarla. No hacía falta que le recordaran que ella no era la novia elegida y lo que menos deseaba era que la preciosa Jeannette se metiera en casa de Luke. Miró a Luke, que observaba a Jeannette. ¿Estaría arrepintiéndose de haberse casado con una camarera? ¿Volvería con Jeannette de estar libre? A Lindsay se le cayó el alma a los pies.

—Hasta luego, Luke —dijo Jeannette, marchándose del brazo con Catherine. Lindsay pestañeó. No había oído bien lo último que se había dicho por estar distraída. ¿Por qué le había dicho hasta luego? ¿Habrían quedado en algo? ¿Pasaría por la casa a visitarlos? ¿Y compartiría Catherine con Jeannette su frustración por la esposa de Luke? Probablemente.

—Vaya momento que ha elegido para presentarse —soltó Lindsay, terminando el canapé de cangrejo.

—¿Qué quieres decir con eso?

Luke le quitó el plato vacío y lo dejó en la mesa. Le agarró del brazo y la llevó a la pista de baile.

—No quiero bailar —dijo Lindsay, deteniéndose bruscamente.

—¿Qué quieres hacer?

—Volver a casa, supongo. Echo de menos a Ellie.

—Está dormida. Duerme toda la noche de un tirón. ¿Cómo puedes echarla de menos?

—No sé, pero es así.

—No hace falta que te preocupes por Jeannette —dijo con astucia.

—Es tu prometida, no la mía —le soltó Lindsay.

Luke sonrió, pero la miró con los ojos entrecerrados. Lindsay sabía que estaba comportándose como una niña, pero no podía evitarlo. Hacía dos horas habían hablado de mantener un affaire.

Pero la mujer a quien él había amado volvía a pedirle que se casara con ella.

—Me parece muy difícil estar prometido cuando ya estoy casado.

—Oh, Luke, déjalo ya. Nuestro matrimonio es falso desde el primer día. Te casaste conmigo enrabietado para darle en las narices a tu abuelo. Simplemente te vino bien hacerlo.

—Por si acaso te has olvidado, quiero que piensen que estoy felizmente casado y por eso es por lo que estás viviendo ahora en mi casa. Hace unas horas me dijiste que deseabas tener una relación conmigo, con lo que dentro de un rato compartiremos cama en el sentido más tradicional.

—Me imagino que Jonathan estaría encantado también de recibir a Jeannette. Está claro que le parece muy bien ya que la eligió para ti.

Luke se inclinó hasta que su rostro estaba muy cerca del suyo. Estaba furioso, echaba chispas.

—También piensa que Ellie es hija mía. ¿Cómo le va a sentar si se entera de que no es cierto? ¿Vamos a decirle que le hemos estado mintiendo todo el tiempo? Eso le encantaría, descubrir al final de su vida que su nieto es un mentiroso.

—Deberías haberlo tenido en cuenta antes de embarcarte en esta charada —contestó, deseando poder separarse de él aunque fueran unos centímetros.

—No, tú deberías habértelo pensado mejor antes de acceder, antes de dejarle pensar que Ellie era mía. Vamos a seguir. El pobre hombre no va a llegar a dos meses. El trato sigue en pie; todos los que hemos hecho. Si al final quieres marcharte, lo hablaremos más adelante. De momento eres mi esposa y seguirás siéndolo.

Hablaba en voz baja, con lo que nadie lo oyó excepto Lindsay, que escuchó sus palabras perfectamente.

—Todos los tratos, sobre todo el que hemos hecho hace unas horas.

—No creo que…

—No te puedes echar atrás, Lindsay —le agarró del mentón y la besó con fuerza—. No te puedes echar atrás —repitió.

Se puso derecho, la agarró y empezó a bailar.

Lindsay estaba tensa, confundida por aquel tumulto de

emociones. Estaba celosa de Jeannette Sullivan, de su belleza, de la seguridad que mostraba en sí misma, del entorno adinerado al que pertenecía, donde no había necesidad de trabajar de camarera. Incluso estaba celosa del cariño que Catherine le mostraba. Ella había sido la que Luke había elegido por esposa, sólo las circunstancias habían alterado el curso de los acontecimientos. ¿Qué había estado haciendo todos esos meses desde que rompieron el compromiso? Se veía que había estado fuera. ¿Le habría pedido a Lindsay que se mudara a su casa de haberse visto con Jeannette?

Lo malo era que en ese momento Luke le exigía que cumpliera todos los tratos que habían pactado, incluido el de tener un affaire con él. Lentamente, ese tentador pensamiento se le coló por dentro. Luke aún deseaba hacer el amor con ella. Serían amantes.

Esa sería su segunda noche de bodas y, desde luego, muy diferente a la primera.

Mientras se movían al compás de la música Lindsay temió estar enamorándose de su marido; lo malo era que él nunca le había dado a entender nada parecido. Hacía unos minutos le había dicho que podría dejarlo todo cuando Jonathan muriera, con lo cual no había posibilidad de engañarse a sí misma y pensar que aquello era para siempre.

—¿Lista para volver a casa? —le preguntó Luke, viendo que su madre se acercaba.

—No. No quiero volver todavía.

Tenía que pensar bien las cosas. ¿Podría seguir con lo que había accedido a hacer?

Para ella todo había cambiado desde que había visto a Jeannette Sullivan. Esa mujer aún quería conseguir a Luke. Pero había una pregunta que le daba vueltas a la cabeza: ¿qué quería Luke?

Luke se detuvo junto al borde de la pista y soltó a Lindsay, agarrándola de la mano como si no quisiera que se moviera de su lado.

—Estoy lista para marcharme —dijo Catherine al llegar adonde estaba su hijo.

—Te acompañaremos fuera para asegurarnos que Hedley está esperándote.

—Ha sido estupendo volver a ver a Jeannette. Va a venir a tomar el té mañana.

—¿Le has preguntado a Lindsay si le parece bien?

—Esta bien —dijo Lindsay rápidamente.

Comprendía que Luke siempre le estuviera recordando a su madre que ella era la señora de la casa, pero al hacerlo la ponía en medio y eso no le gustaba.

—Mañana sábado me ha parecido el día adecuado. Tú estarás en casa y así puedes enterarte de todo lo que nos tenga que contar Jeannette —dijo Catherine.

—No estaré en casa. Voy a salir con mi mujer y mi hija. Está bien que Jeannette vaya por la tarde, así te hará compañía. Te invitaríamos a venir con nosotros, pero sé que no te gusta la playa.

—Pero Jeannette espera verte mañana —dijo Catherine, un tanto abatida—. Luke, tienes que estar allí. Puedes llevar a Lindsay y a su bebé a la playa otro día.

—Podría, pero no quiero. Ya te he dicho varias veces que no dejaré que nadie me dé órdenes, madre. ¿Es que no te has enterado todavía?

Lindsay casi sintió compasión por Catherine, Esperaba que de mayor Ellie no albergara los mismo sentimientos hacia su madre que Luke hacia la suya.

Capítulo 8

—Vaya, no recuerdo que nos hayas invitado a mí y a Ellie a ir a la playa —murmuró Lindsay junto a Luke mientras veía la limusina alejarse.

—Se me ha ocurrido de improviso —dijo Luke en tono seco.

—Haces cualquier cosa para desbaratarle los planes a tu madre.

Luke se echó a reír.

—Eres la única persona que conozco que utiliza la palabra «desbaratar».

Lindsay lo miró enfadada.

—No intentes cambiar de tema. Es así, ¿verdad? De repente se te ocurre la idea de pasar el día en la playa para que tu madre tenga que entretener a tu prometida ella sola.

La agarró del brazo, la obligó a volverse y se dirigió hacia el salón de baile.

—En primer lugar, Lindsay, mi relación con mi madre o con mi antigua prometida no es asunto tuyo. Si Catherine quiere que Jeannette la visite, es perfectamente capaz de entretenerla por sí sola. Segundo, si Jeannette cree que voy a caer rendido a sus pies sólo porque ella lo diga, se va a pegar un batacazo.

—Me imagino que si le propusiste matrimonio, la querrías.

—Ella no resultó ser la mujer que yo pensaba que era.

—Me parece que todo habría encajado perfectamente.

Se detuvo y, con delicadeza, tiró de ella para que se volviera a mirarlo. La expresión de Luke era impasible.

—¿Te gustaría que se casaran contigo por dinero?

Ella se encogió de hombros, luchando contra la desesperación que parecía a punto de vencerla.

—No difiere mucho a casarse por venganza.

—Yo no me casé contigo por venganza.

—No por venganza hacia mí, sino hacia tu madre y tu abuelo.

—No ha sido por venganza exactamente —dijo por fin.

—¿Entonces por qué?

La miró y le acarició el mentón; después le rozó los labios con la yema del pulgar.

—Lo he hecho para desbaratarles los planes —dijo—. Ven a la

playa mañana. El tiempo promete estar maravilloso. ¿Por qué no aprovecharnos de ello?

—Yo no he dicho que no me parezca buena idea, sólo que no me acuerdo de que me lo hayas comentado antes.

Deseó que hubiera querido llevarlas a la playa por ellas mismas, no por darle en las narices a su madre y a Jeannette. Pero tendría que aguantarse.

—Un empresario tiene que pensar con rapidez. No tengo intención de pasar la tarde con Jeannette Sullivan y mi madre.

—La verdad es que entiendo que no quieras pasar tiempo con tu madre —dijo Lindsay, mientras entraban en el salón de baile—. ¿Siempre ha sido tan formal, tan distante? —le preguntó con tacto.

Luke la condujo a un rincón más tranquilo y acercó una silla para que se sentara.

—A Catherine le molestó mucho quedarse embarazada de mí y tenerme —dijo, al tiempo que se sentaba en una silla junto a ella.

Un camarero se acercó apresuradamente y les tomó nota.

—Oh, Luke, no puede ser; tú madre te quiere, lo sé —protestó Lindsay cuando se marchó el camarero. Ciertamente, Catherine no era demasiado expresiva. ¿Pero qué madre no querría a su hijo?

El se encogió de hombros.

—Quizá a su manera, pero yo le he molestado desde que nací. Se enamoró apasionadamente de mi padre, pero él no pertenecía a ninguna familia importante de Sidney. No era más que un advenedizo y mi abuelo estaba seguro de que se casó con mi madre por el dinero y la posición de la familia. Cuando mi madre se quedó embarazada de mí, Jonathan echó a mi padre.

—¿Lo echó?

—O lo compró, lo que fuera. Se marchó de Australia y jamás volvió. Mi madre pudo elegir entre marcharse con él o volver a casa. Escogió el estilo de vida que amaba, no al hombre al que decía amar. Pero se tuvo que quedar conmigo.

Lindsay le agarró de la mano y se la apretó.

—Lo siento.

—Han pasado ya más de treinta años —dijo Luke con tono seco.

—Es algo muy triste para los dos —dijo Lindsay con delicadeza.

—¿Y qué te hace pensar eso?

—Tú te criaste sin padre y ella perdió al hombre que amaba. Y

todo por dinero.

—Hay mucha gente a la que le importa mucho el dinero.

—Lo sé, pero el dinero no compra la felicidad. Eso sale de dentro, de conformarse con lo que uno tiene. Tu madre le encuentra faltas a todo, y eso es un reflejo de su propia infelicidad.

—Pues se gasta el dinero de Jonathan a espuertas para compensarlo.

Lindsay se echó a temblar.

—No me gustaría que el dinero se convirtiera en algo más importante que las personas. Dios mío, ni siquiera puedo imaginar que Ellie pudiera molestarme algún día.

—Eso es lo que te diferencia de los demás, Lindsay.

—Creo que no tienes amigos adecuados. La mayoría de la gente que yo conozco son parecidos a mí. ¿Intentaste alguna vez encontrar a tu padre cuando te hiciste mayor?

—No. Tenía a Jonathan. No sabría ni por dónde empezar a buscarlo. Podría estar en Inglaterra, Nueva Zelanda o los Estados Unidos. Incluso podría estar muerto, no lo sé.

—Lo dudo. Si tenía más o menos la edad de tu madre, tendrá ahora unos cincuenta años. ¿Se enteró siquiera de que tú estabas de camino?

Luke la miró sorprendido.

—Nunca lo he preguntado. No lo sé.

Ella se quedó muda de asombro.

—¿Qué sería peor, que supiera de ti y te ignorara o que no supiera ni de tu existencia?

—Vaya...—Luke le agarró de la mano y empezó a acariciarle el dorso con el pulgar—. Puede ser que uno de estos días se lo pregunte a mi madre. Ella no suele hablar mucho de él.

El camarero le llevó a Lindsay un vino blanco y a Luke un whisky. La suave melodía resultaba tranquilizadora y Lindsay empezó a relajarse.

—Tienes la piel tan suave —dijo, mientras le trazaba garabatos con el pulgar en el dorso de la mano.

—¿Estás intentando cambiar de tema? —le preguntó, apenas sin aliento.

—Ya hemos hablado del tema de mis padres. Sólo intento que nos olvidemos un poco de la tensión de la velada. ¡Además, todavía

te deseo esta noche!

—¿Ah, sí? —preguntó, con un hilo de voz.

—Creí que te lo había dejado claro antes. Hemos llegado a un acuerdo.

—Eso fue antes de aparecer Jeannette Sullivan.

—Ella no tiene nada que ver con nosotros; el acuerdo sigue en pie.

—Yo también te deseo —dijo Lindsay con audacia.

—Los mejores romances comienzan así —murmuró, llevándose las muñecas a la altura de los labios para besarlas.

Cuando llegó Hedley a buscarlos Lindsay estaba cansada, pero relajada. Se sentó en el asiento de atrás de la limusina; había sido un día muy largo.

—¿Cansada? —le preguntó Luke, sentándose a su lado.

—Un poco.

Lindsay aguantó la respiración. ¿La besaría en el coche o esperaría a que llegaran a casa? ¿Le tomaría de la mano? La había agarrado varias veces durante la velada. Sus atenciones la emocionaron, aunque no sabía si estaba verdaderamente interesado en ella o sólo lo hacía para hacer el paripé delante de la gente que lo conocía. Luke Winters era muy conocido en el panorama financiero de Sidney y mucha gente había sentido curiosidad por conocer a su esposa.

Pero ya estaban solos y ella se empezó a poner muy nerviosa.

—¿Luke?

—Calla. Casi hemos llegado a casa, Lindsay.

—Pero…

Luke le agarró de la mano con fuerza y se acurrucó contra ella en la acogedora limusina.

—Calla. Sé que te lo estás pensando. Olvídalo, yo me ocuparé de ti.

Deseó que hubiera dicho alguna palabra romántica, pero no fue así. Lindsay se volvió sintiéndose algo abatida y miró por la ventana, aunque no veía nada aparte de su agitación mental. Se estaba enamorando de Luke Winters. ¿Habría algo más estúpido?

Se volvió hacia Luke. La luz de los automóviles que pasaban le iluminaba el rostro de tanto en tanto, permitiéndole contemplar sus queridas facciones: el mentón fuerte, los pómulos altos, el gesto al

sonreír. Lo cual no hacía muy a menudo. Era un hombre duro, pero ella no lo temía.

Se sentía más viva que nunca mientras subía las escaleras y entraba derecha en la habitación con Luke pisándole los talones.

Cerró la puerta y se apoyo contra ella, cruzándose de brazos.

—¿Estás bien?

—Un poco asustada —dijo sin mentir, volviéndose para mirarlo de frente; tiró el bolso en una silla que había allí cerca y se acercó un poco—. Nunca he tenido una aventura.

Él esbozó lentamente una sonrisa, con la mirada cargada de deseo. Extendió los brazos y tiró de ella hasta que Lindsay apoyó la cabeza sobre su hombro. En ese momento sintió como una descarga eléctrica y un extraño cosquilleo en la piel.

Apenas podía respirar y desde luego no era capaz de pensar en nada que no fuera Luke.

Cuando él le acarició los cabellos, Lindsay se estremeció.

—¿Tienes frío? —le preguntó.

Pero Lindsay estaba ardiendo.

—Que empiece la fiesta —le susurró Luke, echándole la cabeza hacia atrás para besarla.

Cuando Lindsay se despertó a la mañana siguiente el sol entraba ya por la ventana.

Se estiró, sintiéndose feliz y querida. Lentamente los recuerdos de la noche anterior se definieron en su mente y Lindsay sonrió, volviendo la cabeza despacio. Luke estaba a su lado boca abajo, con la cara mirando hacia ella, todavía dormido.

Se tomó unos instantes para estudiar al hombre que con tanto apasionamiento la había amado la noche anterior y entonces sintió que el pulso se le aceleraba.

Parecía más joven así dormido, sus facciones menos duras, pero, aún así, muy masculino. Y era suyo, al menos durante un tiempo.

Tragó saliva al recordar la delicadeza y ternura con las que la había tratado la noche pasada, provocando en ella una respuesta que jamás pensó que pudiera dar. ¡Había sido glorioso! Y no parecía haberle importado su inexperiencia. Le enseñó cosas que no sabía y juntos alcanzaron cimas que ella jamás habría soñado.

Licenciosamente, se preguntó cuándo volvería a hacerle lo mismo.

De repente Lindsay pensó en lo tarde que debería de ser. ¿Se habría olvidado de conectar el transmisor del bebé? Se volvió y vio que estaba encendido, pero le extrañó que Ellie durmiera hasta tan tarde.

—¿Ocurre algo? —le preguntó Luke con aquella voz tan profunda.

Lo miró y se puso colorada; ojalá él pensara que estaba así de dormir.

—No he oído a Ellie llorar. Ya es muy tarde, debería de estar despierta a estas horas.

—Si se despertara, podría ir Marabel.

—Sí, pero no creo que pueda darle de comer.

—Quizás algo de zumo. ¿No dijiste que habías empezado a darle zumo de manzana?

Lindsay asintió con la cabeza lentamente, cautivada por el hombre que tenía al lado.

Luke le sonrió y ella se dispuso a acariciarlo, incapaz de resistirlo. Él le agarró la mano y le besó la palma; sin soltarla le llevó la mano hasta su pecho y la mantuvo ahí junto a él.

—Buenos días.

—Buenos días —dijo ella sin aliento, buscando su mirada.

¿Habría sido la noche pasada tan especial para Luke como para ella? Esa había sido su verdadera noche de bodas.

Luke la atrajo hacia sí, salvando la distancia que los separaba. La noche anterior se habían desnudado y luego no se habían puesto pijamas. Lindsay sintió el cuerpo desnudo de Luke pegado al suyo y la llama de la pasión se inflamó.

—Es un buen día que está a punto de mejorar —dijo Luke mientras empezaba a besarla.

—No puedo salir —dijo Lindsay un rato después.

Se había dado una ducha, vestido y en ese momento se paseaba por la habitación mientras Luke se ponía unos vaqueros y una camiseta oscura. Se sentó en el borde de la cama y de repente dio un salto y se fue a sentar a una silla, mirando a la cama con rabia.

—¿Por qué no? —le preguntó Luke con alegría.

Lindsay notó que había cambiado de humor, que estaba contento, feliz. Bueno, quizá no tanto, pero verlo así era un cambio.

—En cuanto nos vean los demás sabrán lo que hemos estado

haciendo.

—Odio tener que decirte esto, cariño, pero no tendrán ni que mirarnos. Es casi mediodía; ya saben perfectamente lo que hemos estado haciendo. Venga; tengo hambre. Comeremos algo y nos iremos a la playa.

—No podemos irnos ahora. Tengo que darle de comer a Ellie y luego querrá echarse la siesta —protestó.

A lo mejor si se peleaban podría quedarse el resto del día en su habitación. ¿Y el resto de su vida?

—Puede dormir en la playa.

—Es importante que los niños se acostumbren a una rutina —dijo, utilizándolo como excusa—. Iremos otro día.

—Es importante que salgamos de aquí antes de que llegue Jeannette. Muévete, Lindsay.

El hombre alegre de segundos atrás había desaparecido.

Lindsay suspiró débilmente y se levantó. Quizá la idea de pelearse no era tan buena.

Le había puesto de mal humor y deseó poder retirar lo que había dicho.

Se encontraron a Ellie en la cocina con Rachel hablándole mientras preparaba una ensalada para la comida.

—Debe de estar muerta de hambre —dijo Lindsay, corriendo hacia Ellie—. Hola, bebita linda.

La abrazó, aspirando el limpio y suave aroma de la piel del bebé.

—Es una niña muy buena. Le dimos un poco de zumo y volvió a dormirse. Hasta hace unos minutos se ha portado como un angelito, pero de repente se ha empezado a poner pesada —Marabel se levantó de la silla donde estaba sentada; Rachel se volvió y sonrió a Ellie—. Es una muñeca, pero creo que ya quiere irse con su mamá.

—Tu madre ha subido a comer con tu abuelo; supongo que estarán a punto de terminar. ¿Quieres unirte a ellos? —le preguntó Marabel a Luke.

—No. Comeremos aquí en cuanto Lindsay termine de darle el pecho a Ellie. Después nos vamos a la playa.

Lindsay se llevó a Ellie a la tranquilidad del dormitorio de la pequeña.

Poco tiempo después volvió y encontró a Luke sentado a la mesa de la cocina con un plato delante de él. Lindsay colocó al bebé en el

canastillo y se sentó junto a Luke, donde le habían puesto un plato y cubiertos.

Lindsay comió en silencio, concentrada en la ensalada y panecillos que Rachel había colocado delante de los platos. Se sentía demasiado cortada como para levantar la vista, pero enseguida se relajó al oír a Rachel trajinando en la cocina.

—Termina de comer, la playa nos espera —anunció Luke, pasado un rato.

—Hace un día estupendo para ir a la playa —murmuró Rachel, que de vez en cuando se volvía y sonreía a Ellie, encantada de tenerla allí.

—Espero que no nos llevemos la limusina —dijo Lindsay, al tiempo que retiraba su plato.

—No, nos llevaremos mi coche. Es más apropiado para una excursión en familia, ¿no crees?

¿Una excursión en familia? Lindsay asintió al tiempo que el viejo sueño tomaba forma en su imaginación. Siempre había deseado formar una familia con Will, pero él se había marchado para siempre y Lindsay estaba casada con un hombre que la confundía constantemente.

—Prepara a Ellie, yo iré a pedirle a Hedley que me traiga el coche a la puerta —le dijo Luke cuando terminó de comer.

Lindsay sacó a Ellie de su cesto y se la llevó escaleras arriba, agradeciendo poder pasar un rato a solas. Le pondría un traje de playa de bebé y se llevaría una manta fina para que el sol no le quemara la piel.

Cuatro horas después Lindsay se recostaba en el asiento del BMW de Luke con los ojos cerrados. Estaba exhausta. El sol y el aire del mar eran suficiente para cansar a cualquiera, pero si además le añadía lo poco que había dormido la noche anterior la combinación era letal. Esa tarde había tenido que estar en guardia con Luke. Se había pasado todo el tiempo desafiándola y provocándola. Tenía calor, estaba cansada y un poco quemada por el sol, pero jamás se había divertido tanto en su vida.

—¿Cansada? —le preguntó Luke mientras se sentaba al volante y ponía el coche en marcha.

—¿Tú no lo estás? —le respondió con una pregunta, sin abrir los ojos.

—Creo que Ellie te ha dejado agotada —murmuró mientras sacaba el coche del aparcamiento, en dirección a Sidney.

—No la culpo. Había tanto que ver que no ha dormido tanto como yo pensaba.

—La próxima vez traeremos a alguien para que cuide de ella— dijo Luke.

Lindsay deseaba abrir los ojos, pero estaba demasiado cansada.

—Si hay una próxima vez —murmuró, medio adormilada.

—La habrá. Pero cuando volvamos a hacerlo me gustaría que mi mujer me hiciera un poco más de caso.

Lindsay abrió los ojos. ¿Tendría Luke celos del bebé?

—¿Te has sentido ignorado?

—No, pero si hubiera querido ir a nadar solo no te habría traído conmigo.

—He tenido que quedarme con la niña.

—Lo sé y no me quejo. Sabes que esto es algo nuevo para mí y no lo he pensado detenidamente. Uno de nosotros tenía que quedarse con ella, por eso no hemos podido salir a nadar juntos.

Luke sonrió y le agarró de la mano.

—Hoy me lo he pasado fenomenal —añadió, entrelazando los dedos con los de Lindsay y agarrando el volante sin soltarle la mano.

—Yo también.

Lindsay se sintió feliz. Se lo había pasado maravillosamente. Y el quedarse junto a Ellie también había tenido sus ventajas. Cuando Luke se fue a nadar, Lindsay aprovechó para admirar su cuerpo sin que él se diera cuenta. Lindsay se deleitó observándolo, desde los hombros anchos hasta las largas y musculosas piernas. Los recuerdos de aquellos veranos le volvieron a la mente. Recordaba al muchacho larguirucho del que había estado tan enamorada, también cómo solía seguirlo a él y a sus amigos, el coqueteo y las provocaciones. Incluso en aquel entonces había pensado que era especial, pero no podía compararlo con los sentimientos que estaba experimentando en esos momentos.

Lindsay se durmió por el camino. Al llegar a la casa Luke la despertó y fue a sacar a Ellie, que también iba dormida.

—Tú lleva su bolsa y yo llevaré a la niña.

Lindsay se echó la bolsa al hombro y empezó a subir las

escaleras a la entrada de la casa. Tenía el pelo seco y le picaba la piel de la sal. Tenía calor y estaba cansada y lo que más le apetecía era ducharse y cambiarse de ropa.

Luke abrió la puerta y se hizo a un lado para dejar a Lindsay pasar primero. Al hacerlo se quedó de piedra. Catherine y Jeannette salían del salón, ambas elegantemente vestidas. Por el contrario, Lindsay se sentía sudorosa y desarreglada.

Deseaba poder dar media vuelta y echar a correr, pero Luke estaba justo detrás con Ellie, profundamente dormida apoyada en su hombro.

Catherine puso cara de asco, pero al ver a Luke disimuló.

—Ya estás aquí Luke. Jeannette estaba a punto de marcharse; me alegro que hayas venido antes de que se fuera.

—Hola, Jeannette —dijo con frialdad.

—¿Un bebé? Vaya, cariño, no es que pegue mucho con la imagen que tengo de ti.

—Dame a Ellie, la llevaré arriba.

Sin decir más Lindsay se volvió y empezó a subir las escaleras.

—Quédate un poco más, Jeannette —le instó Catherine—. ¿Luke, te apetece tomar algo con nosotras?

Lindsay se detuvo al llegar arriba y se volvió lo suficiente para ver a Luke asintiendo con la cabeza.

—¿Claro, por qué no? —dijo.

—¿Claro, por qué no? —Lindsay lo remedó en voz baja mientras llevaba a su hija a la cuna—. Me apetece mucho más estar contigo Jeannette, tan guapa y tan limpia, que con mi esposa, despeinada y hecha un cangrejo.

Lindsay entró en la habitación de Ellie con rabia, apretando los dientes. ¡Maldición!

Habían pasado una tarde tan estupenda... ¿Por qué no se había marchado Jeannette antes de que volvieran?

Luke podría haber dicho que no, le decía una voz en su interior.

Acostó al bebé, fue a buscar una toalla limpia, la humedeció y le limpió la cara a la niña con cuidado. Con lo cansada que estaba a lo mejor no se despertaba hasta después de unas horas.

Lindsay guardó la ropa del bebé y fue hacia el cuarto de baño, con el transmisor en la mano. Se ducharía y vestiría para cenar e intentaría ignorar el hecho de que Luke había preferido quedarse

con Jeannette que subir con ella a la habitación.

Duchada y vestida, Lindsay se paseaba por la habitación. Luke aún no había subido.

¿Cuánto se tardaba en tomar una copa? Aunque no le importaba en realidad lo que hiciera; no tenía ningún poder sobre él. Suspiró y se dio cuenta de que ese era el problema. Se estaba enamorando de un hombre que no sentía lo mismo hacia ella.

Una aventura era lo máximo que le había propuesto, nada de compartir sus vidas ni de formar una familia. Y no podía quejarse de nada; se había metido en ese tinglado con los ojos bien abiertos.

Alguien llamó suavemente a la puerta.

—¿Sí? —Lindsay la abrió y vio a Marabel.

—El señor Balcomb dice que le gustaría que fuera a hacerle compañía un rato —dijo Marabel.

Y encima eso. No le apetecía pasar más tiempo del estrictamente necesario con el abuelo de Luke. Sentía un cierto resentimiento hacia aquel hombre y hacia todo lo que representaba. Pero como estaba enfermo, se compadeció de él.

—¿Cuanto falta para cenar? —preguntó Lindsay, cambiando de tema.

—Más o menos una hora. La madre de Luke nos ha pedido que retrasemos un poco la cena. Esa tal señorita Sullivan sigue aquí; si no se va pronto tendrán que invitarla a cenar o bien aplazar la cena para más tarde —dijo Marabel con severidad.

Lindsay asintió. A lo mejor ese era el plan de Jeannette.

—Espera que vaya a por el transmisor del bebé y voy para allá.

—Aquí estás. Pasa, pasa —dijo Jonathan desde la cama al ver a Lindsay pararse a la puerta.

La enfermera Spencer le sonrió y le hizo señas para que entrara.

—Voy a darme una vuelta por el jardín. Si me necesitan que venga a buscarme Marabel —dijo con amabilidad.

—Siéntate, chica. No puedo estirar tanto el cuello. Siéntate —le ordenó Jonathan.

Lindsay acercó una silla a la cama y se sentó. Observó al anciano con recelo, dándose cuenta de lo frágil que parecía.

—Has estado al sol hoy, se te nota a la legua —dijo.

Por un momento le recordó a Jack, el cocinero del café, y el resentimiento pareció ceder un poco más. Con el tiempo, a lo mejor

terminaba hasta encariñándose con él.

Asintió con la cabeza y contestó:

—Fuimos a Playa Manley.

Arrugó la nariz con timidez. Tenía la piel tirante y roja; debería de haberse puesto más protector solar. Bueno, al menos a Ellie sí que le había puesto bastante.

—¿Fuisteis a navegar? —le preguntó.

—No. Sólo estuvimos jugando en la orilla.

—Ah.

—¿Le gustaba a usted navegar? —le preguntó alegremente.

Quizá hubiera sido un aficionado a los barcos de joven. Ella nunca lo había hecho, pero se lo imaginaba muy divertido.

—No, a mí no me iban esas cosas —gruñó.

—Vaya.

La miró de nuevo con aquellos ojos tan llenos de vitalidad que contrastaban con la debilidad de su cuerpo.

—¿Luke te ha contado algo de su padre?

—Un poco —admitió.

—El chico quería navegar cuando era joven. ¡Pero yo puse fin a esa tontería!

Lindsay echó la cabeza hacia atrás y lo miró con interés.

—¿Por qué?

—Por su padre. ¿Por qué crees?

—No lo sé. Todo lo que me ha contado Luke es que su padre se marchó antes de nacer él.

—Yo le soborné, eso fue lo que hice. Se casó con Catherine por dinero, pero yo le demostré que no iba a ver un céntimo si no aceptaba mi oferta. Lo agarró y se marchó.

—Qué pena —murmuró Lindsay.

—¿En? ¿Qué has dicho?

—He dicho qué pena —repitió vocalizando—. Luke ha echado de menos tener un padre.

El anciano desvió la mirada.

—¿Luke te ha dicho eso?

—No ha hecho falta, se le nota. No tuvo padre, una madre que no lo deseaba y un abuelo que pensaba que podía darle órdenes como si fuera un lacayo. A mí me parece que eso es tener una infancia bastante dura.

—Bueno, pues nadie te ha preguntado, señorita, con lo que guárdate tus opiniones. A lo mejor debería ofrecerte algo para que te marcharas y veríamos lo que tardabas en aceptarlo —volvió a mirarla intimidándola.

Lindsay sonrió tristemente y se acomodó en la silla. A ver hasta dónde iba a llegar.

Después le diría que ni todo el dinero de la nación sería suficiente. ¡Quizá pensara que el dinero lo compraba todo, pero pronto averiguaría que a ella no se la compraba con dinero!

—Haga su oferta. Ya lo avisaré cuando, se vaya acercando.

—¿Acercando a qué? —dijo Luke desde la puerta.

Capítulo 9

Lindsay se volvió, horrorizada. No le importaba tomarle el pelo a Jonathan, pero desde luego no estaba dispuesta a que Luke creyera que su abuelo podía sobornarla como había hecho con Jeannette, o con su padre.

—Nada —dijo prontamente—. ¿No será mejor que te cambies para cenar?

Jonathan los miró con astucia.

—Hay tiempo —Luke miró a su abuelo.

—Será mejor que sepas que le acabo de ofrecer dinero para que se vaya —gruñó el viejo.

Luke se volvió a mirar a Lindsay, entrecerrando los ojos mientras evaluaba la situación.

—Y ella acaba de decirme que le haga una buena oferta.

—No es cierto.

Lindsay se volvió y miró al hombre con rabia. Quena saber hasta dónde iba a llegar, pero jamás había tenido la intención de aceptar su dinero. El no sabía que Luke y ella ya habían planeado poner fin a aquel matrimonio de pega. Jonathan había pensado que podría comprarla como hizo en su día con el padre de Luke.

—Jeannette sería una esposa más conveniente para ti que esta camarera —dijo Jonathan mofándose y con la mirada alerta.

—Servir mesas no tiene nada de malo. Tuve que ganarme la vida por culpa suya.

Lindsay se levantó y dio un paso hacia la cama. Luke se movió con tanta rapidez que ella ni siquiera se dio cuenta; le echó el brazo alrededor del estómago y tiró de ella hacia atrás.

—Ya es suficiente, Lindsay —dijo con dureza—. ¿Le pediste que te hiciera una oferta?

Lindsay miró a Jonathan, echando chispas.

—Desde luego que sí, pero sólo para ver hasta donde iba a llegar. ¿Es que no te importa que tu abuelo haya intentado estropear tu matrimonio como hizo con el de tus padres?

—¿Qué significa eso? Yo no le arruiné el matrimonio a mi hija, fue ella —dijo Jonathan casi sin aliento, intentando incorporarse.

—¡Lo hizo! Si hubiera ayudado a la pareja, en vez de obligarla a

elegir entre el dinero y su esposo, quizá hubieran podido ser felices. Y Luke habría tenido un padre. Usted le privó de ese derecho. ¡Es tan ambicioso con el dinero que no le importan las vidas que pueda echar a perder!

—Lindsay, ya basta.

—Yo no he arruinado ninguna vida. Catherine eligió un hombre estúpido como marido. Me di cuenta de qué pie cojeaba y le ofrecí dinero a cambio de marcharse. El lo aceptó. Me he arrepentido de hacerlo cada día de mi vida, porque hubiera preferido que me escupiera a la cara y me dijera lo mucho que amaba a mi hija. Pero por el contrario aceptó mi dinero y nunca más volvimos a saber de él. Pero a la larga ha sido lo mejor para Catherine. Lo mejor para Luke sería también que tú te largaras.

—¿Por qué no deja que sea Luke el que decida eso? —dijo escupiendo las palabras y llena de ira.

No podía olvidarse de Will. El enfermo que tenía delante había sido el responsable de su muerte. Y de nuevo quería meterse en la vida de su nieto.

—¿Qué va a decidir, después de haberlo engañado con el bebé para que se casara?

—Entonces me iré con la niña.

—No, la niña se quedará —gritó Jonathan.

—¡Ja! ¡Tú no sabes nada, viejo! Ellie no es...

—¡Lindsay, cállate!

Luke la alzó en vilo y la sacó fuera de la habitación. La dejó de pie en el pasillo y ella estuvo a punto de tropezarse, pero se apoyó en la pared.

Él la agarró de ambos brazos y la zarandeó. Bajó la cabeza y acercó la cara a la de Lindsay.

—Maldita sea, se supone que estás aquí para demostrarle lo felices que somos para que pueda morir en paz. ¡Pero se te ha ocurrido liar tanto las cosas que quizá no podamos volver a arreglarlas!

—No puedo creer que lo estés defendiendo. Ha intentado sobornarme para que te dejara. ¡Y encima quiere quedarse con Ellie y privarla de su madre! ¿Y aun así lo defiendes?

—¡Es mi abuelo! Es el único pariente aparte de mi madre que me queda —dijo Luke.

—Y de no ser por él, ahora podrías tener media docena de hermanos, otros abuelos y estar casado con la mujer que te gustara —se soltó de él y salió corriendo por el pasillo—. Si quiere que me vaya, eso es fácil.

—Lindsay, maldita sea, eso no es...

Lo interrumpió el portazo que dio Lindsay al cerrar la habitación de la niña.

Lindsay se apoyó contra la puerta y miró a Ellie sintiéndose culpable por el portazo que acababa de dar; afortunadamente, Ellie no se despertó.

La invadió un tremendo nerviosismo al recordar cada palabra que Jonathan Balcomb había pronunciado. ¡Qué anciano más despreciable! No podía creer que hubiera intentado que se marchara. ¿Le molestaría que hubiera trabajado de camarera o simplemente era un intento más de manipular la vida de su nieto?

No entendía cómo Luke podía querer a un hombre así. No sabía cómo el viejo le había empezado a caer bien en un momento dado; era tan malo como siempre había pensado. Pero ella tenía las cartas en la mano; si se ponía odioso, agarraría a Ellie y se marcharía. Jonathan Balcomb no podría hacer nada.

Poco a poco se fue calmando. Se apartó de la puerta y fue a sentarse en la mecedora.

Se meció suavemente y empezó a pensar lo que debía hacer. Se negaba a quedarse en la casa. Si Luke quería jugar a las casitas quizá debiera pedirle a Jeannette que lo ayudara. Lo conveniente era hacer la maleta y pedirle a Hedley que la llevara a su apartamento. Cuando Ellie se despertara haría las maletas.

Luke abrió la puerta. Cruzó la habitación en silencio y se inclinó sobre ella, deteniendo el vaivén de la mecedora con ambos brazos.

—No te vas a ir —dijo en voz baja.

Ella alzó la cabeza. ¿Es que le había leído el pensamiento?

—¡En cuanto pueda hacer la maleta!

—No —dijo, sin levantar las manos de la mecedora—. Hicimos un trato, un par de ellos, en realidad. Yo he cumplido mi parte, tú cumplirás la tuya.

—Todos los tratos se cierran. ¿O debería entrar en el dormitorio de tu abuelo y aceptar lo que me ofrezca?

Se tranquilizó unos minutos, pero la rabia apareció de nuevo.

—El no va a ofrecerte nada y tú no te vas a marchar.

Ellie se movió un poco, pero no se despertó.

—Venga, si nos quedamos aquí la despertaremos —Luke se levantó y le tendió la mano.

Lindsay la ignoró.

—Tiene que despertarse para comer, si no quiero tener que subir durante la hora de la cena.

—Que coma cuando se despierte; es mejor dejarla dormir. Si se despierta mientras estamos cenando, Marabel la entretendrá.

Lindsay se dio cuenta de que Luke tenía razón. De mala gana le dio la mano y dejó que la ayudara a levantarse. Luke la agarró con firmeza y la sacó del dormitorio.

—No puedo creer que lo hayas defendido. ¿Qué hubiera pasado si yo hubiera aceptado su soborno? —le preguntó, mientras él la conducía hasta su dormitorio.

Al cerrar la puerta Luke la soltó.

—Ambos sabemos que no ibas a aceptar su dinero. Sólo le estabas tendiendo una trampa.

Luke se quitó la camiseta y la tiró al suelo. Al ir a quitarse los pantalones, Lindsay fue y se sentó; deseaba mirarlo, pero le daba demasiada vergüenza. Recordó de pronto el tacto de su piel la noche pasada, el movimiento de los firmes músculos. No sabía por qué el perfume natural de su cuerpo le hacía olvidar todo menos que era una mujer... Y que lo amaba. Cerró los ojos, gimiendo para sus adentros al confesarse a sí misma la verdad.

Luke la agarró de la barbilla para que alzara la cabeza.

—No volverá a ofrecerte nada, de eso ya me he asegurado —bajó la cabeza y la besó con suavidad—. No tardaré en la ducha. Espérame aquí, ¿quieres? —le pidió en tono sensual.

La cena transcurrió con tirantez. Lindsay comió en silencio e hizo lo posible para ignorar tanto a Luke como a Catherine. Por muchos meses que pasara allí, no lograría acostumbrarse a cenar en medio de ese ambiente. ¿Por qué tenía que soportar tanta tensión durante las comidas? Las cenas deberían ser una oportunidad para reunirse con los seres queridos y compartir los acontecimientos del día. Pero cada vez que llegaba la hora de la cena, le apetecía estar sola; en aquella casa no había ningún momento para compartir.

Catherine se pasó la mayor parte de la cena hablando de lo que

le había contado Jeannette. Lindsay la miró dos veces, ella seguía hablándole a Luke sin parar de su ex

—prometida. ¿Lo hacía adrede para que Lindsay se sintiera mal, o era tan insensible que no se daba cuenta de su actitud? Lindsay decidió que Catherine era demasiado lista para ser tan insensible y que por ello estaba diciéndolo adrede.

Justo antes de que Marabel les llevara el postre, el transmisor del bebé le hizo llegar un suave gemido.

—Perdonadme —Lindsay se levantó y fue hacia el vestíbulo.

Durante dos horas Lindsay se quedó con Ellie. Mientras la niña comía, Lindsay soñaba con el futuro, con lo que ella y su hija podrían hacer. Serían sólo ellas dos.

Lindsay ya había amado dos veces en su vida y no creía que fuera a existir una tercera. Pero tenía bonitos recuerdos de Will. ¿Cómo serían los del tiempo que pasara con Luke? ¿Agridulces?

Lindsay terminó de darle el pecho y en ese momento le dio unas palmaditas en la espalda para que eructara.

Cuando Ellie se quedó dormida de nuevo, Lindsay siguió meciéndola entre sus brazos. Le encantaban aquellos ratos tan tranquilos, cuando Ellie era toda suya.

Pronto echaría a andar, y luego se convertiría en una niña pequeña con ganas de explorar y conocer todo. Así dormida, era suave, amorosa y dulce.

Incluso después de caer la noche, Lindsay no se movió de la mecedora. Se balanceaba lentamente, pensando en todo lo que había pasado en esos últimos meses. Había cometido algunos errores. El primero había sido acceder a casarse con Luke, pero el peor haberse enamorado de él. Luke y ella eran muy diferentes y se habían criado en ambientes totalmente distintos. Aquellos lejanos veranos en la playa no compensaban esas diferencias. Jamás podrían tener una relación duradera.

—¿Lindsay? —dijo Luke en voz baja desde la puerta.

—¿Qué?—contestó ella del mismo modo.

Entró en la habitación y miró a la madre con la niña en brazos. Se fijó en que tenía una mirada extraña, pero Lindsay no supo descifrarla.

—¿Está dormida?

—Sí.

—Ponla en la cuna y vente a la cama —le ordenó suavemente.

Como si fuera una sonámbula, Lindsay se levantó y puso a Ellie en la cuna. Encendió el transmisor, se lo colocó en el cinturón y se volvió para seguir a Luke. Pronto, la oscuridad de su dormitorio los envolvió.

Luke cerró la puerta y la estrechó entre sus brazos. La besó con ardor, con premura y exigencia. Lindsay se olvidó del futuro y del pasado; ese era su presente y aprovecharía cada momento. Le echó los brazos al cuello y respondió. Sus labios se amoldaban a los suyos, su lengua jugueteaba con la de él; Lindsay pegó todo su cuerpo al de Luke.

Amantes temporalmente o esposos temporalmente, nada de eso importaba; sólo la pasión que Luke desataba en ella y que en ese momento la abrasaba.

Cuando sólo quedaban unos rescoldos, Lindsay se acurrucó contra el pecho de Luke.

La cabeza la apoyó sobre el hombro y la mano en el brazo. Se sentía maravillosamente. A lo mejor todo podría ir de maravilla si no salían del dormitorio.

Se puso colorada de pensar eso y cerró los ojos, quedándose dormida.

—Lindsay, quiero que me prometas que no te marcharás —dijo Luke, despertándola

—. Sé que estás furiosa con Jonathan, pero escapar no hará que cambien las cosas. Y

no tengo tiempo ni fuerzas para preocuparme de que vayas a marcharte. Venga, prométeme que te quedarás.

—¿No tienes miedo de que intente sacarle dinero a Jonathan y que «me monte en el dólar»?

—En absoluto. Te conozco bien y sé que si te interesara tanto el dinero me habrías intentado sacar más a mí. Sé que no eres una persona materialista.

Conmovida por la confianza que tenía en ella, Lindsay se lo prometió.

—Pase lo que pase —añadió él.

—Pase lo que pase —entonces vaciló, levantó una ceja y lo miró —. ¿Qué va a pasar?

—No lo sé, pero prefiero asegurarme.

Sin darse cuenta le acarició el brazo y avanzó hasta el pecho, donde empezó a juguetear con el vello que allí tenía. Estaba en forma. ¿Cómo podía mantenerse así trabajando en la oficina todo el día? De repente se acordó de algo que había dicho Jonathan.

—¿Luke?

—Sí.

—¿Estás dormido?

—Hecho polvo, pero aún no me he dormido. ¿Por qué?

—Quería preguntarte si te gustaría que fuéramos a navegar algún día.

Él se puso tenso.

—¿Por qué?

—Tú dijiste algo de eso hace un par de días en el jardín, y tu abuelo me ha dicho una cosa que ahora mismo acabo de recordar. ¿Tu padre era marinero?

—Diseñaba y construía barcos de vela.

—¿Has ido alguna vez en uno?

—Sólo una vez. Un socio de uno de mis negocios me invitó a su barco hace unos años. Fue una tarde divertida; me encantó.

—¡Me apuesto a que estuvo de muerte! Eso de cruzar las aguas, sin más ruido que el chapoteo de las olas golpeando el casco y el chasquido de las velas al viento.

—Lo fue. El sol caía a plomo y en una ocasión tuvimos que hacer unos virajes para llegar hasta donde él quería ir. El agua que levantaban las olas producía pequeños arco iris danzando al viento. Fue precioso y emocionante.

—Deberías comprarte un barco.

—¿Oh, tu crees?

—Sí. Deberías comprarte uno para llevarnos a mí y a Ellie a navegar; antes de que venga el otoño. Sería estupendo para hacer excursiones en familia y un pasatiempo muy entretenido para ti. El papel de pirata o bucanero te va que ni pintado.

Luke se echó a reír.

—Lo digo totalmente en serio —protestó Lindsay, encantada en el fondo por oírle reírse con tantas ganas.

Deseó que lo hiciera más a menudo.

—¿Un pirata?

—Bueno, un bucanero quizá. Tu petulancia natural exige que

seas un bucanero, no un pescador.

—¿Petulancia natural? —se dio la vuelta y se puso encima de ella, inmovilizándola sobre la cama—. Yo no soy engreído.

Le acarició el contorno de los labios con la punta de los dedos y le sonrió, deseando poder distinguir algo más que su silueta. Las estrellas sólo daban un poco de luz, pero no era suficiente.

—¿Arrogante quizá? —lo provocó—. ¿Mandón?

—¿Quién es la mandona? ¿No acabas de ordenarme que compre un barco?

—Sí, pero eso es para hacerte feliz.

Luke se quedó callado. Lindsay lo vio escudriñándole el rostro a la mortecina luz de las estrellas.

—Soy feliz con la vida que llevo —dijo convencido.

—¿Te gustan tanto los negocios? Me da la impresión que lo único que haces es ir a trabajar y visitar a tu abuelo.

—Últimamente mi vida no es tan rutinaria como solía ser. Cuando Jonathan muera las cosas cambiaran un poco.

—¿Quieres decir que pasarás más tiempo en la oficina?

—O más tiempo con mi familia.

Se quedó quieta. Claro, cuando Jonathan muriera Luke sería libre para formar una familia sin que el viejo se metiera por medio. ¿Pensaría en formarla con Jeannette?

¿Olvidaría el pasado y se casaría con la mujer a la que ya había pedido una vez en matrimonio?

—¿No tienes nada que decir?

—No —Lindsay volvió la cabeza, como sin fuerzas—. Estoy cansada, quiero dormir.

—Jeannette viene a cenar mañana —dijo Luke al darse la vuelta.

Lindsay se quedó helada. Deseó no haberle hecho la promesa de que se quedaría. La única forma de no sufrir era marchándose. ¿Sería capaz de ver al hombre que amaba con su prometida? A lo mejor podría hacerse la enferma y quedarse así en la habitación. Sospechó que con aquella invitada de honor, la cena no sería lo mismo para Catherine que con su odiosa hija política.

A la mañana siguiente Lindsay sacó a Ellie al jardín. Seguía haciendo un tiempo maravilloso y Lindsay quería aprovecharse de ello. Luke le prometió que volvería junto a ellas en cuanto arreglara un par de asuntillos en el despacho.

Extendió una manta sobre el césped, colocó al bebé a la sombra y se echó junto a ella.

Qué paz se respiraba allí. Había abundancia de flores: rosas de diferentes tonalidades, grandes arriates de margaritas, bonitos canteros de petunias moradas.

Los altos eucaliptos resguardaban la zona del viento, mientras que las higueras proporcionaban sombra.

Al oír que alguien se acercaba, Lindsay se animó. Luke le había dicho que no pasaría todo el día fuera y allí estaba para pasar un rato con ellas.

Al ver a Catherine se sintió decepcionada. La mujer vaciló un momento al llegar al borde del césped, luego fue hasta el banco que había junto a ellas y se sentó.

Lindsay miró a su suegra preguntándose por qué habría ido a verla.

—Se está muy bien aquí —dijo Catherine con frialdad mientras observaba a Lindsay acariciándole la mano a Ellie y las flores que había junto a la cabeza del bebé—. ¿Tú crees que la niña ve las flores?

—Me gusta proporcionarle estímulos de color.

—Me parece una pena desaprovechar así las flores. Creo que es demasiado pequeña para darse cuenta.

—No te gustan los niños —dijo Lindsay, sin quitar la vista de su hija.

—Me molestan —reconoció Catherine, qué también miraba a Ellie—. Pero la verdad es que nunca he tenido a muchos a mi alrededor. Si hubiera sido así, a lo mejor las cosas habrían sido distintas.

Lindsay la miró.

—Tú también tuviste un hijo.

Catherine la miró a los ojos.

—Y tuve también las mejores niñeras; el dinero de mi padre me las proporcionó.

Lindsay se preguntó si habría un rastro de arrepentimiento en su tono de voz. Pero lo cierto era que no lo creía.

Catherine sacó unas tijeras de podar del bolsillo y las miró.

—He venido a cortar unas flores para colocarlas en la mesa esta noche.

Hizo una pausa, observando a Ellie mientras alzaba las piernecitas en el aire.

—No recuerdo a Luke a esta edad, lo recuerdo cuando ya era un chiquillo, siempre persiguiendo algo. En aquella época vivíamos con mi padre, que tenía un patio enorme en la parte de atrás de la casa. Le colocamos un columpio y después un fuerte para que jugara —Catherine se volvió a mirar a Lindsay—. Pienses lo que pienses, Lindsay, quiero a mi hijo.

—No lo demuestras muy bien —contestó Lindsay.

Catherine se encogió de hombros.

—Supongo que no soy de las que demuestra mucho sus sentimientos.

—No me refiero sólo a darle un abrazo de vez en cuando, aunque seguramente a él le haría mucho bien a pesar de ser ya un hombre. Hablo de demostrarle amor interesándose por lo que quiere y apoyándolo.

—Siempre apoyo a mi hijo —dijo Catherine en tono seco.

—¿Entonces por qué tuvo que buscar a una camarera con quien casarse sólo para darle en las narices a su familia? —le preguntó Lindsay—. Comprendo que Jonathan se comportara como lo hizo; fíjate en lo que os hizo a tu marido y a ti. Aunque, por lo que dijo anoche, parece que se arrepiente. Pero tú deberías haber estado al lado de tu hijo —Lindsay sacudió la cabeza, como si de repente lo viera claramente—. Olvídalo, una mujer que no apoya a su marido tampoco va a apoyar a su hijo.

—Me parece un juicio bastante duro viniendo de alguien que no sabe nada de lo que ocurrió —saltó Catherine.

—Lo que yo sé es que nadie podría sobornarme para que abandonara a Luke —contestó Lindsay.

Se volvió hacia Ellie, deseando que Catherine no hubiera aparecido por el jardín.

¡Ojalá se marchara pronto!

—No es lo mismo. Tú sabes que Luke tiene suerte en los negocios. Thomas era joven y pobre. Sólo teníamos veintitantos años y al casarme con él descubrí una vida que no conocía. No quise ser siempre pobre. Tú has sido pobre; ¿te gustaba? Sospecho que el deseo de escapar de una vida como la que llevabas te empujó a aceptar la descabellada proposición de matrimonio que te hizo

Luke. Tú aceptaste por dinero, igual que yo.

—Eso no es del todo cierto —respondió Lindsay, consciente de que había algo de verdad en las palabras de Catherine—. Es verdad que acepté por dinero, pero fue por mi hija. ¿Esperabas que un hombre de veintitantos años poseyera la riqueza de tu padre? Jonathan tendría unos cincuenta años cuando te casaste. A él le había dado tiempo de construir una vida acomodada. Luke tiene treinta y dos años y también ha tenido tiempo de hacerse de una profesión con la que gana dinero. Además, ha tenido la ayuda de su abuelo. ¿Quién te dice que tu marido no habría conseguido tener éxito en el terreno profesional a los treinta años? Quizá sea ahora el doble de rico que tu padre.

Catherine la miró muy sorprendida.

Lindsay miró hacia la casa. ¿Dónde estaba Luke? ¿O Marabel? ¿O alguien que interrumpiera aquel incómodo tete a tete con Catherine?

De mala gana se volvió a mirar a Catherine.

—En realidad no es asunto mío, Catherine. Dentro de un par de semanas desapareceré de tu vida. Si pudiéramos tolerarnos la una a la otra durante ese tiempo sería lo mejor. Después no volverías a yerme.

—Ojalá pudiera estar segura de ello —dijo Catherine despacio.

Se quedó mirando al bebé unos minutos y sus facciones se suavizaron. Cuando Ellie agarró un puñado de margaritas, Catherine se las quitó antes de que la niña se las metiera en la boca.

—¿Quieres tenerla en brazos un rato? —le dijo Lindsay.

Catherine vaciló y luego asintió con la cabeza. Estiró los brazos y levantó a la niña de la manta con cuidado, sonriéndole. Se acomodó en el banco y empezó a hablar en voz baja con el bebé.

Lindsay la miraba, sorprendida por el cambio en la expresión de Catherine. Se pasó casi diez minutos jugando con Ellie, entonces levantó la cabeza, muy nerviosa.

—Tengo que colocar las flores para la cena. Tenemos una invitada —le pasó a Ellie—. Intenta ponerte algo apropiado.

—¿Por Jeannette? Luke me dijo que iba a venir.

Lindsay se negaba a mirarla a los ojos; no tenía intención de darle a esa mujer un motivo que después pudiera utilizar contra ella. Si sospechaba lo celosa que Lindsay estaba de Jeannette,

Catherine lo utilizaría sin duda.

Mientras la observaba cortar las flores, Lindsay se preguntó si Catherine le tomaría cariño alguna vez.

Lindsay no le comentó nada a Luke de la visita de Catherine al jardín cuando éste se unió a ellas media hora después. Jugó con Ellie, acariciándole las mejillas con los pétalos de una margarita y ella intentaba agarrarla con sus manitas. En dos ocasiones el bebé le sonrió y a Lindsay le hizo una ilusión tremenda, ahí tumbada sobre la manta, observándolos medio adormilada al calor de la tarde. En pocas semanas todo aquello se acabaría para ella, pero hasta entonces se dejaría llevar y se sentiría feliz.

Disfrutaría del momento y luego se marcharía sin mirar atrás.

Lindsay asomó la cabeza en la habitación de Ellie una vez más. Sabía que estaba intentando aplazar lo inevitable, pero no tenía ganas de bajar. Hacía unos minutos había oído el timbre de la puerta seguido del murmullo de voces y supo que Jeannette había llegado. De haber sido más inteligente, habría estado ya preparada en el salón para cuando llegó la invitada. Pero Lindsay aplazó el vestirse hasta después de que Luke lo hiciera y bajara al salón. En ese momento haría su entrada, pero Jeannette ya se habría establecido a gusto entre los miembros de la familia Winters.

Por otra parte Lindsay esperaba fervientemente que Luke controlara sus emociones y que Lindsay no percibiera ninguna señal de afecto hacia su prometida. Después de una tarde tan maravillosa, no se veía capaz de soportar algo así.

Si seguía tardando, Luke enviaría a Marabel a buscarla y eso sería aún peor. Sacó fuerzas de flaqueza, aunque en realidad prefería quedarse a comer en su dormitorio.

Esbozó una sonrisa artificial y empezó a bajar las escaleras.

Al entrar al salón Lindsay vio que Luke no estaba presente. Vaciló sólo un instante y fue hacia el sofá, preguntándose dónde estaría él.

—Buenas tardes —Catherine le miró el vestido de arriba abajo y luego se volvió a Jeannette—. Creo que ya conoces a Lindsay.

—Sí. ¿Cómo estás?

Jeannette esbozó una sonrisa tan falsa como la suya. Eso le aseguró a Lindsay que ella no era la única que estaba algo nerviosa. Lindsay contestó y se sentó en una de las sillas tapizadas de

brocado.

—¿Dónde está Luke? —preguntó.

—Ha recibido una llamada telefónica justo antes de llegar Jeannette. Estoy segura de que volverá en un instante —contestó Catherine.

Reinó el silencio unos minutos. Jeannette la evaluó con la mirada, pero sin disimulo y a Lindsay le costó un gran esfuerzo aguantar el tipo.

—Siento haberos hecho esperar —dijo Luke, al entrar a toda prisa en la habitación.

Lindsay levantó la cabeza y sonrió y el corazón le dio un vuelco al verlo. Él la miró a los ojos y asintió con la cabeza.

—Estás muy bonita, cielo —dijo con naturalidad.

Se acercó a Jeannette y le tendió la mano, pero ella se levantó enseguida para plantarle un beso en la mejilla.

—Me alegro tanto de que me invitaras a cenar, Luke —dijo con voz sensual.

—Siempre es un placer tenerte entre nosotros, Jeannette. Estás tan preciosa como de costumbre.

Capítulo 10

Lindsay se miró las manos, apretando los puños con rabia. No sabía qué le molestaba más, que Luke hubiera invitado a cenar a Jeannette o que la encontrara preciosa cuando a ella sólo la había encontrado bonita. Qué patético. ¿Pero qué importaba? En unas semanas sería libre de buscar otra esposa o de retomar su relación con Jeannette.

De repente Lindsay supo que lo que más deseaba era que la escogiera a ella; a ella y a Ellie. Quería que le dijera a Jeannette que había dejado pasar el tren y que ya había encontrado algo mejor. Tenía a una mujer que lo amaba por sí mismo, no por el dinero que pudiera poner a su disposición.

Pero él no sabía eso. Lindsay apretó los labios; no pensaba decirle que lo amaba.

Pensaba ceñirse al acuerdo original.

La cena resultó ser bastante agradable. Por una vez Catherine se concentró en otra persona y dejó a Lindsay tranquila, escuchando la conversación y al mismo tiempo libre de participar en lo que la interesara. Jeannette no disimuló su coqueteo con Luke. Estaba sentada a su derecha, con Catherine frente a ella. Lindsay estaba sentada frente a Luke, al otro extremo de la mesa. Los tres hablaron de viejas amistades y eventos sociales de los que Lindsay no tenía idea. Se contentaba con disfrutar de la cocina de Rachel, observar a Luke y esperar a que la velada terminara.

—Me disgusté mucho al saber que Jonathan estaba enfermo —dijo Jeannette.

Lindsay la miró.

—Ha sido muy duro —contestó Catherine; se puso sería un momento—. Estoy tranquila al menos de que pueda estar aquí en lugar de en el hospital. En mi casa no habría habido sitio para él y la enfermera. Gracias a Dios que Luke se compró una casa tan grande.

—Me gustaría tanto verlo, si crees que no le molestaría. Luke, sé que estás enfadado por lo que Jonathan y yo discutimos pero, de verdad, lo vi como una manera de hacerle feliz mientras yo conseguía lo que deseaba de todo corazón. Al amor de mi vida.

Lindsay deseaba agarrar cualquier cosa y tirársela.

—Estoy seguro de que a Jonathan le encantará verte, Jeannette. Podemos preguntarle a la enfermera. Si no está muy cansado podemos tomar café allí con él.

—Es una idea estupenda; así Jonathan será parte del grupo, incluso desde la cama —Jeannette sonrió a Luke con los ojos llenos de orgullo y devoción.

Lindsay sintió un dolor por dentro. Respiró profundamente, intentando aliviar la congoja que tenía. Ellos dos mantenían una relación, pero eso también tocaría a su fin y ella volvería a estar sola. Pero de momento seguían juntos y había sido Luke el que había insistido para que se liara con él; ya era hora de recordárselo.

—¿Luke, cariño, por qué no le cuentas a Jeannette lo de nuestros planes para comprarnos un barco de vela? —preguntó Lindsay, sonriendo de oreja a oreja.

Catherine la miró con desprecio.

—Qué tontería más grande. Espero que no sea más que uno de los sueños de Lindsay

—dijo, mirando a su nuera con rabia.

Jeannette parecía atenta, sin saber qué creer.

Luke miró a Lindsay a los ojos y asintió con la cabeza, con expresión de repente impasible.

—No sabía que hubiéramos planeado hasta el punto de comprarnos un velero.

—¿Bueno y por qué no? Llevas toda la vida queriendo navegar. Ya es hora de relajarte un poco de las tensiones laborales y darte un homenaje —contestó, mirándolo a los ojos.

El corazón le latía a cien por hora, pero al menos él no la había dejado tirada, al menos en parte.

—No sabía que te gustara navegar —dijo Jeannette sorprendida.

—No le gusta. No te hace falta un velero —dijo Catherine con severidad.

—A lo mejor a nadie le hace falta uno, pero todo el mundo necesita pintar la vida con arco iris —dijo Lindsay, pero el mensaje iba dirigido a Luke—. Además, lo lleva en la sangre. Su padre fue marino. ¿Por qué no iba a querer Luke seguir sus pasos?

Jeannette miró a Lindsay con sorpresa.

—No sabía que su padre fuera marino.

Lindsay sonrió con dulzura, saboreando el momento.

—Como esposa suya que soy, imagino que sé un poco más de Luke que tú —dijo con suavidad.

—No me gusta el rumbo que ha tomado la conversación —dijo Catherine con solemnidad.

—Tienes razón, Catherine, es algo prematuro discutir sobre nuestro barco cuando ni siquiera nos lo hemos comprado todavía. ¿Quizá el fin de semana que viene, Luke?

Alguno apropiado para una familia. No quiero que los niños se caigan al agua en alta mar.

—Estoy seguro de que encontraremos un barco que tenga todos estos accesorios de seguridad para los niños —contestó con soltura, mirándola divertido—. Madre, tendrás que venir con nosotros y quizá así puedas darnos alguna sugerencia.

—No le digáis nada de esto a Jonathan —dijo Catherine, ignorando la sugerencia.

—¿Por qué no? —preguntó Jeannette.

—No le viene bien disgustarse en estos momentos. Estamos intentando evitar decirle cosas que pudieran molestarlo. No le gustaría nada enterarse de que Luke va a comprarse un barco.

—Nadie quiere disgustar a Jonathan, madre —dijo, mirando a Lindsay—. Cuando o si me lo compro, ya veremos lo que le decimos.

Se cerró el tema y volvieron a excluir a Lindsay de la conversación; pero lo cierto era que no le importaba ya. Ya había dicho lo que quería decir y en la mente de todos había unido su persona a la de Luke. Pasara lo que pasara en el futuro, de momento era suyo.

Luke pidió que les llevaran el postre a la habitación de Jonathan. Marabel asintió con la cabeza y dijo que lo subiría.

Catherine se dirigió la primera hacia las escaleras.

—Lindsay, espera un momento —Luke la agarró del brazo para detenerla, mientras observaba a Jeannette y su madre subiendo por las escaleras.

La miró con dureza.

—¿A qué ha venido todo eso del barco?

Ella sonrió y sacudió la cabeza.

—Sólo quería participar de la conversación un rato.

—¿Por qué me ha dado la impresión de ser como un hueso por el que se pelean dos perros? —le preguntó suavemente, acariciándole el brazo con el dedo pulgar.

—Pues no tengo ni la más mínima idea, Luke cielo —abrió mucho los ojos e intentó poner cara de inocente mientras le sonreía.

—De repente te has puesto muy cariñosa, ¿no?

Lindsay se acercó a él, consciente de que Jeannette se había detenido en lo alto de las escaleras y los estaba mirando.

—Pensé que los amantes eran cariñosos —le dijo, invitándolo a besarla.

Y él lo hizo, con tanta fuerza que casi le hizo daño.

—No me gustan los juegos —le dijo, separándose de ella un centímetro.

—Pensé que todo esto era un juego —susurró.

Entrelazó los dedos en la espesura de sus cabellos y abrió los labios para devolverle el beso con toda la sinceridad de sus sentimientos. Cuando por segunda vez se separó de ella, Jeannette se había largado.

—Estás jugando con fuego —le dijo Luke, volviéndola con delicadeza hacia las escaleras—. Y las niñas que juegan con fuego se queman.

—Y mucho —murmuró Lindsay.

—Eso es.

—Veremos si te gusta que te ignoren durante toda una cena —dijo, esperando disimular la turbación que seguramente asomaba a su rostro.

—¿Y qué te ha molestado más, que mi madre haya intentado excluirte o que yo no haya hecho ningún esfuerzo por incluirte en la conversación?

Volvió la cabeza un instante, mientras subía las escaleras.

—En realidad sólo quería que tu invitada se enterara de que estaba ahí.

—¿Celosa de Jeannette?

—¿Es que debo estarlo?

—No. Yo me ocuparé de Jeannette. Sólo tienes que recordar que tú eres mi esposa.

—Y que tenemos un lío.

—A mí no se me ha olvidado. ¿A ti sí?

Lindsay sacudió la cabeza. Su mera presencia la provocaba, su aroma despertaba anhelos en ella, sus caricias eran como una descarga eléctrica, su voz la hipnotizaba y sus labios atizaban el fuego que él había encendido. De pronto no tuvo ganas de postre, deseaba encerrarse con él en el dormitorio y no salir en un mes.

—Ya era hora de que vosotros dos aparecierais —se oyó la voz quejumbrosa de Jonathan cuando entraron en su dormitorio.

—Íbamos detrás de mamá y Jeannette —dijo Luke con naturalidad, acercando una silla a la de Lindsay y sonriéndole a su abuelo—. Es agradable ver una cara nueva en el grupo de visitantes, ¿no te parece?

—Me alegro de ver a Jeannette aunque me extraña que haya venido después de lo mal que la trataste. Y tienes mucha cara al actuar como si no pasara nada. Tu prometida y tu esposa. Qué bien, ¿eh?

—Bueno Jonathan, eso pertenece al pasado. Luke y yo hemos acordado ser amigos. Y

quién sabe, quizá un día lleguemos a ser buenos amigos —dijo Jeannette con dulzura

—. ¿Qué tal te encuentras?

—Ahora mismo estoy rendido. Mi bisnieta ha estado aquí un rato. Es una monada, pero hace que me sienta viejo.

Lindsay se sorprendió. No sabía que Ellie había estado con Jonathan otra vez.

Marabel se había quedado a cuidarla. ¿La habría llevado ella? ¿Se lo habría pedido el anciano? Quizá su hija le estaba ablandando el corazón.

—Tu bisnieta —repitió Jeannette.

Lindsay se preguntó si Catherine le habría contado la verdad sobre Ellie. Sabía que a Jeannette no iba a hacerle ninguna gracia guardar el secreto si lo sabía. Pero no se atrevería a poner en peligro la salud de Jonathan. Con curiosidad, se preguntó qué haría Catherine.

—La enfermera Spencer y yo vamos a enseñarle a que me llame abuelo —dijo Jonathan con orgullo.

—Tú nunca quisiste que yo te llamara abuelo —comentó Luke.

—Bueno, cuando tú naciste yo era muy joven. No quería que nada me recordara que estaba haciéndome mayor. Pero, maldita

sea, ya soy viejo y si vivo lo suficiente para que Ellie me llame abuelo me moriré contento.

Lindsay no dijo nada, pero sintió compasión hacia Jonathan. Era viejo, estaba con un pie en la tumba y le hacía ilusión vivir lo suficiente para oír a su hija llamarlo abuelo.

Si la presencia de Ellie podía alegrar sus últimos días, por Lindsay estupendo. A lo mejor esa mentira no había sido tan horrible como había pensado.

Luke le echó el brazo sobre los hombros y la atrajo hacia sí despacio.

—Hace años que no lo veo tan contento —le susurró al oído—. Por esto merece todo la pena.

Ella asintió, sintiéndose menos culpable por el engaño.

Cuando Jeannette se marchó ya era tarde. Catherine se fue directamente a la cama.

Lindsay acompañó a Luke mientras comprobaba que las ventanas de la planta baja estaban todas cerradas y apagaba las luces.

—Creo que deberías comprarte un velero —le dijo ella.

—Conozco tu opinión. Lo has dejado muy claro durante la cena. Ah, gracias por no decir nada delante de Jonathan.

—Parece que esta noche no se ha acordado de meterse conmigo.

—Le ha alegrado ver a Jeannette. El hablar de los Estados Unidos le ha traído recuerdos. Pasó varios años allí cuando era más joven.

—Eso he oído.

Empezaron a subir juntos las escaleras, como si llevaran años de matrimonio.

—Jeannette es preciosa, ¿verdad? —dijo Lindsay, sin poder olvidar los halagos de Luke durante la cena.

—Es una bella mujer. Siempre va vestida a la última moda y bien peinada.

—Sí.

No hubiera hecho falta que dijera tantas cosas. Cerró la puerta del dormitorio y estrechó a Lindsay entre sus brazos. La miró a los ojos con ternura.

—Jeannette me recuerda mucho a mi madre.

Lindsay arqueó las cejas.

—¿Cómo es eso?

—Por fuera toda una señora, pero por dentro fría y egoísta.

Lindsay empezó a deshacerle el nudo de la corbata. Le encantaba la intimidad de la que gozaba entre sus brazos, la intimidad de su romance.

—Mientras que tú eres lo opuesto a ella. Eres cariñosa, generosa y tierna; y lo que más me gusta es lo primero.

Inclinó la cabeza y la besó, mientras sus manos ya le desabrochaban el vestido.

En la semana que siguió, Lindsay dejó que Ellie pasara muchos ratos con Jonathan, cuando a la enfermera Spencer le parecía apropiado. A veces le llevaba a la niña y la colocaba encima de la cama, otras veces la vigilaban Marabel, Tilly o la enfermera. Al anciano le encantaban esas visitas. Hizo que Luke le comprara juguetes al bebé y cada día le daba uno diferente, sin importarle el hecho de que fuera demasiado joven.

La miraba con avidez, acariciándole la mano o la mejilla con ternura. Se reía cuando el bebé sonreía y luego le contaba todo lo que hacía la niña a quien quisiera escucharlo.

Entre Lindsay y Jonathan se produjo una tregua. Ella intentó por todos los medios no irritarlo y él pareció sospechar que no le llevaría al bebé si se metía con ella.

Tristemente, Lindsay reconoció que Jonathan era lo más parecido a un abuelo que Ellie podría tener, excepto quizá por Jack. No recordaría a Jonathan cuando muriera; la niña era demasiado pequeña.

Por las tardes, Lindsay sacaba a Ellie al jardín después de la siesta. Catherine se presentó en dos ocasiones. Cortó unas flores para colocarlas junto al bebé y sonrió al ver que Ellie se daba la vuelta sola por primera vez. La levantó en brazos y fue paseando con ella por el patio, enseñándole las flores y diciéndole tonterías.

Lindsay se sorprendió la primera vez que Catherine apareció, pero hizo lo posible para evitar temas espinosos, como hablar del padre de Luke o del velero. Le intrigaba el creciente interés que Catherine mostraba por Ellie. Le hizo ver que aquella mujer tenía un lado que Lindsay creía inexistente. Pero ahí estaba la prueba.

Ella y Catherine no se hicieron amigas, pero a Lindsay le bastaba con que mostrara algo hacia la niña.

Lindsay y Luke ya habían concertado una cita el fin de semana siguiente con una agencia que se dedicaba a vender pequeñas embarcaciones. Luke quería comprar algo que pudiera manejar el solo, sin tripulación.

Cuando iba a entrar en la casa la tarde siguiente, apareció Luke, que regresaba del trabajo. Dejó el pesado maletín sobre una mesa cercana y le echó los brazos a Ellie. La levantó en el aire y le sonrió, con los ojos muy abiertos. Entonces la niña arrugó la nariz y sonrió.

—Se va a poner mala de tanto moverla —dijo Lindsay, riendo.

Le intrigaba el cambio que había experimentado Luke en las semanas que llevaban viviendo en su casa. Ya no agarraba a la niña con torpeza y parecía sentirse tan a gusto con el bebé como Lindsay. Incluso se reía más a menudo, sobre todo cuando estaba la niña.

La agarró con un brazo y con el otro a Lindsay. Todos los días le recibían a la puerta de casa cuando volvía del trabajo. Entonces corría con las dos escaleras arriba hasta que se metían en su dormitorio, colocaba a Ellie sobre la cama con cuidado y luego besaba a Lindsay hasta que apenas podía tenerse de pie. Mientras se cambiaba de ropa, Lindsay le contaba lo que habían hecho durante el día.

Amaba a Luke y estaba atesorando un montón de recuerdos para el futuro. Lo pinchaba y discutía con él y en secreto le declaraba su amor una y otra vez. Él nunca sabría lo mucho que lo amaba; era suficiente conque lo supiera ella.

Jonathan Balcomb murió en la madrugada del sábado. La enfermera Spencer despertó a Luke con la noticia.

Y entonces todo cambió.

Luke se vistió inmediatamente y fue a ver a su abuelo. Luego fue a darle la noticia a su madre. Catherine estaba desconsolada, aunque sabían que su muerte era algo inminente. Se encerró en su habitación y no quiso ver a nadie. Lindsay la oyó llorar a través de la puerta cerrada y deseó poder hacer algo para consolarla, pero sabía que Catherine no querría verla.

Para no estorbar se llevó a Ellie al jardín, pero era consciente de la actividad que había en la casa. Llegó el médico y luego una ambulancia se llevó a Jonathan a la morgue. El teléfono empezó a sonar al tiempo que la noticia voló por todo Sidney.

Por la tarde Luke había llamado a una de sus secretarias para

que contestara a las llamadas.

Los amigos íntimos de la familia se acercaron por la casa, y toda la tarde estuvo entrando y saliendo gente. Lindsay oyó muchas veces el timbre de la puerta desde donde estaba sentada, en el dormitorio de Ellie, mientras la niña dormía. Luke no había preguntado por ella en todo el día. Lindsay deseaba estar con él, ayudarlo, pero él no había solicitado su ayuda. Por eso se quedó allí sentada en la mecedora, pensando al compás del vaivén.

Ellie se dio una vuelta y respiró profundamente, entrando en un sueño profundo.

Lindsay se levantó para ver cómo estaba y luego salió del cuarto. Iría a ver cómo estaba Catherine. Sabía que la mujer no querría verla, pero lo cierto era que le preocupaba.

Llamó suavemente a la puerta y esperó. Al no obtener respuesta la abrió y asomó la cabeza. Catherine estaba tumbada en la cama con un pañuelo hecho un rebujo en una mano y mirando lánguidamente por la ventana.

—¿Catherine? —dijo Lindsay en voz baja.

Catherine volvió la cabeza.

—¿Qué?

—¿Quieres que te traiga algo?

Sacudió la cabeza y los ojos se le llenaron de lágrimas otra vez.

Lindsay entró y cerró la puerta. Fue hacia el baño, donde encontró una toalla limpia que empapó en agua fresca. Se sentó en el borde de la cama y se lo pasó por la frente.

—Póntelo sobre los ojos; sé que los tienes ardiendo —dijo Lindsay con soltura, mientras doblaba la toalla y se la daba a Catherine. La madre de Luke se la puso en los ojos.

—Sabía que se estaba muriendo, todos lo sabíamos, pero no puedo creer que ya esté muerto —dijo Catherine con tristeza.

En aquel instante su voz le sonó como la de una niña perdida.

—Lo sé; es algo terrible. Pensé que estaba aguantando bien —contestó Lindsay, dándole unas palmaditas en la mano—. ¿Quieres que te traiga algo de comer? ¿Un poco de sopa quizás?

Catherine sacudió la cabeza.

—No tengo hambre.

—¿Entonces agua o una taza de té calentito?

—Nada.

El silencio reinó en el cuarto. Lindsay oía el rumor de voces proveniente de abajo.

¿Cuántas personas se habían pasado ya a dar el pésame? ¿Cómo se las estaría apañando Luke? Si no podía hacer nada más por Catherine, quizá pudiera hacer algo por Luke. ¿Habría comido algo?

—Mi padre quería mucho a tu hija —dijo Catherine en voz baja —. Se me había olvidado cómo jugaba con Luke cuando era un bebé. Yo fui hija única y Luke también. A lo mejor a Jonathan le hubiera gustado tener muchos niños a su alrededor.

—Creo que a Ellie le gustaba estar con él porque siempre se reía mucho. Lo echará de menos.

—Mañana ya no lo recordará. Es tan pequeña —dijo, echándose otra vez a llorar.

Lindsay se abstuvo de comentar nada porque sabía que era verdad.

Alguien llamó a la puerta.

—¿Catherine? —Jeannette Sullivan entró—. Oh, Catherine, lo siento tanto. He venido en cuanto me he enterado —Jeannette cruzó la habitación a toda prisa—. ¿Qué puedo hacer? Podría quedarme contigo para ayudarte a comprarte la ropa adecuada, o a contestar cartas o para cualquier cosa que necesites.

Catherine se incorporó con el trapo húmedo en la mano.

—Hola Jeannette. Sabía que podía contar contigo —miró a Lindsay pero vaciló, como si dudara de qué decir.

—Bueno, yo os dejo —dijo Lindsay con naturalidad.

Se levantó y salió del dormitorio. Sabía que no era la mujer que Catherine deseaba como compañía en aquellos momentos, pero hubiera deseado que no fuera Jeannette la que se quedara.

Fue al piso de abajo y se asomó al salón. Había al menos ocho personas aparte de Luke. La mayoría eran mayores, sin duda contemporáneos de Jonathan.

El hecho de no servirle de ayuda a Luke la irritaba; deseaba hacer algo por él y no que la relegaran a un segundo plano como si fuera un trasto inútil.

Claro que, a lo mejor así era como la veía Luke. Jonathan había muerto y su trato terminaba con ese acontecimiento. Luke ya no la necesitaba.

Esa noche Luke no se acostó. Lindsay se quedó despierta mucho

rato después de apagar la luz, esperándolo. Finalmente se dio por vencida. No sabía dónde estaba durmiendo, sólo que desde luego no era con ella.

El domingo le pidió a Hedley que la llevara a ella y a la niña a su apartamento.

Llamó a algunos amigos y pasó un rato con ellos, intentando volver a la rutina de antes. Quedó con una pareja para comer al final de la semana y eso le hizo sentirse mejor. Al menos había gente que la apreciaba tal y como era.

Después de la siesta de Ellie volvieron a casa de Luke. Ese día había otras personas en la casa y Catherine estaba sentada en el sofá del salón. Jeannette estaba a su lado, muy solícita. Lindsay se sintió casi invisible cuando subió las escaleras con Ellie. Se preguntó si alguien se había dado cuenta de que no habían estado en casa en todo el día.

El funeral se celebró el lunes. Lindsay le pidió a Tilly que cuidará de Ellie y se puso el traje negro que había recogido del apartamento. Tenía ojeras, señal de que había dormido poco. Luke no había dormido en la cama con ella desde el viernes por la noche.

Al bajar las escaleras se dio cuenta de lo silenciosa que parecía la casa sin las visitas.

Después del funeral habían invitado a varias docenas de personas a la casa, pero en ese momento reinaba el silencio. Lindsay miró en el salón. Allí estaba Luke junto a una ventana, vestido con un traje negro. Al volverse vio que llevaba una camisa inmaculada y una corbata oscura. Estaba exhausto.

—Hola —dijo Lindsay en voz baja.

—Hola.

—Siento que haya sido tan duro.

—Sí, pensaba que estábamos preparados para ello, pero parece que nunca está uno listo para la muerte.

Lindsay sacudió la cabeza.

—No tienes por qué venir hoy si prefieres no hacerlo —le dijo Luke.

—¿Prefieres que me mantenga al margen?

Quizá ni siquiera quería que apareciera por el funeral; a lo mejor estaba deseando terminar con su matrimonio lo antes posible, ya que la razón que los mantenía casados había desaparecido.

—No. Sólo creía que habías decidido ir por obligación y quería que supieras que no tienes por qué ir si es así.

—Voy para estar contigo —dijo ella.

Catherine y Jeannette entraron en ese momento. Catherine tenía mejor color, aunque el sencillo vestido negro no le favorecía demasiado. Los diamantes que llevaba al cuello y en el anillo quizá a Catherine le parecieran lo normal, pero Lindsay no los creyó demasiado apropiados para un funeral.

Jeannette estaba deslumbrante. Llevaba una chaqueta negra de pronunciado escote camisero y una falda de tubo a juego, demasiado corta para gusto de Lindsay. Claro que ella, a diferencia de esas dos mujeres, no creía que un funeral fuera una exposición de moda.

Cuando Lindsay vio que Catherine le echaba una mirada desdeñosa, se dijo que estaba en vías de recuperación.

Lindsay respiró profundamente. Aquel iba a ser también un día muy largo.

Los invitados que volvieron tras el funeral llenaron la planta baja de la casa y parte del jardín. Hacía muy buen tiempo, lucía el sol y las flores estaban preciosas. Lindsay se sirvió un vaso de refresco de frutas, sintiéndose de nuevo casi invisible. Luke, Jeannette y Catherine conocían a todo el mundo. Y como Jeannette era la sombra de Catherine, la incluían en todas las conversaciones de familia. Ni una sola vez había ido Luke a buscarla, se le ocurrió de repente a Lindsay. ¿Y por qué iba a hacerlo?

Encontró un banco vacío y se sentó, deseando que Ellie estuviera con ella. Tilly estaba con la niña, que seguramente estaría dormida.

—Echaré de menos a Jonathan —Jeannette se acercó a ella y se sentó también en el banco—. Era un viejo mandón, pero adorable a su manera. Sé que Luke también lo echará mucho de menos.

—Claro, era su abuelo.

—Sí. Comprendo que Luke y tú hayáis fingido ser felices por el bien de Jonathan. Te lo agradezco.

—¿A mí? —Lindsay la miró perpleja.

—Sí, por llenar de alegría los últimos días de la vida de un enfermo. Sé que le habría disgustado mucho que Luke se hubiera divorciado cuando él estaba con un pie en la tumba.

—Ah.

Jeannette miraba al jardín, saludando con la mano cuando veía a alguien conocido.

—Siempre me ha encantado este jardín. No pienso cambiar nada cuando... quiero decir... Oh, Dios mío, ¿he metido la pata?

—¿Has hablado de matrimonio con Luke? —le preguntó Lindsay, esperando poder ocultar el dolor que ya la invadía. Su corazón seguía latiendo, sus pulmones respirando, pero algo parecía apagarse en su interior.

—Sí —Jeannette la miró compasivamente—. Pensé que lo sabías. Lo siento, no te habría dicho nada de haber sabido que no lo sabías.

—Lo sabía.

Lindsay se levantó y se marchó de allí. Se negaba a quedarse allí con Jeannette ni un minuto más. Luke llevaba días ignorándola, sin compartir ni su dormitorio ni sus pensamientos con ella. Pero se veía que había encontrado un rato para hablar con Jeannette de matrimonio. ¿Cuándo tenía pensado hablarle del divorcio?

Se abrió camino entre la gente como si todo aquello fuera un sueño. Llegó a la habitación de la niña despidió a Tilly dándole las gracias por cuidar de Ellie. Cuando la mujer salió, empezó a guardar las cosas del bebé a toda prisa.

—Se acabó el sueño, bebita. Ya es hora de que nos vayamos, de aquí.

Capítulo 11

El lunes por la noche Lindsay lloró en la cama hasta que se quedó dormida. Echaba de menos a Luke, su calor, las caricias y al hombre en sí. Pero sabía que era hora de continuar con su vida. Sólo le hubiera gustado que se lo hubiera dicho él en lugar de Jeannette.

El martes Lindsay deshizo las maletas y visitó a su vecina. Sacó a Ellie a pasear por el parque y la observó mirando las hojas de los eucaliptos que se mecían al viento.

Entonces recordó el jardín de Luke. En aquel parque no había flores para que jugara el bebé. Pero la hierba estaba verde, el cielo azul y la brisa cálida y agradable.

Le dolía el corazón. Sabía que olvidaría a Luke, quizá para cuando cumpliera cien años, pero de momento su vida se le antojaba vacía y estéril sin él.

El miércoles Lindsay dejó a Ellie con la señora Heinemyer y tomó un autobús hasta la librería. Le preguntó al encargado si había algún puesto vacante y cuando él le ofreció su antiguo empleo, lo aceptó. No quería pasar tiempo lejos de Ellie, pero había llegado el momento de prepararse para el futuro. Lo que había ahorrado durante los últimos meses no iba a durarle toda la vida. Además, quería reservarlo por si se le presentaba alguna emergencia. Al menos pensó que podría arreglárselas con un empleo y esperó no tener que volver a trabajar en el café por las noches también.

Luke no tenía la obligación de mantenerlas a partir de ese momento. Una vez llevado a cabo el divorcio, todos los vínculos se romperían.

Lindsay recogió a Ellie después de la siesta y sólo se quedó un momento a charlar con Alice Heinemyer pues tenía ganas de llegar a casa.

La señora Heinemyer había accedido a cuidar de Ellie mientras Lindsay trabajara y a ella le parecía algo estupendo. La señora Heinemyer conocía a Ellie desde su nacimiento y Lindsay sabía que la mujer la cuidaría muy bien.

—A partir de ahora verás mucho a la señora Heinemyer —dijo Lindsay con un hilo de voz mientras bajaba las escaleras.

Al darse cuenta de que no iba a ver a Ellie tanto como antes se le hizo un nudo en la garganta.

Al llegar a su piso se paró en seco. Luke estaba allí, apoyado contra la pared junto a su puerta.

—¿Dónde diablos has estado? —rugió.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó, sorprendida de verlo.

Su apariencia la asombró. Vestía un traje impecable, pero la expresión de cansancio de su rostro no pasaba desapercibida.

—Me doy cuenta de que Jonathan no te caía demasiado bien y por eso te agradezco que fueras al funeral. Pero podrías haber esperado un par de días antes de desaparecer. Sé que nuestro trato consistía en fingir ser una pareja feliz hasta que él muriera, pero no creo que tuvieras que marcharte tan pronto.

Al oír la voz de Luke, Ellie volvió la cabeza; sonrió y le echó los brazos.

Lindsay deseaba decirle que no le hubiera hecho falta marcharse si él le hubiera dado alguna señal de que quería que se quedara. Pero en vez de eso se había puesto a hablar de boda con Jeannette.

Luke sacó a la niña del carro y la levantó en brazos. Ellie estaba encantada de verlo; estiró un bracito y le agarró de la corbata.

—No había motivo para alargar más las cosas —dijo Lindsay.

Lindsay abrió la puerta y él la siguió adentro.

—No fuimos a nuestra cita del sábado con la agencia de veleros —dijo Luke después de cerrar la puerta.

—Dios mío, Luke. Tu abuelo acababa de morir y desde luego no creo que fuera el momento de ir a comprar un barco.

Luke colocó a Ellie en la silla y miró a su alrededor. Fue hacia el sofá, se quitó la americana y se sentó.

—Yo tampoco, por eso cancelé la cita y he concertado otra para el sábado que viene.

¿Estás libre este sábado?

Lindsay lo miró. ¿Quería Luke que lo acompañara a mirar barcos de vela? Muy despacio, medio aturdida, fue hacia una silla, se sentó y colocó a Ellie entre ellos en el suelo. El bebé miró a Luke y sonrió.

—¿Y qué pasa con Jeannette? —preguntó Lindsay.

—¿Qué pasa con ella?

Se recostó sobre el respaldo y cerró los ojos.

—No te duermas —lo avisó.

Luke sonrió tristemente, pero no abrió los ojos.

—No lo haré; al menos intentaré no hacerlo. Pero esta es la primera vez que me relajo desde que la enfermera Spencer me despertó el sábado por la mañana.

—Sé que lo echarás de menos —dijo con suavidad.

—Por muchos fallos que tuviera era mi abuelo.

Luke se quedó tanto rato callado que Lindsay se preguntó si se habría dormido.

—Él te quería mucho, pero le gustaba mandar. Os parecéis mucho, por eso chocabais tanto de mayores.

Al oír eso Luke abrió los ojos.

—Sí, me gusta mandar. ¿Te molesta?

Se encogió de hombros, levantó la cabeza y lo miró. ¿Para qué habría pasado por allí?

¿Sería para hablar del divorcio? ¿No lo podrían haber hecho sus abogados por él? Lo miró y se le derritió el corazón. Deseaba abrazarlo y que él la abrazara también.

—¿Por qué te marchaste tan aprisa? —le preguntó Luke.

Lindsay se miró las manos, rezando para que no se le saltaran las lágrimas. Tragó saliva con dificultad y carraspeó.

—Había llegado el momento —dijo.

—Mi madre ha vuelto a su casa y Jonathan ya no está entre nosotros. Además, pensé que teníamos un idilio.

Lindsay levantó la vista.

—¿Un idilio? ¿Por cuánto tiempo? Jeannette me dijo que vosotros dos habíais hablado de matrimonio.

Luke abrió los ojos como platos y la miró con perplejidad.

—¿Qué es lo que ha dicho?

—Dijo que habíais hablado de matrimonio.

Le costó bastante decirlo.

—¿Cuándo?

—El lunes, después del funeral.

—Lindsay, enterramos a mi abuelo el lunes. ¿Crees que me habría puesto a hablar de matrimonio con quien fuera ese mismo día?

—No sé cuándo hablasteis de ello. Jeannette me lo dijo el lunes, en el jardín, después del funeral.

—¿Y por eso hiciste la maleta y te largaste?

—No me largué exactamente; volví a casa.

—Pensaba que estabas en casa viviendo conmigo.

Lindsay no dijo nada; no había nada más que decir.

El bebé empezó a protestar y Luke miró a Ellie, entonces su expresión se suavizó.

—¿Cómo ha estado la niña?

—Bien.

El dolor la había pillado de imprevisto. Luke miraba a Ellie con amor, pero no era su padre y nunca lo sería.

Se volvió a recostar en el sofá y cerró los ojos otra vez.

—Dios mío, el despacho ha sido la locura hoy. Me han llamado cientos de personas para darme el pésame. Algunos de los veteranos me han estado preguntando cuánto iban a cambiar las cosas. Llevo un año dirigiendo la empresa y todavía piensan que la muerte de Jonathan va a hacer que las cosas sean muy diferentes. Supongo que pensaban que él seguía al mando.

Ellie volvió a protestar y Luke la levantó en brazos. La niña se acurrucó contra su pecho y Luke le empezó a dar palmaditas en la espalda. En menos de un minuto cerró los ojos, se acurrucó un poco más y se durmió. Luke se recostó de nuevo, abrazando a la niña con fuerza.

—¿Y tú qué has hecho hoy? —le preguntó Luke.

—He ido a la librería a ver si podían darme mi antiguo empleo —contestó sin rodeos.

Luke apretó los labios, pero de momento no dijo nada. Estuvieron en silencio los dos un buen rato, entonces Luke suspiró.

—Vuelve a casa, Lindsay. Te echo de menos.

El corazón le dio un vuelco al oírlo. Por un instante la esperanza renació.

—¿Y qué pasa con Jeannette?

—La última vez que le hablé de matrimonio fue hace unos seis meses. Ella aceptó mi proposición, pero luego me enteré de lo que ella, mi abuelo y mi madre habían maquinado. Desde entonces no hemos vuelto a hablar de ello. Además, ya estoy casado. No habrás pensado que voy a hablarle de matrimonio a otra persona estando casado contigo, ¿no?

—Normalmente no, pero el nuestro no es un matrimonio real.

—Cariño, el nuestro es todo lo real que puede ser un matrimonio. Por las tardes estoy deseando volver a casa. Al veros a ti y a Ellie esperándome a la puerta me doy cuenta de que todo lo que hago merece la pena. Sé que no me he portado bien cuando Jonathan murió, pero es que no esperaba que me afectara tanto. Cuando llegué a casa ayer deseé que todo volviera a ser como era antes, sólo que tú y Ellie no estabais allí.

—La razón por la que nos casamos ya no existía —dijo, deseando poder verle los ojos, deseando poder estar segura de lo que estaba pasando.

¿Sería que Luke quería que se quedaran juntos un poco más? ¿O qué?

—No existía ya la razón por la que nos casamos. ¿Pero acaso quiere decir eso que no puedan existir razones para seguir casados? Y además, necesitaba pasar unos días a solas. Yo no he dormido y no quería molestar tu sueño.

—¿Qué quieres decir?

De nuevo se sintió esperanzada.

Luke se levantó.

—Ahora mismo vuelvo.

Llevó a la niña a su habitación y la puso en la cuna con cuidado. Pero Ellie no se despertó. La cubrió con una colcha y se dio la vuelta.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Lindsay cuando Luke volvió.

Él sonrió y la estrechó entre sus brazos.

—Quiero decir que hemos pasado momentos difíciles, como tu falta de confianza y la aversión hacia las empresas Balcomb, la enfermedad de mi abuelo y la encantadora de mi madre.

—Y también que mi vida ha cambiado a causa de un hombre muy exigente.

—Y también que has tenido un idilio con él —suavemente se inclinó y la besó—. Quiero que ese idilio continúe hasta la muerte —dijo en voz baja, besándole las mejillas, los párpados, el cuello.

—¿Cómo?

Lindsay sabía que estaba soñando y que nada era lo que parecía. Entonces abrió los ojos.

—¿Qué has dicho?

Luke la miró con ternura.

—Quiero que nuestro idilio dure hasta la muerte.

Lo dijo en voz alta, con claridad. No lo había soñado entonces, no se había imaginado esas palabras.

Se quedó embobada contemplando aquel rostro tan querido.

—Dime que sí, Lindsay.

—Pensé que amabas a Jeannette —soltó ella.

Él sacudió la cabeza.

—Quizá pensara eso en un momento dado, pero comparado con el amor verdadero ahora me doy cuenta de que no la quería.

—¿El amor verdadero?

A Lindsay se le levantó el ánimo. ¿Luke la amaba?

—Sí. Tú.

—¿Me quieres?

Él asintió.

—Yo también. Es decir, yo también te quiero. No sé cómo ocurrió, pero sé que una mañana me levanté y me dije que tú eras todo lo que deseaba en el mundo. Lo que pasa es que todo esto ha sido tan difícil y confuso...

Luke sonrió de oreja a oreja antes de besarla con pasión. Lindsay le respondió con fervor, intentando así demostrarle lo mucho que lo amaba. Cuando la levantó en brazos con la misma facilidad que a Ellie, Lindsay se agarró a él con fuerza. Y

seguiría agarrándose con fuerza a ese hombre mientras viviera.

Luke se sentó en el sofá, acunándola suavemente.

—Todavía no has dicho que sí.

—Oh, sí, sí, sí, sí. No me lo puedo creer. ¿Es verdad que me amas?

No estaba soñando. Todo aquello era real, ¿o no?

—Te quiero de verdad, Lindsay; más de lo que puedo expresar con palabras. Quiero verte en casa a la vuelta del trabajo, quiero charlar contigo de todo lo que haga durante el día. Quiero verte criar a nuestros hijos y quiero que vayamos a navegar juntos. Eso será algo que hagamos tú y yo solos.

—No puedo creerlo. Oh, Luke.

Se echó hacia delante y lo besó de nuevo. Durante largo rato se desconectaron del mundo exterior, aturdidos por la confesión de su amor mutuo.

Lindsay lo amaba tanto que no podía creer que se hubiera producido ese milagro de amor.

—Te has casado con un hombre exigente, lo sabes —le dijo caprichosamente, jugueteando con sus dedos.

Ella asintió sonriendo. Hasta el momento sus exigencias habían sido iguales a las de ella.

—Y siempre dirigiré las empresas Balcomb. Pero he llevado a cabo algunos cambios, cariño; la seguridad es ahora prioritaria.

—Gracias.

—Siento que Ellie nunca pueda conocer a su padre, pero haré lo posible para ser el padre que deseas para ella. La quiero con locura, ya lo sabes, y nunca haré nada que pueda perjudicarla.

—Serás un padre maravilloso, Luke. Ellie será la niña más afortunada del mundo.

Pensé que no tendría nunca padre, después de divorciarnos.

—Si hubiera querido divorciarme de ti no te habría propuesto mantener un idilio.

Pero pensé que esa sería una forma de llegar a ti. Te he deseado desde que te vi aquí mismo hace unas semanas. Cuando te casaste conmigo estaba agradecido a ti, pero la rabia me cegó y no fui capaz de ver cómo eras. Cuando me abriste la puerta, me quedé boquiabierto. Pero tú te ceñiste a las condiciones del acuerdo y yo empecé a desesperarme.

—Oh, Luke, estaba muy fea en las últimas semanas de embarazo. Y estaba tan preocupada... Tú te hiciste cargo de mí y de Ellie desde el principio. ¿Cómo no iba a quererte?

—No quiero gratitud. Dios mío, Lindsay, no me digas que estás tan agradecida hacia mí que lo estás confundiendo con el amor.

—Claro que no, tonto. Al principio estaba agradecida, hasta que me pediste que fingiera ser tu amante esposa. Cuando me dijiste que querías tener una relación conmigo me emocioné; me sentí tan atrevida y deseable. Y ya había empezado a enamorarme de ti.

—No creo que te des cuenta de lo deseable que eres. Pero haré lo posible durante los cincuenta o sesenta años próximos para demostrártelo. ¿Y bien, estás lista ahora para volver a casa? —miró a su alrededor—. Vuelve conmigo, cielo mío, y no te vayas nunca.

—A lo mejor tu madre no me aceptará nunca —dijo lentamente, todavía sin poder creer que todos sus sueños se estaban haciendo

realidad.

—Quizá nunca se muestre muy cariñosa, pero acabará aceptándote. Sobre todo si le damos más nietos. Le tiene bastante cariño a Ellie; me preguntó por ella ayer y parecía bastante disgustada al ver que no estabas en casa. Parece ser que el sábado la ayudaste y quería darte las gracias por eso. Además, no va a vivir con nosotros; ella tiene su propia casa y círculo de amistades. No la veas como un obstáculo, Lindsay.

—No quiero causar tensiones en tu familia.

—Tú eres parte de mi familia y mi madre acabará por aceptarlo. Jonathan lo hizo, ya lo sabes.

—¿Qué quieres decir?

—Al final añadió un codicilo a su testamento y os ha dejado una pequeña suma a ti y a Ellie. No sé si al final sospechó algo, pero los términos están bien claros; os lo ha dejado a ti y a Ellie por separado, no como madre e hija. Estaba como loco con la niña.

Ella asintió, recordando las tardes pasadas en la habitación del enfermo y las veces que Jonathan había expresado su deseo de que Ellie lo llamara abuelo.

—Cuando sea mayor le enseñaremos su foto y a que lo llame abuelo —dijo Lindsay en voz baja.

Luke se aclaró la voz.

—Eso le habría gustado mucho.

Lindsay se levantó de un salto y fue hacia el dormitorio.

—Voy a hacer las maletas.

Luke la siguió.

—Eso puede esperar. Enviaremos a Marabel o a Tilly y ellas se encargarán de hacerlo todo. Cancelaremos el contrato de arrendamiento del piso para que no tengas ningún lugar a donde escapar en el futuro.

Ella soltó una carcajada y se echó a sus brazos.

—¡Luke, te quiero tanto! Jamás querré escapar a ningún sitio, sobre todo ahora que sé que tú me amas. Vayámonos a casa. El sábado iremos a ver ese barco velero.

Fin